

Etnohistoria de La Cuenca del Lago de Maracaibo

*Características sociales, culturales, arqueológicas,
lingüísticas y relaciones interétnicas*



Argenis Valera



**Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales**

**Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais**

Colección Rafael María Baralt

Etnohistoria de La Cuenca del Lago de Maracaibo

*Características sociales, culturales, arqueológicas,
lingüísticas y relaciones interétnicas*



República Bolivariana de Venezuela
Universidad Nacional Experimental

“Rafael María Baralt”

UNERMB

Fondo Editorial UNERMB
2016

Este libro es producto de investigación desarrollado por su autor. Fue arbitrado bajo el sistema doble ciego por expertos en el área bajo la supervisión del Colectivo de Investigación Desarrollo de la COLM, adscrito al Programa Investigación - CDCHT de la Universidad Nacional Experimental "Rafael María Baralt". Venezuela.

Universidad Nacional Experimental
"Rafael María Baralt"
UNERMB

Colectivo de Investigación Desarrollo de la Costa Oriental del Lago de Maracaibo (CI-DCOLM)
Coordinador-Editor: Dr. Jorge Luis Barboza
Centro de Estudios Socio-Históricos y Culturales
Coordinador: Rafael Lárez



Colección *Rafael María Baralt*

® 2016, Argenis Valera

Etnohistoria de La Cuenca del Lago de Maracaibo.

Características sociales, culturales, arqueológicas, lingüísticas y relaciones interétnicas

1era. Edición

Depósito legal: lf53620153003953

ISBN: 978-980-6792-40-1

Fondo Editorial UNERMB

Coordinador: Jorge Vidovic



http://150.185.9.18/fondo_editorial/

Diseño y diagramación: Fondo Editorial UNERMB

Cabimas, estado Zulia, Venezuela.

Universidad Nacional Experimental
"Rafael María Baralt"



Lino Morán Beltrán
Rector

Johan Méndez Reyes
Vicerrector Académico

Leonardo Galbán Stormes
Vicerrector Administrativo

Victoria Martínez Carvajal
Secretaria Rectoral

Colección Rafael María Baralt

La colección Rafael María Baralt busca promover productos de investigación en el área de las Ciencias Sociales, especialmente las investigaciones que fortalecen los procesos de construcción de las historias locales, regionales y nacionales. En el caso particular del trabajo presentado por Argenis Valera, el mismo viene a cumplir con esa necesidad, es decir: presentar un nuevo panorama en relación al proceso de ocupación poblacional de la Cuenca del Lago de Maracaibo aproximándonos a ciertos aspectos sociales y culturales reproducidos en los modos de vida y las relaciones de poder que se establecían entre los diferentes grupos indígenas que arribaron a la Cuenca del Lago de Maracaibo y la Sierra de la Culata antes de la llegada de los europeos.

Su trabajo en buena medida viene a enriquecer nuestra colección brindando nuevos conocimientos para todos aquellos investigadores y docentes que escudriñan con sus estudiantes en la historia de las comunidades aborígenes en nuestro continente latinoamericano. En este sentido, recomendamos la lectura de la referida obra.

Prof. Jorge F. Vidovic
Coordinador
Colección Rafael María Baralt

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	vii
--------------------	-----

INTRODUCCIÓN	1
--------------------	---

CAPÍTULO I

POBLAMIENTO DE LA CUENCA DEL LAGO DE MARACAIBO

Características geográficas de la Cuenca del Lago de Maracaibo ...	5
Antecedentes cerámicos del poblamiento temprano de la cuenca del Lago de Maracaibo	7
Tradiciones Malambo, Barrancoide y Nahuange	8
Tradicón Hornoide.....	14
Tradicón Ranchoide	20
Antecedentes etnohistóricos de los pueblos de la cuenca del Lago de Maracaibo	22
Poblamiento temprano de la cuenca del lago de Maracaibo y tradiciones cerámicas presentes	26
Pobladores precoloniales del sur del Lago de Maracaibo	38
Filiación lingüística de las etnias Bobures, Pemenos y Quiriquires.	39
Características sociales y étnicas de los Bobures, Pemenos y Quiriquires	40
Características sociales y étnicas de los Buredes y Caonaos.....	44
Características sociales y étnicas de los Coromochos, Onotos, Aliles, Toas, Zaparas, Paraujanos y Alcojolados	45
Características sociales y étnicas de los Wayúu, Cocinas, Paraujanos y Caquetíos	48

CAPÍTULO II

RELACIONES INTERÉTNICAS Y CULTURALES DE LOS PUEBLOS PREHISPÁNICOS DE LA SIERRA DE LA CULATA, CUENCA DEL LAGO DE MARACAIBO, NOROESTE DE VENEZUELA Y COLOMBIA

Características geográficas de la Sierra de la Culata.....	65
Grupos étnicos del estado Mérida	69
Antecedentes lingüísticos de la nación Muku	72
Antecedentes etnohistóricos de la nación Muku	76
Etneias Torodoyes y Tucaníes o Mucuchaníes.....	86
 CONCLUSIONES	 92
 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	 97

PRESENTACIÓN

No parece caber dudas que hacen falta muchos libros sobre etnohistoria y particularmente sobre etnohistoria de Venezuela, por el gran desconocimiento existente entre el gran público sobre las culturas originarias que aquí vivieron y prosperaron antes de la llegada de los españoles, cuando ocurrió la invasión de las tierras que Colón confundió. Y ocurre lo mismo con la cuenca del Lago de Maracaibo, en el norte de Sudamérica, esa enorme área constituida por cordilleras, llanos y una gran masa de agua dulce. Todavía hoy en día, cuando uno pasea por sus riberas, se da cuenta de que se trata de una vía excelente de comunicación, para la navegación con embarcaciones pequeñas dada su extensión; los indígenas lo sabían y lo aprovechaban. Por él circulaban embarcaciones que llevaban y traían bienes y personas, y culturas de lugares lejanos, y así sucedió hasta bien entrado el siglo XX.

Se trata de una trama de fondo para el libro que pone en contraste una cantidad muy importante de datos (quizá sea uno de sus mayores méritos), para sacar cuenta de las estrechas relaciones entre grupos étnicos diversos, que contó desde los bobures pasando por los Wayúu hasta los Maku y Tucaníes al sur. En esto la acuciosidad del profesor Argenis Valera no deja lugar a dudas, lo que corresponde con su dedicación al estudio de la "cuestión indígena" en la cordillera andina (que es parte de la cuenca) y en la zona sur del lago, y su pasión por la historia. Desde que leí los primeros borradores pensé que se trataba de un trabajo que debía ser compartido y recibir el apoyo de la universidad.

El campo, por supuesto, es inacabado, sujeto siempre a revisiones por los descubrimientos que lleva adelante la arqueología y la etnohistoria como ciencia, pero este tipo de obras sirve para poner en perspectivas las cosas, siendo que el tema merece ser discutido porque se trata del “pasado olvidado” por siglos de aculturación que lo sumergen cada vez más. Damos la bienvenida a esta obra.

Lewis Pereira
Marzo de 2017

A Dios Todopoderoso y eterno, razón de nuestras vidas.

A mis padres, César Augusto, Valera Bravo y María de Jesús, Sáez de Valera.

A mi esposa Miladys Paz y mis hijos Alejandro, Génesis y Javier. Dios les bendiga por siempre.

INTRODUCCIÓN

En la cuenca del Lago de Maracaibo se desarrollaron, en tiempos precoloniales, procesos históricos y culturales que tuvieron como punto de partida Centroamérica, de allí se dispersaron por buena parte de Colombia, (noroeste, los Andes y la costa caribe o Bajo Magdalena), los Andes amazónicos, Perú, Ecuador y noroeste de Venezuela; influenciados quizá por las culturas Muisca, Uwa, Kogui, Quichua o Quechua, Arawak, Tupí-Guaraní y Caribe.

La información arqueológica, etnohistórica, antropológica y lingüística disponible hasta la fecha, permite plantear una serie de hipótesis que buscan explicar el surgimiento de la alfarería, la vida sedentaria y la agricultura en la región del lago de Maracaibo.

En este orden de ideas, la presente investigación busca, en primer lugar, describir los principales aspectos socioculturales e históricos de las diferentes culturas. Etnias, geografía, lugares, características, influencias, integración territorial, densidad y pluralidad ideológica de los mismos; ya que siempre se ha especulado que en la zona hubo un escaso poblamiento antes y durante la llegada del invasor español en el siglo XVI. En segundo lugar, enfatizar la larga secuencia de ocupación por parte de diversas tradiciones y grupos étnicos. Tercero, relatar o plasmar si los habitantes de este inmenso territorio geográfico, eran oriundos de acá o fueron fruto de diversas oleadas migratorias, en las que interactuaban entre sí, en los aspectos: comercial, social, histórico, cultural, religioso, ceremonial y lingüístico, a través del tiempo y el espacio.

En cuarto lugar, relacionar cómo construyeron los diversos grupos del área sus complejas relaciones sociales e históricas; sus

diálogos religiosos y ceremoniales; amistades, alianzas militares, matrimoniales, guerras y enriquecimiento; en las que pudieron adecuarse unos y otros en los aspectos lingüísticos, la organización sociopolítica, el intercambio comercial o trueque de productos a través de redes de intercambio comercial local o regional en las que circulaban infinidades de productos, conductas, hábitos y estilos de vida entre las poblaciones, a diferentes espacios territoriales y entre localidades vecinas, intermedias y remotas de la cuenca del lago, la vertiente norte de la sierra de la Culata, el noroeste de Venezuela y demás civilizaciones del territorio colombiano; con costumbres y tradiciones distintas, como las aldeas agricultoras o productoras, cazadoras, pescadoras y apropiadoras; en las que tejieron y fortalecieron su presente y futuro.

En relación al intercambio, se busca destacar cuáles fueron los simbolismos, las motivaciones y las orientaciones en la búsqueda de bienes tangibles e intangibles entre las elites cacicales, tales como los conocimientos mágico-religiosos o esotéricos, que sobrepasaron los enfoques economicistas más tradicionales con los que se ha tratado de enfocar el trueque de productos entre las etnias. Además, identificar e integrar zonas de acción socioeconómica de los espacios enunciados.

No obstante, la complejidad del fenómeno exige enmarcar el intercambio dentro del contexto histórico de la época y desde una perspectiva regional.

Por último, este trabajo de investigación en la versión actual, quiere resaltar, como ya se ha planteado en párrafos anteriores, los principales aspectos socioculturales e históricos de la cuenca del lago de Maracaibo, y en menor grado, la Cordillera Andina de Mérida, porque en una investigación posterior se profundizaría los orígenes etnoculturales de la zona enunciada, vista desde la etnia Tucaní o Mukuchany, más, en relación con la cultura Timote, Cuica y Muku del área en cuestión, ya que autores merideños plantean que la misma, tiene un origen Timote, de estirpe Muku (Julio César

Salas y Tulio Febres Cordero).

La obra se estructurará en dos capítulos: El primer capítulo referido a la Etnohistoria de la Cuenca del lago de Maracaibo, en el que se abordan las características geográficas, antecedentes cerámicos y etnohistóricos, el poblamiento temprano y las tradiciones cerámicas presentes, características sociales, étnicas y filiación lingüística de los pobladores precoloniales, del sur del lago de Maracaibo, características sociales y étnicas de los Buredes y Caonaos, características sociales y étnicas de los Coromochos, Onotos, Aliles, Toas, Zaparas, Paraujanos y Alcojolados, características sociales y étnicas de los Wayuu, Cocinas, Paraujanos y Caquetíos, y las relaciones interétnicas y culturales de los pueblos prehispánicos de la Sierra de La Culata, Cuenca del Lago de Maracaibo, Noroeste de Venezuela y Colombia. En el segundo capítulo, la etnohistoria de la vertiente norte de la Sierra de La Culata, características geográficas de Sierra de La Culata, grupos étnicos del Estado Mérida, antecedentes etnohistóricos de la nación Muku, antecedentes lingüísticos del vocablo Muku, las etnias Torondoyes y Tucaníes o Mukuchaníes.

CAPÍTULO I
Poblamiento de la Cuenca del Lago de
Maracaibo

Características geográficas de la Cuenca del Lago de Maracaibo

El espacio geográfico que ocupa la cuenca del lago, se ubica hacia el noroeste del país, y dentro de sus límites están la Cordillera de los Andes (Mérida, Táchira y Trujillo), Falcón y Lara. Igualmente, integran la República de Colombia, en los Departamentos del Norte de Santander y La Guajira. Tiene una extensión territorial aproximada a 78.000 kilómetros cuadrados, incluyendo el lago. La mayor proporción de territorio la constituye el estado de Zulia. Sus diversos ecosistemas jugaron un papel trascendental en la historia social, económica, religiosa, lingüística, comercial, interétnica y cultural de las poblaciones que se asentaron en la región en el pasado precolonial. La misma se prolonga hacia el este del territorio venezolano en dirección al estado Falcón, la depresión de Carora, del Estado Lara. Al sur, específicamente el sur-oeste, se encuentran numerosos ríos y caños, que en alguna época histórica eran navegables, que descienden de la cordillera andina y contribuyeron a la formación ciénagas y selvas, hoy en su gran mayoría desaparecidas por la acción antrópica que ha permitido el surgimiento de haciendas, fincas y grandes centros urbanos.

A la cuenca del lago, entran dos ramales cordilleranos, la Serranía de Perijá, que sirve de línea divisoria entre Colombia y Venezuela, y el otro la Cordillera de Mérida, en ambas el relieve es accidentado, en la primera, la vegetación es boscosa en toda su extensión, y en la segunda, igualmente densa en los espacios bajos y andino, más desértica en el alto páramo. En medio de las serranías de Perijá y Mérida, se ubica el lago de Maracaibo, con una extensión territorial aproximada a:

.... (12.500 km²) ..., el más grande de Sur América... mide 212 km. de norte a sur y 92 km. en su máxima anchura, recibe el caudal de 50 ríos y sus aguas son salobres por el contacto directo que tiene con el mar a través del Golfo de Venezuela... La sección norte de la cuenca, junto con el Golfo de Venezuela es una tierra de clima seco con vegetación típica de las tierras áridas, esta zona es la más poblada e industrialmente desarrollada, con la ciudad de Maracaibo como centro motor de todo el desarrollo allí existente. A medida que se va hacia el sur la humedad aumenta hasta llegar a las tierras cenagosas de la parte sur y suroeste del lago con extensos desarrollos ganaderos y agrícolas (<http://www.venemia.com/Vzla/VzlaGeog/VeneGeog2.php>).

Hacia el nororiente, se ubica la Costa Oriental del Lago, abarca desde la población de Quisiro, en el Municipio Miranda del Estado Zulia, hasta la planicie norte del río Motatán, en el Estado Trujillo; al sureste, se encuentra, el área "Sur del Lago", territorio que va desde el río Catatumbo, en el Estado Zulia, hasta la desembocadura del río Motatán en el Estado Trujillo. En estos espacios, la geografía es cenagosa, debido al poco drenaje y la presencia de valles en extremo planos y numerosos ríos destacando: El Chama, Mucujepe. Motatán, Guayabones, Escalante, Santa Ana, Capazón, Tucaní, Guachizón, Río Frío, Aguas Calientes, Mojaján o San Pedro, Torondoy, Alguacil, Poco, Caús, Agua Viva, Catatumbo, Zulia, Misoa, Macahgo, Burro Negro, Onia. Estos ríos del sur del lago, causan innumerables inundaciones en los espacios bajos de las poblaciones de los Estados Mérida, Trujillo y Zulia todos los años, debido al escaso declive o bajo drenaje, aunado a la elevada pluviosidad anual, aproximada a 2000 mm y el caudal de agua que hace que sus llanuras se inunden, y con frecuencia cambien de cauce (Ramírez, 2014a).

En este espacio territorial habitaron multitudes de etnias que hablaban lenguas y dialectos diferentes. Por su parte, los pobladores de las riberas del lago, la mayor parte de ellos, se entendían, pero hacia el interior se comunicaban en diferentes idiomas que necesitaban intérpretes para comunicarse unos y otros (Salas,

1997).

No se sabe a ciencia cierta, si los pobladores que habitaron este inmenso territorio geográfico, eran oriundos de este espacio geográfico o fueron fruto de diversas oleadas poblacionales en las que interactuaron entre sí, construyendo un mundo de relaciones sociales, lingüísticas, amistades, alianzas militares y matrimoniales, diálogos religiosos y ceremoniales, guerras, enriquecimientos sociales y culturales que terminaron por asimilarse y adecuarse unos y otros, a través del intercambio cultural a niveles regionales y locales con grupos de costumbres, culturas y nichos ecológicos diferentes; entre aldeas agricultoras o productoras, cazadoras, pescadoras y apropiadoras, en los que circularon diversos productos entre pueblos de la Cordillera Andina de Mérida, noroeste de Venezuela y demás grupos indígenas del territorio colombiano del norte, la costa caribe, el bajo Magdalena, el piedemonte de la Sierra Nevada de Santa Marta y los reinos de los muiscas y taironas, que unía la Sierra Nevada (Bray, 1990).

Entre los primigenios habitantes de la cuenca del lago de Maracaibo estaban los Bobures, Pemenos, Quiriquires, Onotos, Buredes, Caonaos, Coromochos, Zaparas, Toas, Aliles, Wayúu, Cocinas, Yukpa, Barí, Chaques, Guanaos, Paraujanos, entre otros.

A continuación, se describen las características de estos pobladores aprovechando para ello los diferentes estilos cerámicos o el conocimiento de la arqueología con su lógica esencial.

Antecedentes cerámicos del poblamiento temprano de la cuenca del Lago de Maracaibo

Las tradiciones Malamboide, Barrancoide, Hornoide y Ranchoide, pudiesen explicar cómo irrumpió la agricultura, la vida sedentaria y la cerámica en la cuenca del Lago de Maracaibo, en la que se desarrollaron diversos procesos históricos, sociales y culturales que tuvieron como antecedentes a protagonistas provenientes de distintas culturas originarias del Centro-occidente del país (Venezuela), Centroamérica y Colombia.

Cuenca del Lago de Maracaibo



Fuente: CORPOZULIA/20/02/2017

Tradiciones Malambo, Barrancoide y Nahuange

En efecto, la tradición Malambo, desde el punto de vista geográfico, se extendió desde el caribe colombiano hacia Puerto Hormiga y Bucarelia en Colombia pasando por Monagrillo en Panamá, Barrancas en Venezuela, Guyana, el alto y medio Amazonas, Valdivia y Machalilla en Ecuador, Kotoch, en los Andes peruanos y las Antillas. Malambo pudo haber sido un centro donde, en principio, se desarrollaron los primeros ensayos de horticultura en Colombia; posteriormente desde ahí se difundió el cultivo de la yuca brava hacia otras regiones de Suramérica, contribuyendo a la estabilidad cultural de aquellas comunidades que encontraron en ésta un alimento que modificó sus modos tradicionales de trabajo, basados solamente en la caza y la recolección (Angulo, 1954, 1962 y 1988).

La tradición malamboide equivale a la de un pueblo sedentario que conoció el cultivo de la yuca, al igual que otras plantas, la aparición temprana del budare y procesamiento de la harina para hacer casabe. Esta cultura aparece a finales del segundo milenio a.C. (1130 $\pm$ 120 B. P.) (Veloz y Angulo, 1981). Durante el desarrollo de esta tradición se dio igualmente, la recolección de frutas silvestres u otros productos vegetales y la recolección de moluscos, pero en su dieta alimentaria no incorporó mariscos, la caza, pesca y la elaboración de adornos en concha y en hueso, actividades que seguramente no requerían una organización compleja de la fuerza de trabajo (Angulo, 1962; Veloz y Angulo, 1981; Langebaek, 1986).

Desarrollaron los indígenas en esta etapa rituales agrícolas en honor a los ancestros a través de los ídolos de tres puntas (cemi), desarrollados en las Antillas a partir del siglo III de C., pero su decoración se hace más rica desde el siglo VIII d. de C. en adelante, especialmente en Puerto Rico y la isla de Santo Domingo, donde existen expresiones antropomorfas, zoomorfas y antropozoomorfas (Veloz y Angulo, 1981: 37).

En Malambo, este ídolo de tres puntas corresponde según fechas tempranas a 400 a 200 años a. de C., relacionada a una deidad tectónica de la agricultura, especialmente con el cultivo de la yuca, y posteriormente proyectado a toda la naturaleza, el agua y la relación de parentesco (Veloz y Angulo, 1981: 3). Esta reciprocidad religiosa que propiciaba alimentos y fertilidad, trajo como consecuencia grandes cambios socioculturales en las comunidades agrícolas, aumentando la población, aparece cierto desarrollo en la división del trabajo. Se alejan del mar y de los esteros, se asientan a lo largo de los ríos y lagunas, remplazan la explotación de la fauna marina por la de agua dulce y trabajan mejores tierras lo que propició el desarrollo de una agricultura más eficiente.

Los habitantes de Malambo y Los Mangos; pertenecían a la familia lingüística arawak, grupo tribal que en las Antillas desarrolló las características rituales de este dios representativo de su princi-

pal cultivo (Veloz y Angulo, 1981).

Ahora bien, parece haber un ancestro común entre Malambo y Barrancas en lo referente al desarrollo sociohistórico; los barrancoides, desarrollaron su cultura en un relativo aislamiento, a los de la costa colombiana. En Barranca habían grupos humanos con alfarería desde milenios anterior a Malambo, sujetos todos ellos a las influencias emanadas de los centros de alta cultura de Mesoamérica y los Andes Centrales, tal y como lo demuestran la Arqueología y la Etnohistoria, aparecen tumbas con cámaras laterales, figurinas elaboradas, la decoración occipito frontal, vasijas multipodas, vasijas con doble vertedero, sellos planos o cilíndricos, volantes de huso muy elaborados y pitos biomorfos (Sanoja, 1978; Veloz y Angulo, 1981; Langebaek, 1986; Angulo, 1962).

Estas Influencias se desarrollaron posteriores al patrón cultural subandino, caracterizada por la aparición de la agricultura de granos, que se fundamenta en la producción de cereales de la cultura Tairona, prácticas religiosas y ceremoniales centradas en el culto al jaguar, características de las culturas mesoamericanas.

De hecho, a la luz de estas ciencias, la tradición barrancoide en el bajo Orinoco observa, igualmente, con Monagrillo, rasgos característicos en la cerámica, y a pesar de la distancia entre ambas culturas, destacan los motivos curvilíneos. En Monagrillo culminan en puntos incisos o intercalados en el contorno exterior de las vasijas, debajo del borde, separadas por una o más líneas; concepción parecida existió en la decoración de la alfarería para explicar su relación a los barrancoide del Bajo Orinoco. Por otro lado, estuvo presente la pintura roja. En Monagrillo al exterior o interior de las vasijas, formaban bandas. En Barrancas la pintura roja se halla en la post-cocción aplicada sobre toda la superficie o sobre el borde de la vasija, formaban bandas igualmente, después que la superficie había sido pulida o aplicada directamente sobre la superficie cruda. En Monagrillo, la pintura roja acompaña en algunos casos a la incisión.

En Malambo, aunque comparte con la tradición barrancoide del Bajo Orinoco elementos de la decoración y modelado incisa, sin embargo, no poseen una técnica de utilización de la pintura roja semejante a la descrita anteriormente, excepto la pintura roja en zonas. Este último rasgo, se hace más frecuente en los niveles medios de la secuencia estratigráfica de Malambo (Veloz y Angulo, 1981; Angulo, 1962a; Angulo, 1962b).

En otras palabras, la agricultura especializada debió haber tenido su origen y desarrollo en comunidades cazadores y pescadores que vivían a lo largo de los ríos y lagos de manera permanente. A diferencia de los cultivadores de tubérculos, la orientación alimenticia de los cultivadores de granos era muy diferente, el objetivo en este caso es un balance dietético, una provisión correcta y adecuada de proteínas y grasas, así como carbohidratos obtenibles del consumo de maíz. La necesidad de los alimentos de origen animal es, en este caso, mucho menor. Sembraron las semillas en períodos bien determinados, la relación entre buenas cosechas y condiciones climáticas propicias, generalmente determinó el desarrollo de un ceremonial y de una estructura social y tecnoeconómica compleja. A diferencia de la agricultura de granos, los cultivos vegetativos no exigen ningún procedimiento especial ni para recolectar ni para almacenar los tubérculos. Estos permanecen bajo tierra y se extraen a medida que se les necesita (Sanoja, 1978).

En ese orden de ideas, la cerámica de la Tradición Barrancoide se caracteriza por sus adornos

Elegantemente esculpidos y sus patrones bellamente incisos... **procede** de contextos estratigráficos **que pudo haber evolucionado** de antecedentes menos elaborados. La alfarería tiene autoplástico de arena, y las vasijas tienden a tener paredes gruesas y superficies pulidas. La técnica de decoración en línea ancha hace énfasis en espirales y a menudo se separan zonas pulidas de zonas sin pulimento. También son típicos los adornos biomorfos y pequeños mamelones circulares con un punteado o corte cen-

tral. Sus similitudes más estrechas son con la Fase Malambo del bajo Río Magdalena en Colombia (...), la cual es también algunos siglos más temprana (...) En la costa intermedia y a lo largo del Orinoco medio se han hallado sitios con afinidades barrancoides, pero los que de ellos han sido fechados son demasiado recientes para ser representantes de la ruta inicial de difusión. **En la alfarería barrancoide, armonizaba la "decoración modelada e incisa, superficies altamente pulidas y una variedad de formas de vasijas para crear impresionantes obras de arte. Los motivos populares eran murciélagos, felinos, peces y otros animales, junto con caras humanas"** (Meggers y Evans, 1977: 24 y 27).

De los anteriores planteamientos, se deduce, que los grupos barrancoides, en sus inicios, dependen de la recolección de moluscos de agua dulce y de caracoles terrestres, así como de la pesca y la caza terrestre. Posiblemente los barrancoides introdujeron la técnica de consumir la yuca a través del procesamiento y consumo bajo el modelo de cazabe, en el caso de la yuca amarga, ya que las variedades de yuca dulce, no contienen ácido hidrocianico, pudiendo ser consumida sin ninguna preparación previa aparte de la cocción o asado de los tubérculos (Sanoja, 2010).

En ese sentido, la introducción de una economía basada en la producción de alimentos no se ejecutó de forma coherente en el noreste de Suramérica y las Antillas, la transición del modo de vida basado en la recolección de conchas marinas hacia el de producción de alimentos cimentado en la horticultura, se revela como un lento proceso de "aculturación que culmina con la definitiva imposición de aquel, alrededor de 500 d.C., mediante los influjos barrancoides llegados del Bajo Orinoco en donde los portadores de aquella tradición habían establecido asentamientos estables desde comienzos del último milenio a.C." (Sanoja, 1978: 69).

La tradición barrancoide, por la presencia de budares, conocía el cultivo, procesamiento y consumo de la yuca brava, así lo demuestran los datos arqueológicos y etnohistóricos, pero no el cultivo del maíz. Si alguna vez esto pudiera ser probado, podría aplicarse esta evidencia también a Malambo.

Malambo, culturalmente estuvo ligado al espacio geográfico del norte de Venezuela y al territorio centroamericano, participando igualmente en el poblamiento de los pueblos suramericanos. En su cerámica se halló una serie poco común de estilos modelado-incisos. Si estas observaciones resultasen ratificadas y confirmadas, seguramente que algunas interpretaciones propuestas para el norte de Colombia en los últimos años, tendrán que ser planteadas de nuevo (Angulo, 1962).

La diferencia cronológica temprana entre Malambo y Barrancoide es mínima. Los estudios ejecutados, se pueden mencionar en los niveles estratigráficos, que han sido datados en cotas, grados o niveles diferentes: "Niveles. 7 (0.60 – 0.70 metros): 1890 $\pm$ 200 a partir del presente. Niveles. 14 (100 – 110 metros): 3070 $\pm$ 200 a partir del presente" (Angulo, 1962: 86).

La cronología arqueológica de Venezuela, en lo que se refiere a El Palito, La Cabrera y Barrancas, se extiende entre el "3000 y 1600 años a partir del momento actual" (Angulo, 1962: 87).

Hacia el 500 a.C. varias tradiciones polícromas bien definidas se habían establecido en el norte de Colombia y el occidente de Venezuela. Momil, en la costa colombiana, presenta un sinnúmero de atributos que sugieren influencias desde América Central, incluyendo "no sólo técnicas de decoración de la alfarería sino también un nuevo patrón de subsistencia basado en el maíz en vez de la mandioca" (Meggers y Evans, 1977: 28).

Desde la perspectiva arqueológica, las tradiciones culturales, que incorporaron la decoración en blanco sobre rojo, son considerados Saladoides; los que carecen de esta técnica son clasificados como Barrancoides (Meggers y Evans, 1977).

La alfarería Saladoide posee varias técnicas decorativas:

...la incisión definiendo zonas rellenas con hachuras cruzadas, mamelones bajos con un punteado o corte central, y la incisión de línea ancha; son también característicos, junto con asas acin-tadas verticales, pequeños adornos, que frecuentemente surgen del borde y son cóncavos en el interior. La incisión ancha y el es-

tilo de los modelados son semejantes a la decoración Barrancoide y pueden representar influencias provenientes de esa fuente (Meggers y Evans, 1977: 30).

Con la aparición de la cerámica y la agricultura en el norte de Colombia, hacia el primer milenio a.C., los grupos humanos de la tradición Momil poseían una cultura diferente a la de los barrancoides de Malambo. "La decoración de la alfarería incluía técnicas tales como la incisión fina y llana, pintura en zonas, estampado dentado, incisión rellena con pigmentos, pintura bicolor y policroma" (Sanoja, 1978: 71).

En este periodo se muestran grupos de personas cuya economía estaba basada en el cultivo de tubérculos (yuca), la caza terrestre y la pesca fluvial. Sin embargo, a partir del periodo II los grandes budares utilizados para cocer las tortas de harina de yuca comienzan a aparecer acompañadas de manos de moler y de metates, indicadores de la utilización del maíz. Este elemento, junto con ciertas características de la alfarería de Momil, han servido de fundamento a Reichel-Dolmatoff para postular la introducción de rasgos culturales mesoamericanos en el norte de Colombia alrededor del siglo VI a.C. (Sanoja, 1978).

Tradición Hornoide

Esta tradición posee dos componentes cerámicos de diversos orígenes. Un primer elemento, llamado pintado de Venezuela; y el segundo, inciso del Caribe de Colombia. Su cerámica se caracteriza por su policromía rojo y/o negro sobre fondo crema o blanco y cerámica negra incisa o grabada, cuyos motivos están a veces rellenos de pigmento blanco. Las fechas de C 14, le dan una fecha a esta tradición que la sitúa entre el siglo V a.C. (2450 A. P.) y el siglo VIII D.C. (1300 A. P.), aunque la cerámica de este período policromo, se inicia en la región del río Ranchería desde sus apariciones más tempranas y no se conocen ancestros aceptables de los tipos pintados en Colombia, por lo que se debe suponer un origen venezolano de esta (Ardila, 1986).

En los espacios geográficos de esta tradición aparecen componentes y portadores, que muestra en sus inicios relaciones estrechas con los Llanos venezolanos hasta la región del Tocuyo, donde posiblemente se movilizan al occidente, atravesando los valles de Barquisimeto-Quibor; y Betijoque. Posteriormente, marchan en diferentes direcciones al suroeste del Lago de Maracaibo, continuando unos hacia la Pitia y Cuzi, mientras que otros ingresaron a los valles de los ríos Ranchería y Cesar, y otros, probablemente, hasta la parte alta de los ríos Zulía y Catatumbo (Dolmatoff, 1965).

Aunque es muy difícil establecer quiénes fueron los grupos portadores de esta tradición, los datos etnohistóricos y arqueológicos permiten plantear que la tradición Hornoide haya correspondido a movimientos migratorios de grupos Arawak, siguiendo el curso del "Orinoco hasta la Guajira, probablemente ancestros directos de los actuales Wayú-Cosina-Paraujano" (Ardila, 1986:66 s).

Los estudios arqueológicos, ejecutados en Loma-Horno, describen que esta población no habitó la costa ni el área de la Sierra Nevada de Santa Marta, a excepción de "un entierro en una cueva en Surimena, en la vertiente sur" (Ardila, 1986: 68).

Para el litoral, cerca de Santa Marta se propone un periodo temprano, llamado Nahuange, en la cerámica, sus componentes vasijas pintadas similares a las de Loma-Horno con atributos y motivos diversos. Las formas decorativas de Nahuange, son más simples, con elementos ausentes en Ranchería, puntos alineados y líneas cortadas formando escalones. Junto con la cerámica pintada de Nahuange aparecen cuencos de cerámica negra decorados con impresiones, incisión y aplicaciones modeladas, asociados en el río Ranchería o tradición Ranchoide, que tiene fechas más recientes (Ardila, 1986).

El periodo Neguanje, se caracteriza, por una cerámica incisa (tipo Carmelito inciso) con la de tiestos decorados con pintura positiva (tipo Rojo sobre superficie). Según los datos cronológicos, esta cultura, tiene una cronología que va desde los siglos III y X

d.C. Su límite inferior corresponde satisfactoriamente con los comienzos de nuestra, era considerada como final de la tradición mamlamboide, la cual resulta contemporánea a los últimos desarrollos del primer horizonte pintado o tradición hornoidal de la cuenca del río Ranchería, con fechas que abarcan desde el siglo V. a.C. hasta el VII d.C. (Ardila, 1986; Langebaek, 1987).

A la misma, se le asocian tres fechas, una, que va desde el "430± 60 d.C. y que fue obtenida por Oyuela (1985) para un yacimiento en la Ensenada de Cinto; otra, correspondiente al 580± d.C., ...ha sido reportada para el sitio Las Animas, cerca del río Guachaca... Finalmente, una fecha terminal, del 970± 80 d.C. fue recientemente obtenida en cercanías a Ciénaga" (Langebaek, 1987: 32).

El color rojo inciso en la cerámica, se asocia a la introducción de la alfarería tairona, acontecimiento que fue datado gracias al análisis de muestras de carbón obtenidas a profundidades aproximadas entre los 60-70 centímetros en Tigrera, con fechas de entre el 970 ± 80 d.C. La elevada frecuencia del tipo rojo sobre superficie en Papare, en contraposición a su escasez en los sitios más al norte, permite plantear que su introducción al área litoral adyacente a la Sierra Nevada obedeció a una influencia meridional, quizás procedente de las llanuras del Cesar, cuya fuerza se fue separando o perdiendo hacia el sur y el norte, hasta ser muy pequeña en los alrededores de Santa Marta, a pesar de corresponder cronológicamente a los últimos desarrollos del primer horizonte pintado. La relación entre el material pintado del período Neguanje y los tipos de La Guajira sería indirecta, valiendo la pena en este punto, acen-
tuar en las diferencias que exhibe el material arrojado como basura durante este período y la cerámica Loma y Horno de La Guajira: las formas son reducidas y la decoración no presenta engobe blanco. De igual forma, presenta una decoración parecida o forma de "peine" que resulta casi definitorios del primer horizonte pintado guajiro (Ardila, 1986; Dolmatoff, 1951).

A lo planteado anteriormente, al período Neguanje, se le identifica por la introducción del “complejo mano de moler-metate el cual se asocia al énfasis en el cultivo y consumo de maíz” (Langebaek, 1987: 33). Además, venados y pescados, y en menor grado, la recolección de moluscos. En relación a este último, esta época sugiere que el poblamiento de la zona, no estaba orientado a la explotación de recursos marinos, hipótesis que se refuerza por la poca densidad de material Neguanje en los sitios cercanos a la playa. Aparte de las actividades económicas mencionadas, resulta probable que existiera algún interés en prácticas de intercambio; en particular, llama la atención el hallazgo de fragmentos de cerámica de los tipos Loma Negra Incisa y Horno Rojo sobre Blanco, descritos para el primer horizonte pintado de La Guajira, asociados a la cerámica pintada local (Ardila, 1984; Dolmatoff, G. y A., 1951).

Subsiguientemente, la cerámica incisa de Neguanje, del siglo VII d.C., en principio se relacionó con los nuevos elementos de la alfarería tairona. Y posteriormente, hacia el siglo VIII d.C., se asentaron en la cuenca del río Buritaca pueblos más grandes, caracterizados por una arquitectura lítica. Al igual, surgieron enormes aldeas en las zonas altas de las cuencas serranas hacia el siglo X d.C. y en otros territorios del litoral, caso Ciénaga. Neguanje, para este periodo gozaba popularidad, tiempo en que inició su desplazamiento por la cerámica tairona.

En el periodo tairona, la cerámica se introdujo como un complejo desarrollado, sin que se pueda hablar de su gradual gestación a partir de la alfarería Neguanje. Esta, posiblemente se originó, en el litoral adyacente a la Sierra Nevada, hacia el siglo VII d.C., y que sólo más tarde habría influido sobre la región litoral alemana a Ciénaga. Para Papare, la datación del 970 ± 80 d.C. corresponde a la introducción de la cerámica tairona, fecha que resulta muy similar a la de 965 ± 120 d.C., que marca el mismo evento para la Isla de Salamanca y en la península de La Guajira, se asocia, al final de una ocupación agrícola y alfarera caracterizada por una cerá-

mica modelada-incisa, emparentada con Malambo (Ardila, 1986; Langebaek, 1987).

Los rasgos de la alfarería Neguanje, en cuanto a forma y decoración permiten, "hacer comparaciones con diversos sitios ubicados desde el occidente de Venezuela hasta el Darién" (Langebaek, 1987: 32).

En ese orden de ideas, la alfarería tairona, abandonó la decoración pintada, y en menor grado dio inicio a la decoración incisa curvilínea. Algunas formas del período anterior permanecen, apareciendo amplias formas, en las que se presentan urnas con decoración antropomorfa, platos con mango, probablemente correspondientes a asadores para arepas de maíz, copas aquilladas, silbatos, ocarinas, vasijas miniatura, vasijas dobles con asa puente, vasijas aquilladas de base baja y asa comunicante, en forma de estribo, representaciones antropomorfas, zoomorfas y antropozoomorfas. Además, de estos desarrollos, se acompañan de una arquitectura lítica que se vuelve cada vez más compleja. Igualmente, existen evidencias sobre la presencia de petroglifos y estatuas al lado de los caminos que intercomunicaban los diferentes asentamientos de la Sierra (Langebaek, 1987: 35).

El surgimiento de la alfarería tairona y el poblamiento estable de la Sierra, acontecimiento sociohistórico, ubicado entre los siglos:

VII d.C. y IX d.C., corresponde a una época de transformaciones radicales en el modo de vida de muchas sociedades del norte de Suramérica que a la llegada de los españoles se destacaban por haber alcanzado un notorio avance en el nivel económico y político. Se trata, por un lado, del inicio de la colonización de la Serranía de Mérida, acontecimiento llevado a cabo cerca del siglo IX d.C. por parte de sociedades agrícolas y alfareras (...); ...y de la probable invasión del Altiplano Cundiboyacense por parte de una población de probable extracción costeña. (Langebaek, 1987: 35).

Estos acontecimientos, de máxima importancia histórica, probablemente constituyeron eventos relacionados con la migración de áreas de montaña por parte de una población agricultora, cuya economía logró incorporar los recursos de diversos pisos térmicos y establecer prácticas de control “vertical” de variadas ecologías. Hacia el siglo XVI, las poblaciones tairona y muisca, ya plenamente dominantes en las regiones de altura, constituían las dos sociedades más desarrolladas en el nororiente de Colombia. “A su vez, los cacicazgos de los andes venezolanos habían alcanzado un nivel de complejidad política claramente superior al de la población de las tierras bajas, su probable lugar de origen” Langebaek, 1987: 35).

Esta cultura no surgió espontáneamente, sino al parecer del intercambio entre gentes de tierras bajas que acogieron costumbres de otras provenientes de Centroamérica, que lograron adaptarse a las nuevas condiciones de vivir en la Sierra.

Las investigaciones arqueológicas hacen énfasis en la íntima relación entre la cultura material de los antiguos habitantes del área tairona y la de un buen número de sociedades del occidente de Venezuela, los Andes Orientales e incluso, Panamá y Costa Rica. Por ejemplo, la orfebrería, mercancía de cualidad importada; en efecto, se han conseguido en Horno de la Guajira, vasijas como indumentaria funeraria en diversas localidades. Pendientes alados de jade, parecidos, hasta aproximadamente el año 1000 d.C., elaborados en Costa Rica, que llegaron con toda probabilidad al área de Santa Marta como artículos de intercambio. Igual circularon productos de orfebrería tairona hacia las llanuras del Cesar, la Guajira, la cuenca del Lago Maracaibo y la Serranía de Mérida. Rocas en bruto para hacer adornos corporales extraídas en la Sierra Nevada de Santa Marta llegaban, probablemente, hasta los Andes venezolanos: cuentas de collar taironas circulaban hacia el bajo y medio Magdalena, Costa Rica, el Altiplano Cundiboyacense y la Guajira; caracoles marinos del litoral adyacente a la Sierra llegaban hasta la Serranía de Perijá, el Valle del Magdalena y el territorio

muisca. Vasijas de barro taironas circulaban hasta la Isla Salamanca y la alta Guajira. De otro lado, como productos importados, los taironas adquirirían algodón y pescado provenientes de las llanuras del Cesar y Ciénaga Grande, y, esmeraldas explotadas en yacimientos de los andes orientales (Langebaek, 1987).

En referencia a la Guajira, los datos arqueológicos aluden que hubo una contemporaneidad con el remoto período temprano tairona con la época de iniciación de la tradición ranchoide y el ocaso, en la región del río Ranchería, de la tradición hornoide. Estas dos tradiciones, que se suceden en Ranchería, coexistieron simultáneamente durante algún tiempo en algunas regiones del occidente del Lago de Maracaibo.

Las características de los yacimientos arqueológicos en Loma-Horno, sugieren que estos poblados tenían caseríos muy activos, ubicados en terrazas no inundables, cerca de los ríos. En las aldeas mayores se encontraban viviendas dispersas que pudieron ser ocupadas en temporadas cortas. Subsistían de la agricultura, aunque por la escasez de piedras y manos de moler y la presencia de cuencos abiertos, platos y espátulas de cerámica, podría significar que el maíz no tuvo mayor importancia, mientras que el cultivo de yuca fue de gran relevancia. Aún en la actualidad, se cultiva en la región, por ser uno de los productos más fáciles de obtener en sus suelos. (Ardila, 1986).

Hacia el siglo VIII d.C. los grupos de la tradición hornoide, abandonaron el Valle del Ranchería o se habían alejado de sus localidades. Posiblemente a sus moradores los obligaron las circunstancias socioculturales, a replegarse hacia otros territorios del espacio colombiano o hacia la cuenca del lago de Maracaibo.

Tradición Ranchoide

Los datos para el área geográfica de la costa de Colombia se remontan posiblemente, hacia el 1.200 A. P. (750 D.C.), 1.200 A. P. (750 D.C.), aunque es lógico esperar fechas mucho más tempranas hacia el piedemonte de Perijá. La cerámica presenta unas carac-

terísticas toscas, poco o nada decorada, fina, de color ladrillo y cuidadosamente terminada, con motivos rectilíneos de color rojo o negro que cubren todo el recipiente, complementándose en algunos casos u ocasiones con aplicaciones de anillos y mamelones o formas de pezones, incisiones y modelados zoomorfos aplicados, relacionados con los estilos conocidos como taironas.

Sus rasgos distintivos de esta tradición fuera de Colombia se pueden observar en la tradición Dabajuroide, en la península de Paraguaná del Estado Falcón; y Curazao. A esta última, se llegó por vía marítima. La cerámica es tosca, que constituye en todos los casos las mayores frecuencias, compartiendo casi todas sus características con tipos burdos de la Tradición Ranchoide en los sitios de los ríos Socuy, Guasare, Cachirrí e, incluso, con los de la Pitía (Ardila, 1986).

Sus antecedentes cerámicos, pudiesen estar en Papare, con una decoración pintada, a base de líneas rectas, haciendo pensar más en los diseños característicos del "segundo horizonte pintado o tradición ranchoide que a partir del siglo VII d.C. reemplazó al primer horizonte en la Guajira y algunos de cuyos rasgos se mantuvieron en el occidente venezolano y, Andes Orientales de Colombia hasta el momento de la conquista" (Langebaek, 1987: 88).

La Tradición Ranchoide, tuvo en el cultivo del maíz una de sus principales posibilidades alimenticias, por la presencia de infinidad de piedras y manos de moler asociadas a la pesca y la recolección de moluscos, y esto fue muy importante como lo indica la cantidad de sus restos hallados en San Ramón, en la costa, y sus objetos rituales en tumbas del medio Ranchería. Los grupos se establecieron por temporadas a diferentes nichos ecológicos, trasladándose en temporadas lluviosas o sequía anuales, buscando aprovechar los recursos de un ambiente cuando empezaban a escasear en el otro (Ardila, 1986).

Antecedentes etnohistóricos de los pueblos de la cuenca del Lago de Maracaibo

El área geográfica de la cuenca del lago de Maracaibo, fue ocupado en el pasado precolonial por distintas oleadas migratorias Chibcha, Arawak y Caribe. Las etnias de lenguas chibcha se extendieron desde varias regiones geográficas de Centroamérica (costa atlántica nicaragüense, Honduras y Costa Rica), hasta Panamá y Colombia (entre los ríos Tuira, Atrato y el Golfo de Urabá habitada por los Cunas) y contigua de la habitada por los Nutabes y Catíos chibchenses en el departamento de Antioquia que se habría extendido, hacia la margen izquierda del Cauca, desde Anzá al sur, y, por la derecha, desde aproximadamente a la altura de Antioquia, hasta al norte del río Ituango, el alto Sinú y la margen derecha del alto río León, y el espacio geográfico ubicado al este del Magdalena, en la que existió una cadena permanente de pueblos chibchenses que se extendían desde Cundinamarca hasta la Sierra Nevada de Santa Marta, cuya parte intermedia se extendía por el departamento Norte de Santander y luego por la Sierra de Perijá (Constenla, 1995).

Los primeros (cultura Chibcha), poblaron la cuenca sur-occidental del Lago de Maracaibo antes que los grupos de habla caribe, aunque previamente, se dividieron. Los antepasados Chimilas y los hablantes de lenguas arhuacas permanecieron en territorio de la Sierra Nevada de Santa Marta y sus alrededores, en tanto los hablantes del chibcha colombiano meridional avanzaron hasta el sur. Su punto de partida, se dio probablemente por la región de Valledupar y la ruta seguida habría sido la frontera colombo/venezolana (cuenca occidental del Lago de Maracaibo), separándose primero los antepasados de los baríes, en tanto que los Tunebos y Muiscas duits avanzaron hasta la Sierra Nevada del Cocuy, de donde los segundos, se extendieron hasta sus posiciones históricas conocidas actualmente en la Cordillera oriental. Las separaciones temporales de la estirpe, se sitúan preferentemente entre los 5000

y 4300 años, cuando la introducción de la agricultura se constituyó en un factor social y cultural determinante en este grupo (Constenla, 1991). A pesar de la separación, entre muisca, tunebo y baríes, ésta etnia (baríes) posee un alto grado de afinidad léxica con las lenguas chibchas; con el Muisca y Tunebo, por ejemplo, coinciden lingüísticamente en un 26,8% (Constenla, 1995).

En cambio, las tribus de habla Caribe, llegaron a la región hace aproximadamente mil años antes del presente en diversas oleadas migratorias provenientes, por un lado, de los llanos a través de la depresión del Táchira, y por el otro, desde la costa norte atravesaron el Lago de Maracaibo (Gordones y Meneses, 2005).

Esta discusión corresponde para la cuenca sur-occidental del Lago de Maracaibo hacia el 700 d.C. y 1200 d.C., hallándose elementos bien diferenciados en la presencia de dos tipos de antiplásticos: arena fina y tiestos molidos. El desengrasante de arena fina comienza a ser utilizada por grupos que se asentaron tempranamente hacia el 600 d.C., cercano al río Catatumbo. Este tipo de desengrasante igual presenta similitud con la fase Caño Grande y los ejemplares Ranchón Naranja, Zancudo Rojo y Zancudo Blanco, más al sur del lago de Maracaibo, en el área geográfica de Santa Elena de Arenales (en el pasado cercano Caño Zancudo). Este tipo de desengrasante también se encuentra hacia el Norte, en la cabecera del río Palmar, en los sitios de El Diluvio, San Martín y Caño Pescado, ubicados cronológicamente entre 700 y 1500 d.C. Este antiplástico de arena fina, está asociado igualmente con urnas funerarias, y corresponde a grupos de habla chibcha, y el de tiestos molidos, más tardío, concierne a pueblos de habla caribe (Gordones y Meneses, 2005).

Los grupos étnicos caribe, clasificados por la etnología del siglo XX como motilones, tuvieron que ver con el proceso de etnogénesis de los actuales Barí (Chibchas) y los Yu'pa (Caribe), hoy ubicados en la Sierra de Perijá en el estado Zulia, se encontraban en constante "guerra por el control del territorio, y ocupaban una

geografía más amplia que no tiene relación alguna con los territorios donde viven en la actualidad y que para ese entonces no estaban claramente delimitados entre ellos" (Gordones y Meneses, 2005: 109 s).

Antaño los Caribes ocupaban un territorio que iba desde el río Palmar hasta las riberas del sur del lago de Maracaibo, los alrededores del río Zulia y el río Uribante, los grupos de habla Chibcha ocupaban los territorios ubicados entre los ríos Ariguaisá, Santa Ana, Catatumbo, de Oro, Tarra y el caño Bobukí en la ciudad de El Vigía.

Los ancestros de los Yukpa penetraron tardíamente la cuenca suroccidental del Lago de Maracaibo, desde los llanos a través de la depresión de San Cristóbal, o navegando por la costa, desde Tucacas, bajando por el Lago de Maracaibo (Gordones y Meneses, 2005). Estos grupos, partieron primero desde las "Guayanas hacia el Amazonas, luego al Orinoco y en un periodo más reciente (600 d.C. y los 1000 d.C.) a los llanos Altos occidentales y la región central del país" (Gordones y Meneses, 2005: 65).

Los antepasados de los Yukpa, parcialidades de lengua caribe, ocuparon en el pasado un espacio territorial más grande que los ocupados en la actualidad. Esta geografía iba desde el río Socuy hasta las riberas del sur del Lago de Maracaibo y los alrededores de los ríos Zulia y Uribante; mantuvieron guerras constantes con tribus, subtribus de la estirpe yukpa y con grupos chibchas por el control del territorio. Los Barí solían incursionar al territorio Yukpa con el fin de secuestrar mujeres y niños; lo mismo hacían los Yukpa. De igual forma, los Coyamos y los Sabriles se mantenían en incesante guerra. Ejemplo de estas confrontaciones entre caribes y chibchas, en Caño Grande aparece bruscamente en un momento determinado de su ocupación, elementos típicos del Guamo, es decir de cerámica con antiplástico de tiestos molidos, que podría indicar la penetración y control de este territorio en un momento determinado por grupos étnicos de lengua Caribe.

Los Japreira poblaron el norte entre el río Palmar y Macoita, sus antepasados los Sabriles, posiblemente pudieron haber llegado navegando por la costa desde la región central del país, cruzando el Lago de Maracaibo y la otra oleada representada, hipotéticamente por los Kirikires hacia el sur, penetrando quizá la depresión del Táchira desde los llanos venezolanos (Gordones y Meneses, 2005).

De lo planteado, es posible inferir, en consecuencia, que los grupos hablantes de lengua caribe llegaron a la cuenca por la región sur en un período posterior a los 1000 d.C., coincidiendo la separación o dispersión con los estilos de la tradición Berlín en el piedemonte de Perijá y en el sur del lago.

Los grupos Arawak, de acuerdo a evidencias arqueológicas y lingüísticas, se extendieron desde el norte de Colombia en la zona de Valledupar. El modelo paleolingüístico Arawak, describe una separación del lokono y el guajiro, mientras que el paraujano y el guajiro, se separaron hace 1500-1000 d.C; considerando que el caquetío constituyó una lengua arawak, emparentada con el lokono. Además, la lengua guajira, está relacionada con el lokomo, el taíno y el caquetío, su análisis sugiere que este grupo de lenguas se dividió del proto-arawak, entre 1000 a.C. y 500 d.C. En estos siglos, se diseminaron los estilos de la tradición Hokomo en la región de los estados Lara, Falcón y en el norte del Lago de Maracaibo, estilos policromos tempranos relacionados con la difusión del proto-arawak y el proto-maipure hacia el norte (Rosales, 2005).

Desde el punto de vista arqueológico, Llano Seco, Estanquez, Chiguarà, y La Matica en el área de la cuenca media del río Chama y el municipio Pinto Salinas en el valle del Mocotíes respectivamente, se relacionan con los sitios del sur del Lago de Maracaibo, El Guamo, Onia y El Zancudo, aparece una alfarería con una superficie alisada y pulida, decoración incisa, aplicados y pintura roja sobre natural, relacionada, en algunos casos, con la decoración plástica incisa o modelada y la presencia de una pe-

queña, pero significativa muestra de pintura roja sobre fondo blanco. La presencia en El Guamo del engobe blanco y la pintura roja sobre blanco habría penetrado en Onia, pasando luego a la fase Zancudo Blanco, para declinar "al final del primer período, que abarca desde el 864 a.C. a 1168 d.C., estaría marcando un traslado de grupos portadores de la alfarería del occidente de Maracaibo hacia el piedemonte andino" (Gordones y Meneses, 2005: 113).

Lo descrito arriba, permite fechar arqueológicamente a Llano Seco, entre "...1510 y 1520 años antes del presente, estos datos relacionan a este sector con otros sitios de la cordillera de Mérida datados entre 600 y 1300 años d.C.", (Gordones y Meneses, 2005:50) con Mucuchíes y Tabay.

Igualmente, la cerámica de Llano Seco se caracteriza por presentar una decoración plástica con incisiones lineales que en su conjunto forman motivos geométricos, apliques antropomorfos ubicados en el borde de las vasijas, además, pintura roja ubicada en algunos casos en la zona del labio y el borde. Gordones y Meneses, 2005).

Poblamiento temprano de la cuenca del lago de Maracaibo y tradiciones cerámicas presentes

Para comprender el poblamiento de la cuenca del lago de Maracaibo, se debe recurrir al conocimiento sobre las tradiciones Malambo, Hornoide y Ranchoide y a las oleadas migratorias procedentes desde Colombia.

Las referencias de Rancho Peludo, refieren que a partir del primer y segundo milenio antes de Cristo, en el noroccidente del lago de Maracaibo, ya existían grupos indígenas, corroborado esto por la presencia de budares, fabricación de alfarería y cultivo de la yuca. Las probables fechas, aunque tardías, refieren para el sitio 445 a.C. y las fases arqueológicas de la tradición decorativa plástica (punteado-incisión-modelado) que aparece en la costa sur-occidental del Lago de Maracaibo posiblemente entre 0 y 600 d.C. Sin embargo, en ella se presenta una decoración esporádica en la

decoración pintada de un solo color, además de plástica y bases pedestales bulbosas que en este caso presentan perforaciones circulares o semicirculares.

En la Fase Zancudo de las zonas anegadizas de la costa sur del Lago de Maracaibo, por su antigüedad parece fluctuar entre el 700 y 850 d.C., en ella, está presente el cultivo de la yuca y el maíz, lo que supone un cierto balance en relación a la siembra de la yuca, a juzgar por la presencia de manos de moler, metates y budares.

La tradición plástica en la costa sur y occidental del Lago de Maracaibo, por la utilización de recursos vegetales, particularmente los cultivos vegetativos para la alimentación, no constituyeron un elemento de mayor peso dentro de la economía de estas pequeñas comunidades asentadas en las orillas de los ríos o caños que desembocan en el Lago. Al contrario, estaban complementados en gran medida por la recolección de moluscos terrestres y fluviales, la pesca, la caza terrestre y acuática (Sanoja, 1978). Los patrones de recolección de alimentos, pesca y caza, consistía en la captura de reptiles acuáticos, caimanes, pequeños y grandes mamíferos, caracoles terrestres, moluscos fluviales, pequeñas tortugas y báquiros que vivían en charcas o pantanos, proporcionaban la cantidad de carne y materia prima suficiente por familia (pieles, abrigo, huesos, dientes, agujas) abundantes y fáciles de recolectar o capturar (Sanoja, 2010).

La caza de moluscos terrestres, tortugas semiacuáticas fueron posiblemente tareas femeninas, mientras que la pesca y la caza de grandes animales y en mayor proporción, requerían mayor destreza y técnicas más especializadas, eran labores ejecutadas por los varones, tal y como sucede entre los actuales pobladores la Sierra de Perijá, costa occidental del Lago de Maracaibo. Este sistema de producción basado en la caza y la agricultura preferencial de tubérculos persiste hasta los tiempos históricos, dando origen a pequeñas comunidades, muy estables en algunos casos, a juzgar por la profundidad de los depósitos arqueológicos. Es posible

que hubiese existido una cierta fragmentación y aislamiento de los grupos tribales, cosa que se refleja en la tendencia hacia la interpretación local de la tradición decorativa plástica común a todos estos grupos.

Alrededor del primer milenio d.C., se encuentran en la cuenca del Lago nuevos grupos humanos, posiblemente emparentados con culturas sub-andinas del norte de Colombia, cuya economía está fundamentada de manera más definida en "la agricultura, aunque siempre complementada con la caza de mamíferos, la recolección de caracoles terrestres y la pesca fluvial. La alfarería es bastante adelantada, caracterizada por la decoración pintada rojo/blanco, el modelado y la incisión" (Sanoja, 1978:74).

Al este del Lago Maracaibo, estuvo dominada por la serie Tocuyanoide, con patrones de adornos elaborados "en negro y rojo sobre un engobe blanco. La aplicación de colores en el fondo, crea el efecto de pintura negativa sin el empleo de técnica resistente. La aparición de cuencos con trípode señala una relación con el oeste, donde esta forma y la pintura policroma estaban altamente desarrolladas en fecha más temprana" (Betty J, Evans, Clifford, 1977: 28).

El Guamo, está relacionado estilísticamente con el Danto, ubicado más hacia el suroeste, cerca de la frontera con Colombia, hacia el 1300 $\pm$ 70 d.C.", no existiendo evidencias de recolección de caracoles y los restos de fauna aparecen muy raramente en las excavaciones, a excepción de las vértebras de peces que son muy abundantes (Sanoja, 1978:75).

En cuanto a los fragmentos de budares, estos aparecen mezclados con manos de moler y metates, evidencia, de que utilizaban tanto los tubérculos como los granos para su subsistencia; sin embargo, los metates de El Guamo, en forma de canoa, aparecen mejor elaborados incluso que los excavados en los sitios de la Fase Zancudo, subrayando quizás la importancia que los individuos de El Guamo concedían a la utilización tanto de los granos como de

los tubérculos. Las plantas vegetativas domesticadas contribuían con suficiente azúcar y almidón en la dieta alimenticia, pero con muy pocas proteínas en la dieta de los aborígenes.

Como resultado de una agricultura tan parcializada, todas las proteínas (grasas y aceite), tenían que ser obtenidas de los recursos animales. Prácticamente, todo el litoral de la costa de Suramérica estaba habitado por una fauna muy rica y variada, particularmente a lo largo de los ríos, charcas, lagunas y lagos. Los alimentos animales y por consiguiente las grasas y las proteínas, existían en grandes cantidades.

En ese sentido, la agricultura especializada debió haber tenido su origen en comunidades de cazadores y pescadores que vivían a lo largo de los ríos y los lagos de manera permanente. A diferencia de los que sembraban tubérculos, la orientación alimenticia de los cultivadores de granos fue muy diferente. El objetivo en este caso es un balance dietético, una provisión correcta y adecuada de proteínas y grasas, así como carbohidratos obtenibles mediante el consumo del maíz. La necesidad de los alimentos de origen animal es, en este caso, mucho menor. La necesidad de plantar las semillas en períodos bien determinados, la relación entre buenas cosechas y condiciones climáticas propicias, generalmente determinó el desarrollo de un ceremonial y de una estructura social y tecnoeconómica compleja. A diferencia de la agricultura de granos, los cultivos vegetativos no exigen ningún procedimiento especial ni para recolectar ni para almacenar los tubérculos. Estos permanecen bajo tierra y se extraen a medida que se les necesita (Sanoja, 1978).

Los grupos aborígenes que aparecen en la costa del Lago en los primeros siglos del primer milenio d.C., poseían un sistema de producción especializado en la "caza, la recolección de caracoles terrestres y el cultivo preferencial de tubérculos. Se agrupaban en pequeñas comunidades relativamente estables ubicadas en los terrenos bajos y tenían una tecnología alfarera relativamente simple

(Sanoja, 1978:76). De todas maneras, los que llegaron en 1000 d.C. supieron escoger para sus asentamientos aquellas zonas donde los suelos permitían mantener un sistema de producción de alimentos más eficiente y un nivel general de tecnología alfarera comparativamente más alto.

Los sitios arqueológicos de la costa nor-occidental del Lago de Maracaibo, ubicados en la región de selva tropical seca, indican la presencia de pequeñas aldeas a lo largo de los ríos de la región. La alfarería es generalmente de aspecto rudimentario, decorada con punteado, incisión, corrugado y eventualmente con motivos pintados en rojo/crudo, hallándose en algunos sitios las bases pedestales bulbosas perforadas típicas de la tradición plástica de la costa sur-occidental del Lago. La presencia de manos de moler y de budares, indica la utilización de la yuca y el maíz para la alimentación. Los restos de fauna son escasos, limitándose fundamentalmente a peces fluviales y pequeñas tortugas semiacuáticas.

La región desértica de la costa de la Guajira, al norte del Lago, presenta una relativa diversidad de culturas aborígenes las cuales tienen en común una economía basada en la recolección de conchas marinas y la utilización del maíz, como lo deja entrever la presencia de manos y metates. La recolección de conchas marinas se halla presente en la costa de la península de la Guajira desde comienzos de la era cristiana, asociada con alfarería policroma en la Fase La Pitía, donde sus pobladores parecen haber sido cultivadores de maíz.

Los grupos humanos que poblaron la parte occidental del lago de Maracaibo, en el primer milenio d.C., tenían una estrecha relación con los habitantes del norte de Colombia, sobre todo con Malambo. En el plano arqueológico, se destaca la presencia de base pedestal bulboso perforado, la cual está ya presente en el norte de Colombia con esta tradición. A Malambo, se le asocia la decoración plástica, punteado, modelado e incisión, y pintura monocolor. Y, por otro lado, los sitios Tairona de la región de Santa

Marta, particularmente, los lugares tempranos, tienen características en su alfarería, que podrían tener relación con otras encontradas en sitios en los niveles bajos de la fase Caño Grande, en la costa suroccidental del Lago de Maracaibo, especialmente vasijas con bases pedestales bulbosas perforadas, vasijas con adornos efígie, vasijas carenadas y la alfarería ahumada pulida (Sanoja, 1978).

En la región entre la Sierra Nevada de Santa Marta y el Lago de Maracaibo, hubo conexiones, quizá por La Guajira y el Golfo de Venezuela, ya que hacia:

1.200 A.P. Y 600 A.P., vivieron innumerables grupos que, aunque pertenecientes a la Tradición Ranchoide, se diferenciaban entre sí y se relacionaban de diferentes formas con sus vecinos. Con el avance de la investigación es evidente la existencia de una estrecha dinámica entre las sociedades que habitaron el área... que han permitido sugerir una Tradición Malamboide (...). Para poder explicar esta dinámica intergrupal es útil el modelo de la Esfera de interacción del noroeste de Suramérica (Sanoja, 1978: 73).

Una de las tradiciones que se asentó primariamente en la cuenca del Lago de Maracaibo fue la Tradición Malamboide, del caribe colombiano, esta tradición cultural tuvo su presencia en la región noroccidental del Lago de Maracaibo hacia el año 1.100 a.C., manteniendo su permanencia hasta comienzo de la era cristiana. Estos grupos humanos, poseían una economía basada en la recolección de moluscos en el área costera, junto al empleo de la yuca brava; se asentaron en la región venezolana, cercanos a las riveras o litorales del Golfo de Venezuela, en los ríos Socuy y Cachirí, en el occidente del lago y en la Costa oriental del Lago de Maracaibo (Gordones y Meneses, 2005).

En Colombia, esta tradición aparece hacia el 1.120 a.C. hasta los comienzos de la era cristiana. Entre los rasgos más representativos de su cerámica, destaca un modelado, inciso y relación muy estrecha o similar con la alfarería predominante en épocas tardías en las Antillas y modelos con la tradición Barrancas, del Formativo

del bajo Orinoco (Langebaek, 1987).

Posiblemente, la tradición Malambo, pudo ocupar el territorio geográfico cercanos a la Sierra Nevada de Santa Marta, aunque sus límites eran el litoral cercano a la población de "Ciénaga, corredor de paso entre la Costa del Magdalena y el resto del Litoral Atlántico, caracterizado por el desarrollo agrícola y alfarero temprano" (Langebaek, 1987: 85).

La economía de los pueblos portadores de una alfarería modelada-incisa, tenían como cultivo y consumo primordial de la yuca brava y la presencia temprana del budare. Igualmente, Malambo, parece ser foco donde se pudo haber iniciado los primeros ensayos de la horticultura en Colombia y difusión de este producto para elaborar cazabe, en otros pueblos del norte de Suramérica se dio la domesticación y consumo del perro como alimento (Angulo, 1981).

Gordones y Meneses (2005) describen que hacia los años 500 y 700 d.C. se extendieron por la cuenca del Lago de Maracaibo y el norte de Colombia las tradiciones Hornoide y Ranchoide, "ambas asentadas a lo largo de grandes ríos venezolanos como el Guasare, el Socuy, el Cachirí y el Palmar y en el río Ranchería en la vecina Colombia" (Gordones y Meneses, 2005: 302).

Luego aparece la tradición Ranchoide, presente en los complejos arqueológicos Puerto Estrella, Rancho Peludo y el Guasare; el más temprano, data hacia el 500 y 700 d.C., el segundo, en términos cronológicos, se ubicaría hacia los años 100-1100 d.C. y, por último, el Complejo Guasare, hacia los años 1300 y 1350 d.C. (Gordones y Meneses, 2005).

Las tradiciones Hornoide y Ranchoide se sustentaban económicamente, de la pesca, recolección de moluscos y el consumo de maíz. En relación a este producto, su consumo por parte del grupo Ranchoide, estuvo asociado al hallazgo de manos de moler y metales de piedra utilizados probablemente para moler sal y productos vegetales diversos obtenidos por recolección, su frecuencia indica

algo más que un sistema ocasional de molienda.

En Rancho Peludo, en ningún momento se encontraron evidencias de budares en que las comunidades pertenecientes a la Tradición Ranchoide, fundamentaran su subsistencia en el cultivo y consumo de la yuca amarga. Los pocos elementos de molindas no indican que se consumió y/o cultivó maíz, las manos de moler pudieron haber servido para moler sal y algunos alimentos, como frutos silvestres; en ninguno lugar de los lugares excavados, se encontraron restos carbonizados de maíz. Los pocos fragmentos de budares hallados, pudiesen señalar el consumo de la yuca como suplemento; pudieron servir para secar y tostar almendras de cacao o pan de maíz (Gordones y Meneses, 2005).

Los aportes de Mario Sanoja (2010) al tema, plantean que las comunidades igualitarias vegecultoras, existentes en el bajo Magdalena antes de la colonia, requirieron de la segmentación y la expansión para garantizar una práctica exitosa del tipo de agricultura que empleaban. Es Malambo, hacia el último milenio antes de la era cristiana, que produce y procesa la yuca, desplazando la apropiación, convirtiéndola en una actividad complementaria. Es a partir del 650 a.C., cuando el grupo indígena de Caño Grande tuvo un modo de vida igualitario vegecultor que por sus características culturales tuvo sus antecedentes históricos en la Fase Malambo.

Los pueblos vegecultores del sur del Lago de Maracaibo, estuvieron relacionados con la tradición plástica que tiene como atributos más importantes la decoración modelada, aplicada, punteada e incisa y el uso de la impresión de tejidos en las bases de las vasijas.

Los datos arqueológicos descritos sobre la tradición Malamboide, influyó en cuanto a una ocupación temprana en la cuenca del Lago de Maracaibo por masas vegecultores, provenientes del norte de Colombia en diversos momentos históricos:

... 1) un primer momento –alrededor del sexto siglo antes de Cristo– cuando migran las poblaciones del norte de Colombia y se asientan en el sur del Lago de Maracaibo, y 2) otro cuando

esa misma gente lo hace –entre 100 a.C. y comienzos de la era cristiana– en la Península de la Guajira, márgenes del Guasare y Socuy y en la Costa Oriental del Lago de Maracaibo... (Gordones y Meneses, 2005: 305).

En referencia a la producción y el procesamiento del maíz en la Cuenca del Lago de Maracaibo, esta fue una actividad tardía, relacionada a los diversos procesos históricos que se vivieron en el caribe y en la región del norte colombiano. Estos cambios de alimentación agrícola en las comunidades del área colombiana, están fechados hacia 970 después de Cristo; se observa en el área cambios en las prácticas de subsistencia que no abandonan el cultivo y consumo de la yuca, introduciendo cambios sustanciales en los métodos y forma de proceso en el cultivo del maíz, asociado a vasijas de tamaño considerable y “recipientes con soportes en forma de pedestal alto; elemento éste, muy característico del curso bajo del río Magdalena” (Angulo, 1988: 131). Estas variantes son características de los pueblos con formas de vida aldeana:

Durante el segundo y último período de la historia de la Ciénaga de Guájaro, período este, que se extendió hasta el contacto indohispano. Tales variantes serían: vegecultora; modo de vida aldeano variante semicultora y, probablemente, una variante mixta: modo de vida aldeano, variante vegecultora - semicultora (Angulo, 1988: 129).

Las etnias asentadas en el Sur del Lago de Maracaibo, en el área territorial de los ríos Zulía y Escalante, manejaron un proceso sincrético en las prácticas productivas relacionadas con la semicultura y la vegecultura, trayendo como consecuencia el surgimiento hacia el siglo X de la era cristiana, “un modo de vida igualitario mixto, tal como lo evidencian los sitios El Guamo y El Danto” (Gordones y Meneses, 2005: 305).

Ahora bien, las interpretaciones que se tienen sobre el poblamiento de la Tradición Malambo en la cuenca del Lago de Maracaibo, demanda una ocupación temprana hacia el primer milenio antes de Cristo relacionada con su alfarería. Sin embargo, el único

sitio arqueológico venezolano asociado con Malambo que tiene datación es Las Tortolitas, donde se obtuvo una sola fecha que se remonta hacia el año 100 ± 50 a.C.

El segundo período ocupación se ubica desde el 1 hasta el 600 d.C., en este tiempo permanecieron las Tradiciones Hokomo y Malambo, desapareciendo la tradición Lagunillas y aparece en la cuenca del Lago de Maracaibo la tradición Berlín, posiblemente el proceso de aparición y desaparición de tradiciones para la época en cuestión se encuentre relacionada con el afianzamiento de grupos humanos emparentados con el arawak y el chibcha.

El tercer período de ocupación en la cuenca del Lago de Maracaibo, se puede fijar hacia los años 600 y 1500 d.C.; en esta época desaparecen las tradiciones Hokomo y Malambo, y se produce un proceso de diferenciación interna en la tradición Berlín, apareciendo para entonces una nueva tradición, la tradición Mirinday (Gordones y Meneses, 2005).

En relación a lo anterior, las evidencias disponibles hasta el presente, a pesar de no ser concluyentes, dan indicios de que el área territorial comenzó con las oleadas chibchas que poblaron los Andes Orientales, tierras bajas del litoral Caribe, entre las penínsulas de Paraguaná y La Guajira, incluyendo la cuenca del lago de Maracaibo y la serranía de Perijá. Estos espacios geográficos, inicialmente habrían sido habitados por grupos enunciados arriba, que venían de Centroamérica. En esta extensa zona se encuentran complejos cerámicos como el Ranchoide, el Tierroide y la Fase Mirinday, sistemáticamente asociados con fechas del primer milenio de la era, además, se poseen suficientes elementos diagnósticos como para demostrar un parentesco cercano con los complejos cerámicos chibchas en los Andes Orientales (Lleras, 1995; Langebaek, 1986; Ardila, 1986). Estos conjuntos de similitudes, y la correspondencia cronológica sustentada por un buen cuerpo de fechas absolutas, según las cuales "los grupos de tierras bajas son consistentemente más antiguos que los andinos y terminan ha-

cia la misma época en que aquellos empiezan, han sustentado la teoría del poblamiento chibcha en los Andes Orientales" (Lleras, 1995: 5).

Por último, en la cuenca del lago de Maracaibo, la Lingüística histórica coincide con los datos cronológicos de la Arqueología, zona en la que pudo haberse generado presencia de pobladores distintos a los presentes, es decir, presencia "tardía de grupos de lengua caribe que empiezan a pugnar por territorios ocupados por grupos de lengua chibcha, los cuales habrían llegado con anterioridad a la cuenca del Lago" (Gordones y Meneses, 2005: 310).

Un último periodo de ocupación en la cuenca del Lago de Maracaibo, hace mención a expansión de grupos arawakos en el noreste de Venezuela y el nororiente de Colombia y el posible origen de los wayúu, en la que se propone que las diversas poblaciones arawakas colonizaron en distintas épocas la cuenca del Lago de Maracaibo, siendo la más tempranas las que se encuentran relacionadas con el sitio Tocuyano, y las más tardías las que estarían relacionadas con el Dabajuro. Esta dispersión hacia el occidente de Venezuela y la región colombiana de Ranchería hasta la Guajira está íntimamente relacionada con la distribución de varias tradiciones policromas. Estas similitudes estaban emparentadas con las tradiciones policromas- incisas tempranas en la llamada Macro Tradición Tocuyanoide y las Tradiciones policromas tardías en la Macro Tradición Dabajuroide. La tradición Tocuyanoide, se relaciona con los Llanos en dos direcciones distintas: Unas partieron desde el Orinoco, vía los llanos de Apure, para penetrar la cuenca del Lago de Maracaibo por la depresión del Táchira, originando en los años venideros la Tradición Malamboide. Los proto-malamboides, poblaron hacia los ríos Socuy y Cachimí donde se encuentran representados por la sub tradición Tortolitoide y en los años posteriores ocuparon la península de la Guajira, el río La Ranchería y Malambo en Colombia, dando origen a la Tradición Malamboide. Representando otra dirección, desde el Orinoco migraron otras poblaciones

por los llanos de Portuguesa y Cojedes hacia el Tocuyo, dando origen a la Tradición Tocuyanoide. Con el pasar del tiempo, los grupos humanos portadores de la Tradición Tocuyanoide avanzaron a los valles de Barquisimeto, Quibor, y de ahí, a la Costa Oriental del Lago de Maracaibo donde se encuentran representados hacia el año 500 d.C. en la Tradición Lagunilloide y hacia Betijoque en el estado Trujillo, dando origen a la sub- tradición Betijoque.

El noroeste del Lago de Maracaibo, en la Guajira venezolana, fue ocupado por poblaciones asociadas con la Macro Tradición Tocuyanoide hacia el año 1000 A.C., por portadores de una tradición policroma, no sólo por la región de Sinamaica, sino que posiblemente entre el 1000 y 500 a.C., ya habían habitado el valle del río Ranchería (Lomo- Horno). En esta etapa histórica de las comunidades enunciadas (Ranchería y Sinamaica), los efectos de la expansión decorativa incisa ancha (Loma/Horno negra incisa) se hace sentir en la Pitia y Tocuyano. Y hacia el 500 A.C. y 100 A.C., emerge la tradición local, Malambo, donde impera el adorno de tipo inciso/ancho bajo un modelo decisivo, sin menoscabo de la herencia de la Pitia y Tocuyano en relación a la policromía (Gordones y Meneses, 2005).

La macro tradición Dabajuroide, tardía policroma, ocuparía el valle de Barquisimeto, Yaracuy, Trujillo, Táchira y casi toda la costa de Venezuela, Aruba, Curazao y Bonaire. Estas tradiciones policromas tardías, exceptuando la sub-tradición Mirinday y Capacho, se relacionan con la etnohistoria de grupos Caquetíos. Las dos últimas tradiciones son de origen Jirajara.

La Tradición Dabajuroide, se desplazó por Cojedes y Yaracuy, y; la Tradición Tierroide, se movilizó por Barquisimeto y el oeste de Quibor en el estado Lara. La cultura Dabajuroide, seguramente siguió colonizando el este del estado Falcón, Paraguaná, Coro y asentándose posteriormente a lo largo de la costa y ríos falconianos. Y por vía marítima, navegaron, colonizaron las islas de Aruba, Curazao, Bonaire, teniendo conexiones con la costa oeste de La

Guajira hasta los pueblos del complejo Portacelli. Cerca del período de contacto español, las comunidades relacionadas con la tradición Dabajuro se expanden hacia la cuenca del Lago de Maracaibo, dando origen a la sub-tradición Bachaquero. Esta tradición es de suma importancia, ya que tiene un amplio sitio de habitación y cementerio de un número grande de urnas funerarias y cerámica de la tradición Dabajuroide del Estado Falcón; igual, cuentas de collar, pendientes alados de concha, hachas, manos de moler, metate y lascas líticas. Las fechas oscilan entre 420 ± 50 y 550 ± 70 A, ubicándose en Bachaquero en el período IV de la cronología regional, basándose este pueblo en el cultivo de maíz, en menor grado la yuca, la pesca y la recolección (Gordones y Meneses, 2005).

Pobladores precoloniales del sur del Lago de Maracaibo

En la tierra llana de la cuenca sur del Lago de Maracaibo, los principales grupos precoloniales, fueron las etnias Bobures, Pemenos, y Quiriquires. Estas familias, tenían un dinámico intercambio comercial de productos agrícolas, pescados, sal, maíz, yuca, batata, papa, auyama, granos, ajíes, tabaco, vasijas, esteras, oro, telas, collares, algodón, cacao, y otros productos derivados de la caza como la carne de venados; aves; pieles; objetos preciosos, quizá, "águilas de oro y de tumbaga en cercanías del lago de Maracaibo, donde formaron parte del intenso intercambio de las comunidades de esta zona con las de la Sierra Nevada de Santa Marta y del Valle de Upar", con las tribus del norte del lago, los Andes venezolanos, Colombia y el noroeste de Venezuela (Falchetti, 1993: 64).

Posteriormente, en la época colonial, Gibraltar se consolida como centro poblado y puerto de gran importancia para la región geohistórica del sur del lago. A su muelle llegaban por lo menos dos veces al año navíos cargados de productos de diversa índole, procedentes de Europa y el Caribe. Estos, a su vez demandaban los estimados y valiosos productos agrícolas y artesanales de la región merideña y trujillana, cueros, cordobanes, harina de trigo, lienzo, hilo de pita, carpetas, alfombras, jamones, azúcar, miel, y

otros productos elaborados, dinamizando el comercio la zona. El establecimiento del puerto, fue resultado de los buenos propósitos de los comerciantes emeritenses en tener un embarcadero propio dotado con aduana y autorizado por la Corona española para traficar con los puertos del Caribe y Europa y, al mismo tiempo, representó el fortalecimiento de su derecho jurisdiccional sobre la superficie territorial comprendida entre los brazos de Herina o río Palmar hasta el río Pocó. Asimismo, constituyó la culminación del proceso de ocupación hispánica que se inició en el altiplano cundi-boyacense en la tercera década del siglo XVI, el que se expandió hacia el nororiente del Nuevo Reino de Granada, consolidando las sucesivas fundaciones de Tunja, Pamplona, Mérida y la villa de San Cristóbal. Y sobre todo a los ejes poblacionales hispánicos, constituidos por los valles de la sabana del Espíritu Santo, Río Seco o Caja Seca, Gibraltar, Palmarito, El Banco, San Pedro, Tucaní, Mucutem, Chimomó, Santa María, San Antonio de Heras, Río Culebra, Pionio y Quebrada de Muyapá, valle del Chama, Capaz, Mibambú, Mucujepe, Santa Bárbara y Encontrados (Ramírez, 2014a; Ramírez, 2014b; Ramírez, 2015).

Los Bobures, Pemones y Quiriquires, poblaron la culata y las costas del sur del lago. Se extendieron igualmente, de norte a sur en el área de Valledupar; bordearon el piedemonte norte de la Sierra de Perijá. Hacia el norte, en La Barra, la Laguna de Sina maica y la desembocadura del río Limón; la nación de los Onotos, Aliles, Toas, Zaparas, Wayúu y Caquetíos; y en la zona suroriental del Lago, moraron los Caonaos y los Buredes, ocupantes de las cabeceras del río Guasare (Ibarra, 2000).

Filiación lingüística de las etnias Bobures, Pemones y Quiriquires

Explicado brevemente lo anterior, la lengua de los grupos Bobures, Pemones, Quiriquires, Buredes, Caonaos y Coromochos, correspondían a dialectos de la gran familia caribe. La toponimia Kiri-kire, wokiri y oquieri, en singular significa “hombre”, y en plu-

ral la voz Kiri, significa, "los hombres"; gentilicio muy común de las tribus caribes de Venezuela, sobre todo, en los estado Zulia, Miranda, los llanos, oriente y Nueva Esparta, las repúblicas de Colombia y la Guayana francesa, gentes de guai o gentes de los morichales y esteros (Jahn, 1927). Por su parte, el vocablo bobures o Bubures, pudiese significar, "...Buburu de los Galibis, y Poburu, de los Caribes de Venezuela, voces que equivalen a pies..., tal vez tuvo por objeto hacer alguna particularidad en la forma o dimensiones de los pies" (Jahn, 1927: 43).

Por tanto, en lengua caribe, la voz "pata o patar significa aldea, sitio o país, de modo que si Borburata es, como sospechamos, corrupción de Boburpata, tendríamos averiguado que aquel valle fue asiento de los Bobures" (Jahn, 1927: 44).

Por otro lado, la voz pemeno o jemenno equivaldría, a "comarca poblada", por lo que esta etnia es la misma que los españoles más tarde apellidaron motilones, por llevar el cabello rapado, así como en los comienzos de la Conquista los llamaron coronados, por su original corte de cabello". Significa "Pueblo o aldea". Familia que dominaba el "arte de tejer algodón y que fabricaban con él las hamacas que les servían de lecho" (Jahn, 1927: 44 y 50).

Características sociales y étnicas de los Bobures, Pemenos y Quiriquires

Una de las etnias más distinguidas de la depresión del lago eran los bobures, ubicados en la ribera sur, en las llanadas de San Pedro, localidades que actualmente albergan las poblaciones de Chimomó, San Francisco del Pino, Santa Isabel, Santa María, Palmarito, el Banco, Mojaján, Gibraltar, San Miguel, valle de Tucaní, valle del Espíritu Santo, El Alguacil, valle de Arapuey, Gibraltar y Bobures (Ramírez, 2014a; Ramírez, 2014b; Ramírez, 2015); "nación afectuosa y pacífica; sus armas eran "cervatanas, por donde disparaban con el soplo unas flechillas envueltas en plumas por los extremos y tocadas con cierta yerba que si lastimaba muy poco" (Jahn, 1927: 36-37).

Andaban desnudos, los hombres y las mujeres; los primeros, traen su sexo metido en un calabazo, las mujeres usan una pampanilla o pedazo de algodón, tan amplio como un palmo, delante de sus sexos. Son gente mansa, sus casas son "... de tres o cuatro o cinco... menos guerrera ni bulliciosa que la que habita en las sierras comarcanas" (Jahn, 1927: 37).

Su espacio geográfico de habitación se designó alguna vez, provincia de "Xudua y Churuarán, Axudua" (Jahn, 1927: 31 s), y el principal poblado de la jurisdicción pareció ser Moporo, del que Oviedo (2004), refiere que:

..., (...) tendría treinta casas el año de seiscientos ochenta y seis, que estuve en él; experimentase en estos pueblos un raro efecto y singular transmutación que obra la naturaleza, pues todos los maderos sobre que fabrican las casas, como sean de una especie que llaman vera, que es muy sólida y fuerte toda aquella parte que cogió dentro del agua de la laguna, pasando algunos años, se convierte en piedra, quedando lo demás en su ser primitivo de madera, manteniéndose unidas en un cuerpo dos tan distintas materias (Oviedo, 2004:34).

Los bobures, igualmente, se ubicaron en una extensión o zona baja de Maracaibo (Rosales, 2005). Gozaban las etnias Bobures y Pemenos de gran fama de ricos y excelentes agricultores, cultivaban "maíz, yuca, batata y otras especies en cantidad notablemente superior a su capacidad de consumo que, junto a derivados de la caza, como la del venado" (Altez, Parra y Urdaneta, 2004:136), sus excedentes lo intercambiaban a trueque con otras comunidades del Lago y del Golfo de Venezuela, al norte, quienes compraban, "sal a cambio de frutos y pescado"; (Jahn, 1927: 40) a aldeas vecinas, cazadoras-recolectoras-pescadoras, constituidas por las etnias "zaparas, aliles, auzales, arubaes, toas, quiriquires y onotos" (Altez, Parra y Urdaneta, 2004: 184).

El territorio de los Bobures, Pemenos y Quiriquires fue considerado como un hermoso valle en el lago de Maracaibo. Porción territorial de los:

... pacabuyes entre la sierra de los bobures y la Sierra Nevada..., tierra de la Culata muy fértil... productores... de maíz y de yuca... "... tierra de muchas ciénagas en invierno, de manera que no se puede andar si no es con mucho trabajo. Hay ríos y estos entran en la laguna. Es tierra muy enfermiza y de muchos mosquitos, por causa de las ciénagas" (Altez, Parra y Urdaneta, 2004:184).

Ocuparon los Bobures, no sólo la orilla meridional del Lago de Maracaibo, sino también, la margen occidental, en la "vecindad de los Aliles y Onotos. Eran afines, acaso idénticos a los Buredes que se mencionan más al Poniente en la sierra de Perijá" (Jahn, 1927: 38 s). Grandes recolectores de cacao para sus ceremonias mágico-religiosas, ya que sus granos y las grasas del mismo, se constituyeron en ofrendas (Urdaneta, Parra, y Cardozo, 2006).

Probablemente, habitaron los Bobures y Quiriquires cotas altitudinales superiores a los 800 metros, cerca de los Mukuchaníes (Hernández y Santos, 2004), entre los ríos "Tucaní y Chirurí" (Salas, 1997).

El consumo e intercambios de productos lacustres entre grupos altoandinos merideños, trujillanos y del lago de Maracaibo en la vertiente sur, "los Bobures compraban a los de la laguna el pescado, y decían que el oro lo llevaban de las Sierras; y se sabe asimismo que las tribus ribereñas del Chama, hacia la parte llana, cambiaban maíz y otros frutos por la sal que importaban de la laguna" (Febres, 2007: 41).

La vecindad en que cohabitaban los bobures y pemenos, formaban casi "una misma filiación lingüística y étnica". Poblaron todos ellos, un mismo territorio desde el "norte de Colombia en la zona de Valledupar, hasta el sur en la Culata del Lago" (Rosales, 2005: 137 s.). Además, éstos (los pemenos), "andaban desnudos y hablaban la misma lengua de los Bobures. Los Pemenos comerciaban con los Quiriquires, de quienes compraban sal a cambio de frutos y pescado." (Jahn, 1927: 40). Los Quiriquires y los Pemenos, eran afines lingüísticamente.

Al pueblo pemeno, se les pudo comparar con los antiguos itotos o serranía del mismo nombre que separa las aguas que caen al lago de Maracaibo de las que van al Valle de Upar y que fue atravesada por los primeros conquistadores, hacia la Sierra de Perijá. La voz Itoto, es de origen caribe, enunciaba gente enemiga o indios bravos, como en efecto fueron los motilones que habitaron y aún habitan la sierra de Perijá, y en quienes se debe observar rastros o vestigios de los ancestrales pueblos Pemenos, Quiriquires, Bubures y Buredes (Jahn, 1927).

Los Pemenos y quiriquires pudieron haber ocupado las orillas del río Táchira hasta el vecino estado Zulia, en las riveras del Lago de Maracaibo, que en el periodo colonial frecuentaban, incursionaban e interrumpían "el tráfico y el comercio entre Mérida y Pamplona, lo que motivo la fundación de la ciudad de San Faustino, en 1662" (Jahn, 1927: 298). Lo dicho revela la perseverancia de los Motilones de hoy, Pemenos de antaño, han sabido conservar no solo "su independencia, sino su lengua, hábitos y medios de defensa" (Jahn, 1927: 114).

Por otra parte, los Pemenos habitaron la parte "alta, quizás entre el Tarra y Catatumbo, donde viven en la actualidad los Motilones, y los Quiriquires en la región cenagosa de Encontrados. El otro grupo de Quiriquires, hallado por Dalfinger en la Provincia de Axuduara, debió ocupar la costa Sur del Lago entre La Ceiba y Gibraltar" (Jahn, 1927: 41), Chirurí, Arapuey, Caús y Buena Vista.

Seguramente este territorio, también fue recorrido por el capitán Pedro Francisco Martín, cuando marchó a la ciudad de Coro, pasando por poblados de los pemenos enunciados arriba.

Estas aseveraciones, por un lado, parecen ser contradictorias, pues, los cronistas en relación a este punto, describen en la expedición de Dalfinger a la provincia de Axuduara, como poblada por el ángulo "S. E. del Lago, en la parte que riegan los ríos Chirurí, Arabuey (Arapuey), Pocó y Caús, por indios Quiriquires" (Jahn, 1927: 41). Y, por otro lado, los relatos expedicionarios de Martín,

plantea “que en esta región fueron los españoles muy bien recibidos por los Pemenos. La afinidad entre Pemenos y Quiriquires explica esta confusión, e. d. que los españoles hubiesen confundido unos y otros, dada su semejanza física y su común o muy similar dialecto” (Jahn, 1927: 41 s). Por otro lado, los Pemenos, poblaron tierras “pantanosas, anegadizas y de tupidos manglares, organizados en conjuntos de palafitos... que viven en la vera y culata de la laguna de Maracaibo, hacia la parte sur o austral... y es de tierra muy anegada y de espesas montañas” (Altez, Parra y Urdaneta, 2004: 186).

Jahn, (1927), manifiesta que los indios Quiriquires y Pemenos, habitaron las tierras bajas que “demoran al pie de la sierra de Ciruma...; y por el Este eran sus vecinos los ya citados Xaguas, de las tierras de Carora. Como se ve, estos Xaguas estaban rodeados por Caquetíos al Norte, por Jirajaras al Este y Oeste y por Ayomanes y Gayones al Este y Sur” (Jahn, 1927: 256). Estos grupos Bobures, Pemenos y Quiriquires, tenían relaciones con los Torondoyes “de quienes debieron aprender el uso de esta arma, peculiar de las tribus que habitan las selvas de nuestros grandes ríos” (Jahn, 1927: 324).

Características sociales y étnicas de los Buredes y Caonaos

Ambas grupos étnicos, tenían un sistema de subsistencia basado en actividades agrícolas, cultivaban sobre todo maíz y yuca, y en algunas ocasiones se dedicaban a la caza. Poblaron:

... las cabeceras del río Guasare (...) La información disponible indica las diferencias culturales existentes entre estos grupos. Por ejemplo, los caonaos vivían en las sierras y sabanas y usaban mantas y bonetes de algodón; mientras los buredes ocupaban las montañas de la Sierra de Perijá y no usaban ningún tipo de vestimenta. Con un sistema de subsistencia basado en actividades agrícolas, eran grupos predominantemente agricultores, cultivaban el maíz, la yuca y otros productos, y algunas veces se dedicaban a la caza. (Rosales, 2005: 137 s).

Los Buredes eran afines lingüísticamente, a los bobures, andaban completamente desnudos los hombres y apenas cubiertas las mujeres, con el cabello recortado en contorno y recogido sobre la cabeza el resto en rolletes, a guisa de coronas. Habitaban las sierras altas donde nace el río Limón o Macomiti, son coronados como los frailes de San Benito, llevaban grandes coronas; el cabello trasquilado de dos o tres meses. Estos no cubren sus vergüenzas, ni se cree que saben qué cosa es vergüenza de cosa alguna; más las mujeres de estos coronados andan como las que se dijo de las pampanillas, y sus costumbres son como las de los primeros (Bobures). Estos últimos, igual poblaron el “Oeste de Maracaibo, al pie de la sierra de Perijá y a los Buredes Coronados en el Valle de Upar” (Jahn, 1927: 38).

A los Caonaos se les definía, como “gente de alta estatura y de aspecto muy diferente del que ofrecían los aborígenes hasta entonces vistos; vestían mantas de algodón y gorros de la misma tela... mantenían relaciones con los indios del interior, a quienes cambiaban sal por oro y este metal lo trabajaban dándole formas de anillos aves y otras” (Jahn, 1927: 39).

Características sociales y étnicas de los Coromochos, Onotos, Aliles, Toas, Zaparas, Paraujanos y Alcojolados

El grupo Coromocho, se les consideraba un pueblo de “agricultores, que posiblemente tenían con los bobures la misma filiación lingüística con diferencias dialectales”, habitantes del área montañosa que limitan con los estados Lara y Falcón “de quienes sólo se menciona que usaban piedras y macanas para defenderse y que no tenían ningún tipo de vestimenta (Rosales, 2005: 140). En las zonas llanas habitaron en convivencia onotos y caquetíos, específicamente en el área del río Pueblo Viejo” (Rosales, 2005: 141). Poblaron igualmente, las “..., serranías que bordean las tierras bajas del lago por su lado sur. Eran semejantes extremadamente a los bobures, particularmente en el vestir, pero tenían un temperamento más belicoso”, (Rosales, 2005: 140).

Los Onotos habitaron el lago hacia el norte, los hombres como las mujeres, tenían sus cuerpos desnudos, no sembraban, pescaban con redes y anzuelos toda clase de peces, abundante y excelente que comerciaban con los indios Bubures, "a cambio de maíz y yuca y otras cosas. Estos indios tienen sus casas dentro de la misma laguna, armadas con sus tablados, sírvanse con sus canoas en la laguna son valientes hombres, pelean con arcos y flechas y macanas" (Jahn, 1927: 31).

Los onotos, "no siembran, (...) "tienen sus casas dentro de la laguna", "son señores de la laguna, y pescan con redes y anzuelos mucho género de pescado que hay en la laguna, muy excelente, y lo venden en sus mercados a los indios buredes, (sic, hoy se admite bobures) de la provincia Puruara, a trueque de maíz, yuca y otras cosas" (Urdaneta, Parra, Ileana y Cardozo, 2006: 7). Los onotos eran vecinos de los Alcojolados, con un parecido lingüístico y físico.

Entre las características sociales y costumbres más importantes de los Onotos, Aliles, Toas, Zaparas, Paraujanos y Alcojolados, destacaban:

...todas estas gentes que viven en torno de esta laguna, son gente pobre, y en el agua belicosos y flecheros". Los cronistas refieren, de manera generalizada, las características y costumbres de los onotos: los hombres y mujeres traen sus vergüenzas afuera y son hombres valientes, y pelean con arcos y flechas y macanas. Son los indios guerreros, traidores, tales que con ellos no se puede conversar en paz". Los onotos, al igual que los caquetíos y bobures, "andan desnudos, y ellos y sus mujeres (Ileana) sus vergüenzas sin cosa alguna adelante (Urdaneta, Parra y Cardozo, 2006: 9).

Los Alcojolados del Lago y los Aliles, "traían los ojos tejidos con agua. ...tenían la costumbre de pintarse la cara, ... idénticos a los actuales Paraujanos que habitan en poblados palafíticos de la Laguna de Sinamaica y en las ensenadas y caños de las islas de Zapara y San Carlos en la Barra de Maracaibo" (Jahn, 1927: 32 s).

Los Alcoholados poblaban las inmediaciones de la laguna de Maracaibo, y siguiendo a Oviedo (2004), quien detalla la expedición de Alfínger por el valle del río Cesar, iba destruyendo "el Valle de Upar, siguiendo las corrientes del río Cesaré, llegó...a las provincias de los Pocabuces y Alcojolados, cogiendo de camino buen pillaje en porciones de oro del mucho que tenían estas naciones y otras que encontró, hasta dar con la laguna de Tamalameque, que llaman de Zapatoza, ..." (Oviedo, 2004: 36).

Respecto a los Aliles, se dice "hay una provincia de indios que no están de paz, que a poca diligencia lo estarán, que se llaman Aliles; tienen sus casas en unas ciénagas y son muy diestros de bogar en canoas..." (Oviedo, 2004: 34). Poseen sus "casas en unas ciénagas y son muy diestros de bogar en canoas" (Jahn, 1927: 34).

Los Toas y Zaparas habitaban "en tierras bajas y anegadizas o en el mismo Lago, como los Onotos y Aliles, e inmediatos a ellos, nos hace presumir que fueran tribus o parcialidades del mismo grupo o sea de la familia aruaca" (Jahn, 1927: 36).

Los grupos apropiadores Toas, Aliles, Zaparas y Onotos, estaban ubicados geográficamente a la entrada de la barra, "controlaban el acceso al Lago, atacaban a las embarcaciones que pasaban por el canal próximo a su aldea, con lo cual se impedía el paso de las embarcaciones con bastimentos y refuerzos de las Antillas y Cartagena" (Urdaneta, Parra, Ileana y Cardozo, 2006: 17). Éstos, posiblemente estén incluidos en la actualidad en la tribu Paraujana, de los cuales hasta hace pocos años habitaban en pequeños grupos en Santa Rosa, El Mojan y al este de la isla de Zapara (Jahn, 1927).

Estos grupos estaban emparentados lingüísticamente con los caquetíos, de filiación arawaka. Los buredes, bubures, quiriquires y pemenos, eran de filiación lingüística caribe, con diferencias dialectales. Los caonaos pertenecían a un grupo culturalmente diferente a los anteriores. Con intenso intercambio de productos diversos (Ibarra, 1999).

Características sociales y étnicas de los Wayúu, Cocinas, Paraujanos y Caquetíos

El territorio wayúu, está integrado por el Departamento de la Guajira en el lado colombiano, y su vecino en el lado venezolano lo constituye el estado de Zulia. En territorio colombiano ocupa un área jurisdiccional, político y administrativo de unos 22.000 km². Es tierra semidesértica en la península Alta y Media Guajira; igual, ocupa un callejón entre la Sierra Nevada de Santa Marta, la serranía de Perijá y piedemonte noreste de la conocida Baja Guajira. Comparte jurisdicción sobre el macizo de la Sierra con los Departamentos de Cesar y de Magdalena (Etxebarria, 2012).

El poblamiento de la península de la Guajira tiene sus antecedentes etnohistóricos en el Caribe colombiano, a partir de unos 30.000 años, constituidos por migrantes cazadores, pescadores y recolectores de frutas silvestres, que posiblemente se desplazaron desde Centroamérica. Para el norte del occidente venezolano, se señala un poblamiento desde los períodos más tempranos del paleo-indio, posiblemente 14.000 o 12.000 años a.C. Las primeras evidencias de formas de vida sedentaria podrían ser ubicadas, aproximadamente a 1.800 años a.C., con el denominado estilo Rancho Peludo, definido en las márgenes del Guasare. En esta zona se ha hallado evidencias arqueológicas que señalan la posible domesticación de la yuca en este lapso de tiempo temprano. Desde las últimas centurias antes de Cristo, la región costera centro oriental de la Goajira se hallaba ocupada por comunidades de pescadores marinos, los cuales fabricaban una alfarería decorada con motivos modelados e incisos.

Las comunidades de pescadores fueron remplazadas por pueblos que orientaban su economía hacia la recolección de conchas marinas. Los concheros se desarrollaron a partir de ambientes de manglares y ciénagas salobres. Igualmente, el área pudo haberse poblado por grupos con vocación agrícola, cultivadores de maíz de tipo andino, pequeñas cantidades de frijoles, yuca, auya-

ma, melones. Posteriormente, cambian a la cría de ganado vacuno, cabras, mular, caballar asnal; y aves domésticas influenciados por los europeos. Igualmente, poblaron las cercanías de la laguna de Sinamaica y río Limón; en estos lugares, parece haberse concultrado con ancestrales poblados recolectores, pescadores, cazadores y consumidores de moluscos.

Los wayúu, ocupantes de la península de La Guajira, se reconocen míticamente como invasores. Lingüísticamente, se les identifica con las culturas de la familia lingüística Arawak (Wayúu, Añú, Caquetío, Axaxua, Jirajara, Toas, Aliles, Zaparas, y Onoto), migraron desde la región del Río Amazonas-Río Negro, área donde actualmente se ubica la ciudad de Manaos, hacia su destino final, la costa occidental de Venezuela y la Guajira. Su sistema de construcción sobre suelo llano, contrasta con vestigios de viviendas sobre piedra que parecen haber pertenecido a una cultura más antigua, tal vez, de la Sierra Nevada de Santa Marta. Las comunidades ubicadas en la cuenca del lago de Maracaibo se vinculaban con las comunidades cacicales de los valles de Quibor, los Andes y Cartagena (Pérez, 2004).

El nombre wayúu deriva de la voz aruaca, Guayu-iru, hombres, gentes del campo o comunidad; vendría a significar "nuestra tierra" o "tierra de los hombres". Esta voz, significa "rico" o "poderoso", dado el carácter altivo, el orgullo de ser ricos y aristócratas, propia de las castas principales. Son los señores y dueños de la tierra. La voz Guaxiro, que en la lengua Cuna/Cueva de Panamá posee la misma acepción de "señor" o "aristócrata", que en la Guajira, pudieras ser, una reminiscencia de las relaciones comerciales que los pueblos centroamericanos sostenían vía Panamá, con las etnias de la península de la Guajira (Jhan, 1927; Hostein, 2010; Pérez, 2004).

Eran descritos como gente que andaba desnuda, hombres y mujeres, sin poblaciones, ni lugares conocidos. Se sustentaban de frutas y carnes de venados, pescado, y semillas. Se consideran

descendientes de los ancestrales habitantes de la Sierra Nevada de Santa Marta.

Desde temprana edad, su familia enseñaba a sus jóvenes el manejo del arco y la flecha; el cuido, domado y montura de las bestias, a fin de prepararlos para la lucha con la naturaleza y con los demás. La educación de las hembras comenzaba en el momento de su primera menstruación.

Al presentarse los primeros síntomas de juventud, la niña era recluida en una choza en compañía de algunas de las mujeres mayores. Se le despojaba de toda vestidura. Posteriormente, se le ataviaba con una bata ligera y amplia. Durante los dos primeros días su chinchorro se mantenía colgado cerca de la cumbrera del techo para ocultarla mejor, no se le permitía beber agua ni tomar otro alimento que el compuesto de ciertas plantas medicinales. Al tercer día, se le cortaba el cabello al rape y el crecimiento de éste hasta cubrirle la nuca, es la medida del tiempo que debe permanecer recluida. Sin embargo, no se guarda con mucho rigor la duración de este período: las ricas lo prolongan hasta dos años, en tanto que las pobres, que no pueden permanecer ociosas mucho tiempo, lo abrevian hasta pocas semanas. Esta costumbre tenía por objeto inculcarles el pudor a las mujeres. Lo cierto es que durante el tiempo de reclusión aprendían las jóvenes todas las habilidades domesticas de la mujer como coser, tejer, confeccionar hamacas, fajas y vestidos. Al salir del encierro se esperaba que el cabello hubiera crecido a la altura de los hombros, para recortarlo nuevamente hasta cubrirle tan sólo en la nuca, que es la forma en que la mujer debía usarlo en lo adelante. Este segundo corte es motivo de una fiesta con bailes, según el estrato social de la familia, equivalía a la presentación de la joven en sociedad. Pudiendo ser pedida su mano en casamiento por parte de los varones. Eran Inclclinados a fiestas que celebraban con novillas asadas, libaciones de chicha y bailes animados, a los que se entregaban con gran entusiasmo (Jhan, 1927).

Los Cocinas, habitaron gran parte de la península, desde el Cabo de la Vela hasta el río Macomiti (actual río Limón) y desde la serranía de La Makuira hasta los Montes de Oca en la Serranía de Perijá. Los Cocinas del norte de la península mantenían fuerte contacto con los Caquetíos, debido a su afinidad lingüística. Los del sur del Cabo de la Vela guardaban una estrecha relación con los Guanebucanes y compartían con ellos la provincia de Seturma. Otro grupo Cocina habitaba en las costas orientales de la península y tierras agrestes (Jhan, 1927).

Los Cocina eran reconocidos como hábiles y diestros guerreros. Excelentes fabricantes de arcos y flechas envenenadas, que comerciaban con los mismos wayúu por otros rubros, vivían en constante movilidad por los diversos espacios geográficos; no estaban sujetos a un poder central y subsistían de la pesca, la recolección de raíces y frutas silvestres (abrojo, yuca brava, uva silvestre, guáimaras, entre otros), cazaban venados, pájaros, puercos, erizos, conejos, osos hormigueros y robaban animales. Se vestían con el cuero de bestias que cazaban, sólo cubrían sus partes íntimas; andaban descalzos. Sus mujeres se vestían con hojas anchas, pieles y usaban un cinturón de corteza fina. El hombre vestía totumas de calabazas y cortezas. Se les consideraba ladrones y salteadores. Posiblemente, fueron expulsados de la tribu wayúu, aunque del mismo origen. Estaban en constante guerra con los demás pueblos vecinos. Diestros en el manejo de las armas, por lo que los indios ricos solicitaban sus servicios mercenarios (Jhan, 1927; Bermúdez, 2011).

Los Paraujanos, habitaban las costas y caños al Sur de Sinamaica y pequeños poblados lacustres en Santa Rosa, El Mojan y Zapara, en los caños Cañoneras y Manatíes y laguna de Sinamaica. El dialecto paraujano, es de extracción aruaca, como el wayúu, y afines de este. Gente inferior en riquezas, destreza, y sentimientos a los wayúu. Se puede decir que forman hoy una tribu aparte de los Guajiros. En la actualidad habitan sus descendientes en po-

blados palafíticos de la Laguna de Sinamaica y en las ensenadas y caños de las islas de Zapara y San Carlos en la Barra de Maracaibo.

Los Paraujanos, etimológicamente derivan del vocablo Pará, mar, pudiese ser contracción de Pararuano, compuesto de Paráru, que en algunos dialectos de las parcialidades occidentales de la península significa orilla del mar y Añú, a los pobladores en general. Pudiese ser un derivado de parurú; corrupción de pararuañú, significaría gentes de la orilla del mar o pescadores, como efectivamente lo son. Tienen al igual que los wayúu la costumbre de pintarse la cara desde las cejas hasta la punta de la nariz para protegerse del sol, y observan, como aquellos, la costumbre de recluir a las doncellas, al entrar en el período de la pubertad, para luego ofrecerlas en matrimonio.

El dialecto de los Paraujanos es parecido al wayúu y corresponde, por lo tanto, al grupo de las lenguas aruacas. Son los sobrevivientes de los pueblos lacustres descubiertos por Ojeda, y que le sugirieron sus compañeros a Américo Vespucci el nombre de Venezuela.

Las tribus de origen arawak enunciadas en el presente apartado, penetraron la cuenca del lago de Maracaibo, en espacios geográficos áridos, cubiertos de plantas espinosas xerófilas, cactus y otras plantas típicas de sabanas secas, cruzados por pequeños riachuelos, característicos de la península de la Guajira, tierras de Maracaibo y las costas de Coro. Apenas se puede notar una vegetación más exuberante, en los manglares que cubren las orillas del Lago y en los bordes de caños y arroyos que conducen a él. Igual de estéril es la parte baja, la costa del mar, las orillas del Lago, frente a Maracaibo, el istmo de Paraguaná y gran parte del estado de Lara, desde donde se extendieron también, los Caquetíos, Jirajaras y Axaxuas. Por último, poblaron los territorios de los estados Yaracuy, islas de Curazao, Aruba y Bonaire.

En referencia a los Caquetíos, nación que incumbe en la presente investigación, probablemente signifique señor o dueño, qui-

zá de origen caribe, aunque sus pobladores eran indudablemente de la familia aruaca. La deducción del dialecto caribe bakairí del Brasil central, que tiene el adjetivo zakaitío que quiere decir viejo, pero como viene del verbo kakoi, crecer, podría sugerir la idea de altos o muy crecidos. Posiblemente la palabra signifique primo. De costumbres y lenguas diferentes. Eran una etnia apacible, buenos consejeros, prudentes, benignos, obedientes, elegantes, hidalgos, nobles, gentiles, de buen parecer y de excelentes condiciones físicas. Practicaban la agricultura y un dinámico comercio entre ellos, sobre todo intercambiaban sal, ropas y oro. De ahí, la habilidad de esta nación para adaptarse a las difíciles condiciones que ofrecían las tierras anegadizas de las forestas amazónicas, levantando colinas y terraplenes artificiales que servían para poner a salvo de las aguas, los sitios de habitación y los huertos. Construyeron canales de circulación, que facilitaba la comunicación entre sí, de los ríos navegables.

La patria originaria de los aruacos, está en el Norte o Noroeste de Suramérica, en lugares donde pudo sentirse la influencia cultural de Centroamérica. Los Caquetíos, son una de las más antiguas tribus aruacas, poblaron las altiplanicies andinas, que mas tarde ocuparon los Chibchas.

La cultura de los Aruacos, se basó en la agricultura, y especialmente en el cultivo de la yuca como alimento principal. Su expansión no fue resultado de una migración, más bien, colonización, sobre otras culturas, una aruaguaquización de numerosos pueblos no homogéneos. Estas etnias debieron conservar, al lado de los elementos que les eran impuestos en sus territorios, otros aspectos concordantes, como cultivo del suelo, utensilios, modo de preparar los alimentos, cestería, cerámica y otros muchos que eran propios desde antes del contacto con los innovadores y que por esta razón se diferenciaban notablemente entre unos y otros pueblos. Constructores de casas para el culto religioso y de habitación, armamentos, embarcaciones y sepulturas (Jhan, 1927).

CAPÍTULO II

**Relaciones interétnicas y culturales de los
pueblos prehispánicos de la Sierra de La Culata,
Cuenca del Lago de Maracaibo, noroeste de
Venezuela y Colombia**

Los diversos grupos ancestrales asentados en la vertiente norte de la Sierra de la Culata y la Cuenca del Lago de Maracaibo, mantuvieron estrechas relaciones culturales con el noroeste de Venezuela y el territorio colombiano, compartiendo y construyendo un entramado mundo de relaciones sociales, a través de diálogos religiosos y ceremoniales; amistades, alianzas militares y matrimoniales; guerras y enriquecimiento. Igualmente, asimilándose y adecuándose unos a otros en los aspectos lingüísticos, organización sociopolítica, intercambio comercial o trueque de productos compartidos a un mismo nivel y nichos ecológicos diversos. Etnias de distintas costumbres culturales como las aldeas productoras, cazadoras, pescadoras y apropiadoras, a través de redes locales o regionales de intercambio; alimentos, tecnologías de subsistencia o bienes suntuarios; esenciales para convivir en los contextos sociales porque definían estas necesidades más allá de lo puramente biológico. Beneficiando o afectando profundamente la forma y las posibilidades de las relaciones individuales y colectivas de intercambio.

Así el intercambio dentro de un contexto social estuvo situado dentro de un entorno histórico, cultural e ideológico de múltiples significados; en la que jugaron un papel preponderante la construcción activa de estrategias sociales, la manipulación simbólica del espacio, las distancias geográficas, el significado espacial de los objetos de intercambio, los viajes y el conocimiento de tierras lejanas y viajeros especializados que se movilizaban de sus pueblos, a veces manteniéndose ausentes durante tiempos prolongados; regresando cargados de bienes tangibles o intangibles.

Estos objetos materiales pudieron ser piedras preciosas, especies agrícolas y pecuarias, textiles o plumas. Los bienes intangibles se incluían historias, mitos, cuentos y leyendas maravillosas o conocimientos misteriosos, celosamente guardados y compartidos cuando la amistad, las alianzas políticas, religiosas, comerciales o militares se hacían más estrechas entre las etnias.

De los resultados de sus correrías fuera de sus nichos ecológicos desarrollaron y enriquecieron concepciones políticas, ideológicas, cosmológicas y religiosas. En términos cosmológicos, a mayor distancia del centro, las concepciones sobre los ancestros, los dioses y héroes civilizadores, los espíritus buenos y malos, así como los poderes turbulentos de éstos, se convirtieron en normas generales y comunes para los muchos pueblos, ubicados más allá del mundo de la vida de todos los días. Lo que venía de afuera, tangible o intangible, estaba imbuido de poderes que resultaron útiles en los ámbitos de la política de organización social y cultural.

En el campo del intercambio, el simbolismo religioso y cosmológico jugó un papel preponderante en las movilizaciones espaciales de los grupos. La elaboración de objetos y posterior circulación, quizá hizo que cambiaran de residencia cada cierto tiempo, de tierras llanas a tierras altas, en los solsticios, motivados a creencias religiosas relacionadas con el mundo de arriba y de abajo. Estas migraciones en épocas estacionales tenían relación con la obtención de recursos específicos en diferentes momentos. A los diversos recursos que procedían de latitudes diversas, se les atribuía valores distintos. Ejemplo, las plumas, los cueros, animales, piedras, agua, personas y otros elementos ideológicos se les daba gran pureza, fuerza y poder curativo, como el caso de la coca y ciertos grupos de chamanes. Algunos productos, era necesario obtenerlos en tierras altas, a pesar de que pudiesen existir en tierras llanas, porque explicaban su relación con el sol, la luna y las estrellas. También en la estación húmeda, se resaltaban los orígenes de pertenecer a un grupo clánico, símbolo de pertinencia e identidad

ancestral del grupo o grupos familiares. Sus orígenes pudiesen ser del mundo de arriba, identificado con los dioses y seres espirituales más poderosos que encarnan la inmortalidad y longevidad de un pueblo o pueblos.

En este orden de ideas, los grupos indígenas que ocuparon el espacio geográfico altoandino, intermedio, bajo, litoral e islas de la Cuenca del Lago de Maracaibo y Sierra norte de La Culata, tuvieron estrechas relaciones de intercambio entre sí, con pueblos del noroeste de Colombia y noroccidente de Venezuela, la Barra del lago; laguna de Sinamaica, la culata y el sur oriente del lago; cabeceras del Guasare, desembocadura del río Limón, ocupados por grupos Caonaos y Buredes, Bobures, Pemenos, Quiriquires y Guaruríes. Circundaban el norte y sur de Valledupar; y el piedemonte norte de la Sierra de Perijá; con los Taironas y Uwas del norte colombiano, la costa caribe, el bajo Magdalena y sus afluentes, los ríos San Jorge, el Cauca y el Cesar, Chocó en el Pacífico y Golfo de Urabá; los Sinú y Malibúes en las llanuras del caribe; los Cuevas, Dorasques y Cunas en Panamá. Guaymíes, entre Panamá y Costa Rica; igualmente, en este país, los Chánguinas, Teribes, Bribris, Cabécares, Borucas y Huetares; y, por último, los Matagalpas, Nicaraos y Chorotegas entre Costa Rica y Nicaragua.

Para iniciar, el intercambio se dio entre grupos Caonaos y Buredes establecidos a ambos lados de la Sierra de Perijá. Los primeros, daban sal a los segundos, a cambio de oro. Los Bobures y Caonaos comerciaban con los Pacabuyes de Valledupar y río Cesar, en Colombia, oro, mantas, sal, pescados, cacao, maíz y yuca. Los pobladores costeros del Lago de Maracaibo, Onotos, Aliles, Toas, Zaparas, Wayúu, Caquetíos y Cinamaicas, sostenían un intenso intercambio con los Bobures, Pemenos, Quiriquires y Guaruríes de la culata del lago, con los cuales cambiaban sal y pescado por productos agrícolas y objetos de oro (Ibarra, 1999).

El Magdalena medio y sus afluentes, los ríos San Jorge, el Cauca y el Cesar, fueron vías tradicionales de entrada y salida a

Venezuela, pasando por el Sur de la Sierra Nevada de Santa Marta para llegar a la cuenca del lago de Maracaibo, con los reinos de los muiscas y taironas. Trayecto que sirvió para el transporte de "sal y pescado desde Maracaibo, a cambio de objetos de oro producidos en la región de Valledupar" (Bray, 1990: 3). Este camino igualmente, unía al Magdalena con la costa Atlántica, Costa Rica y Panamá con los reinos de los muiscas, ubicados en un altiplano de la cordillera oriental, a una distancia de más de 700 kilómetros. Los grupos del altiplano aportaron un rico sistema comercial de esclavos, oro, esmeraldas y bloques de sal (Ibarra, 1999).

Desde el punto de vista histórico y arqueológico, éstas describen la presencia en los sitios altoandinos de la Sierra Nevada de Santa Marta, "conchas marinas en los sitios altos y los recuentos históricos acerca del comercio de pescado, sal y oro, ...", indicador claro de un control vertical, que aún hoy practican los koguis e ijkas, en la que cada comunidad tiene acceso a las diversas zonas o nichos ecológicos (Bray, 1990: 39).

Los Tairona se movilizaban desde tierras altas a las bajas o viceversa, con el objetivo de cosechar e intercambiar productos a diferentes temperaturas; que sin la verticalidad de este espacio, las poblaciones ancestrales del área no hubieran podido obtener recursos marinos y sal, que los adquirirían sólo en la costa, con pueblos vecinos, o a través de las diversas redes de intercambio, hacia la comunidad de Aldea Grande, de población Tairona. Lugar de intercambio importante por sus características geofísicas diversas, suelos aptos para la agricultura. Ambiente manglar con potencial pesquero, fibras vegetales y sal. Al oriente de la Sierra Nevada, ésta proporcionaba animales comestibles y recursos madereros; igualmente, Ciénaga Grande, presentaba dos períodos muy diferenciados de lluvias, con dos tiempos húmedos y dos secos, con el predominio de estos últimos.

Para este intercambio confluían rutas de acceso ubicadas en la depresión de Mompós, donde los ríos San Jorge, Cauca y César

convergen en el Magdalena. Estos sistemas fluviales unían las tierras bajas del Caribe, hacia el oeste, el San Jorge casi se une con el alto Sinú. Hacia el este, el río César es la ruta tradicional hacia Venezuela, pasando al sur de la Sierra Nevada de Santa Marta hacia Maracaibo. Por este tramo, transitaba la sal y el pescado, en canje desde Maracaibo por objetos de oro, a partir la provincia de Valledupar. Igualmente, la depresión del Táchira hacia los Andes orientales de Colombia, por los ríos que enlazaban Zulía, Escalante, Catatumbo y Escalante que comunicaban con las riveras del Lago de Maracaibo. (Ibarra, 1999).

Los Taironas y los Muiscas, mantenían constante intercambio con poblaciones de las altiplanicies de clima frío de la Cordillera Oriental. Ligados íntimamente a objetos de orfebrería para el culto, piezas de oro; utensilio sagrado para estas naciones; cobre y tumbaga que representaban seres humanos, animales, objetos de la vida diaria y escenas de la vida política y social. Ofrendados por particulares y comunidades, depositados en templos y santuarios elevados e inaccesibles como cuevas o abrigos rocosos. Encarnaban el útero de la madre tierra, fertilizado por el sol, principio máximo de fertilidad. Igual significado poseían los caracoles marinos, las esmeraldas y el algodón. Los Tunebos, posiblemente, comerciaban los dos últimos productos de mano en mano por largas distancias con las etnias vecinas.

La cerámica tairona llegó hasta las zonas de los Muiscas, a Sumapaz llegaban adornos de piedra, oro y concha, y hacia el occidente, a través de las tierras bajas del Caribe hasta Tubará y Plato, el Sinú, y, con el tiempo, hasta Panamá y Costa Rica (Ibarra, 1999; Bray, 1990).

La orfebrería tairona es particular e inconfundible en la metalurgia prehispánica de Colombia, los temas representados eran felinos, serpientes, murciélagos, águilas, batracios, las transformaban continuamente formando complejas figuras híbridas. Hombres-murciélago, hombres-jaguar, hombres-ave, expresaban la

estrecha relación entre hombres y animales, entre mundo social y naturaleza, según relaciones míticas aún vivas entre los ijkas y kogis, descendientes de los tairona que habitan actualmente la Sierra Nevada de Santa Marta. De ahí, las semejanzas entre taironas y pueblos altoandinos de Colombia y Venezuela, entre las creaciones múltiples del universo y la raza humana; el concepto de varios mundos estratificados de difícil acceso; asociación de los colores, las fuerzas de la vida y la muerte y los seres de los cuatro puntos cardinales. El sitio especial de reposo para quienes mueren durante el parto o ahogados; creencia de que las deidades provienen de los reptiles; dualidad de las deidades alusivas al bien y al mal; la cuadruplicidad de las mismas; el jaguar como encarnación del dios sol; danzantes enmascarados como personificación de la deidad; el nueve como número ritual; la caída o la falta a los demás, como causa de la enfermedad; la escoba y el acto de barrer como símbolos del perdón de las culpas o las faltas; la penitencia; la adivinación a través de los espasmos musculares y los golpes en las uñas; un largo período de entrenamiento para los sacerdotes y un sacerdocio muy bien organizado; el perro como guía y gula para llegar al otro lado de la muerte. Observación atenta de los solsticios y equinoccios y de las señales astronómicas (Brady, 1990).

Desde los espacios bajos del noroeste de Colombia, se pudo haber difundido el conocimiento, procesamiento, adopción y desarrollo en el noroeste y los andes venezolanos, de la tecnología agrícola y artesanal, componente social para consolidar la vida sedentaria y el desarrollo consecuente de la conciencia social de las comunidades, mediante la construcción de terrazas para el cultivo, sistemas de canales de riego, estanques para almacenar el agua útil para el cultivo, los montículos y terraplenes como basamento para las viviendas, redes de calzadas e itinerarios, talleres para la producción de bienes terminados, suntuarios o de uso cotidiano, sistemas calendáricos para medir los solsticios y demás, como fundamento material de las sociedades políticamente complejas con

relaciones de tipo estatal, que existían para el momento de la llegada de los conquistadores españoles (Sanoja, 2010).

Los grupos de la Cuenca del Lago de Maracaibo, constituidos por comunidades con características y tradiciones culturales, política, ideológica y religiosa independientes o emparentadas, pero no idénticas, se relacionaron con los Taironas y Kogui, que poseían diversos ambientes naturales con una gran variedad de productos y recursos disponibles. Desde Urabá, circulaban a las regiones centrales de Panamá, la vertiente atlántica de Costa Rica, llanuras del Caribe y el norte de la Sierra Nevada de Santa Marta, los colgantes de aves con alas desplegadas, calificadas como águilas de oro y tumbaga en cercanías del lago de Maracaibo, donde formaron parte del intenso intercambio de las comunidades de esta zona con las de la Sierra Nevada de Santa Marta y del Valle de Upar, que en voz de los cronistas de Indias, "... estas águilas se nombran en muchas partes... que son piezas de oro llanas, en figura de águila, abiertas las alas y delgadas, y pequeñas y mayores e otras más gruesas, de oro de diversos quilates e diferentes leyes... e otras encobradas." (Falchetti, 1993: 64). Y desde este valle, se intercambiaba hasta la Sierra de Perijá, "cuyos habitantes, a su vez, lo hacían llegar al territorio de los bubures del sur del lago, a cuyas manos llegaban del occidente (...)" (Langebaek, 1989/1990: 206). De igual forma, estas piezas de oro eran intercambiadas por los Caonaos "gente que trata mucho oro la tierra adentro, llevando sal a trueque de oro... los indígenas del Coquivacoa y del Cabo de la Vela se destacaban por el intercambio de metales, los cuales llegaban al territorio de los buderes, en las cabeceras del río Socuy, en el extremo septentrional de la Serranía de Perijá" (Langebaek, 1989/1990: 206).

Desde las comunidades wayúu de la Guajira colombiana y venezolana se intercambiaban estas águilas por el valle del Cesar y áreas vecinas a La Sierra Nevada de Santa Marta, estas figuras antropomorfas, posiblemente taironas, guardadas y mostradas de

vez en cuando a grupos especiales escogidos. Igual, narigueras utilizadas y de gran estima de las mujeres wayúu, quienes se adornaban con ellas. Compradas a los “pacabueyes, chimichaguas, solabas, sopatis y panquiches” de las comarcas del Cesar, Ciénagas y Zapatoza (Falchetti, 1993: 33).

En los espacios wayúu, se intercambiaba con tribus caribeños, litorales, Golfo de Venezuela; región Andina; Falcón, Lara, Yaracuy, Antillas mayores e islas situadas frente a las riberas de Venezuela, a niveles locales y regionales donde circulaban productos como conchas marinas, ámbar; serpentinita, jadeíta; asfalto, sustancia utilizada como pegamento, obtenido de los yacimientos naturales de la costa oriental del lago de Maracaibo; hachas y azuelas para el trabajo de los sólidos fibrosos, adornos ceremoniales, cuentas de collar, anzuelos, manos de moler cónicas, piedras de mortero y azuelas en piedra pulida. Collares, pectorales, pendientes, brazaletes, cubre-sexos y figuras biomorfas talladas en hueso, conchas marinas y ámbar, jadeíta, serpentinita y chert, vasijas de barro de forma diversa, cestería, pequeños templetos contruidos con madera, objetos manufacturados por especialistas en talleres locales bajo los cuales se colocaban los cadáveres (Sanoja, 2010).

El comercio de la sal, debió ser un intercambio muy activo entre naciones y cotas altitudinales diferentes entre las naciones Chibcha, Muku, Timote, Kuika, Arawak. Ejemplo, las vías de comunicación debieron ser Mérida/Gibraltar, en la que se enlazaban los caminos de Piñango, Tucaní, Torondoy, Santa Apolonia, Santa Elena de Arenales, Mucuchíes, Mucurubá y Tabay, producto necesario para la conservación de las carnes y pescados, el cual era obtenido “... de la salina Rica, distantes tres leguas de Maracaibo, o bien de la salina de los Zaparas,...”, Pacabuyes, Toas, Bobures, Pemenos, Quiriquires, Onotos, Aliles habitantes del norte, sur del lago de Maracaibo y Golfo de Venezuela, donde existían excelentes salinas (Gordones y Meneses, 1996: 156).

El excedente del producto, los pueblos altoandinos merideños, lo vendían a las tribus de los llanos, con los que tenían continuas relaciones comerciales, que probablemente entregaban, y que según "...recibiesen en pago, además de cacao y pescado, sartas de quiripa; tanto más que comerciaban también con los productos de la agricultura e industria de la serranía, donde fabricaban algunos objetos como tejidos de fique: marusas o bolsas, fajas, tirantes o asas para sus mapires..." (Salas, 1997: 123).

Los Bobures, decían "...que el oro lo llevaban de las Sierras; y se sabe asimismo que las tribus ribereñas del Chama, hacia la parte llana, cambiaban maíz y otros frutos por la sal que importaban de la laguna" (Febres, 2007: 41).

En las llanuras del Chama, estaban los indios Guaruríes, quienes rescataron y vendieron a Francisco Martín a los Pemenos del sur o culata del lago, poseían águilas de oro de tamaño variado y quilates, que le servían de monedas, dando a los Pemenos una de estas águilas por un valor de quince o veinte pesos por Martín. Estas "águilas eran planas, simuladas con las alas extendidas"; de ahí, la fama de ricos y connotados de los Pemenos y Bobures que usaban prendas de oro, "obtenidas en cambio de otras cosas con que comerciaban con los naturales de las Sierras..., aquellas águilas de oro de varios tamaños, que eran el tótem o símbolo sagrado de los aborígenes de los Andes..." (Febres, 2007: 40 y 62).

Las etnias de los Andes merideños y zonas ribereñas o costeras de la cuenca del Lago de Maracaibo, se abastecían de productos colombianos, consistente en sal, caracoles, coca, tinturas, textiles y orfebrería, así como objetos líticos, cera de abejas, mochilas de fique, cobre en bruto, cerámica, alimentos de recolección y ejemplares de la fauna, mantas, entre otros artículos de intercambio. El oro se comerciaba en bruto y en formas de águilas, entre grupos afines social, cultural y religiosamente. Se intercambiaba para obtener alianzas políticas, matrimoniales formales que se efectuaban entre clanes semejantes, pero también entre grupos

diferentes con la finalidad de adquirir productos diversos. Las figuras aladas, elaboradas en oro representaban alguna deidad común en las regiones de habitación, una tijereta, un águila, murciélago, un tigre, gato montés, un pez, un cocodrilo, un venado, entre otras, portadas por chamanes o caciques. El oro no se manufacturaba o trocaba por simple moda. Estaba estrechamente asociado a la vida religiosa de los grupos indígenas, intercambiándose también con los Muisca y Laches de los Andes orientales y Caquetíos (Falchetti, 1993; Falchetti, 1979; Falchetti, 1997; Bray, 1990).

La sal, como puede verse, constituyó un bien de intercambio muy importante, obtenido de las salinas localizadas al norte de la ciudad de Maracaibo. Los indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta dependían de grupos que habitaban la costa, los cuales se la suministraban junto al pescado a cambio de oro y mantas. En este caso, la sal pudo obtenerse de grupos que habitaban la Guajira y el área de la Ciénaga Grande de Santa Marta.

Esto supone que en esta zona, posiblemente Ciénaga, la sal desempeñaba un papel político y económico delimitado al interior del área tairona. Controlaban los variados recursos alimenticios agrícolas, fluviales, marinos y de manglar, constituyendo un elemento importante en la dinámica de integración económica de sus habitantes respecto a los que habitaron la Sierra Nevada. Además, este espacio geográfico, por su acceso a manglares, ríos de agua dulce, piedemonte serrano, tierras fértiles y otros rasgos favorables, se caracterizó por ser un punto de encuentro importante para las comunidades tironas y no tironas del norte del Departamento del Magdalena. En este sentido, la población también actuaba como un centro distribuidor de artículos elaborados en el área tairona hacia territorios bien alejados.

Entre los productos agrícolas cultivados, el maíz y yuca eran los alimentos de mayor preponderancia, y entre los recursos faunísticos, destacaban patos, garzas, lisas, mojarra, bagres, cangrejos y moluscos. De estos últimos, se aprovechaba la carne y la concha

para hacer cal y mezclar con coca; también elaboraron instrumentos musicales, adornos ceremoniales y de vestimenta para los estratos políticos, guerreros, caciques y chamanes. Conjuntamente, explotaron la sal, conformando la Ciénaga en un centro salinero de gran relevancia económica regional; mientras, que los habitantes de la Sierra Nevada; desarrollaron la agricultura, la orfebrería, la alfarería, la cestería y la complementariedad económica entre ambas poblaciones.

El río Magdalena fue, pues, la ruta principal de intercambio entre la Sierra Nevada y la costa Atlántica con los muiscas en la cordillera del este, a una distancia de 700 kilómetros. Por aquí pasaban esmeraldas, telas de algodón y panes de sal, y por la costa de Santa Marta se trocaba, a través de infinitudes de ríos (en sus orillas y tierra adentro), conchas marinas con los muiscas.

En conclusión, los datos etnohistóricos y arqueológicos apuntan a la existencia de redes de intercambio locales o regionales, donde los pueblos vecinos al Lago de Maracaibo y Sierra norte de La Culata conformaban eslabones en la cadena de intercambio, que alcanzaba regiones del sur oriente del lago, laguna de Sinauca, norte del Golfo de Venezuela, La Guajira, las cabeceras del Guasare, el río Limón, piedemonte norte de la Sierra de Perijá, circundantes al norte y sur de Valledupar; en la región colombiana. Y de ahí, al resto de ese país, Panamá, Costa Rica y Nicaragua (Ibarra, 1999).

Características geográficas de la Sierra de la Culata

La Sierra de La Culata y la Sierra Nevada están separadas, por la depresión longitudinal del río Chama que, le sirve a la primera, de límite norte; mientras que por el noroeste lo hace el fondo del valle del río Santo Domingo, desde la Laguna de Mucubají hasta las adyacencias a la localidad de La Mitisús. Por el sureste, el límite lo conforma el fondo del valle del río Nuestra Señora, afluente de la margen izquierda del río Chama, aguas abajo de la ciudad de Ejido. Igual la Sierra de La Culata, bordea la depresión

del Lago de Maracaibo.

La Cordillera de La Culata, tiene una longitud de "140 kilómetros y mantiene una anchura de unos 40 kilómetros. Alcanza la mayor altitud en el páramo de Piedras Blancas (4.737 m.s.n.m), desde donde se desprenden el páramo de Mucuchíes (4.077 m.s.n.m) y el paso El Águila (4.077 m.s.n.m)" (<http://eagronet0101-sierralaculata.blogspot.com/>). Igualmente, los picos "(Mukomamó 4620 m.s.n.m), (Pan de Azúcar 460 m.s.n.m), (Tucaní o El Oso 4650 m.s.n.m), (Las Verdes 4600 m.s.n.m), (Mukumpisito 4500 m.s.n.m), (El Duende o Las Viejas 4440 m.s.n.m), (La Carbonera o las Cruces 4570 m.s.n.m), (Las Verdes 4570 m.s.n.m), (La Culata 4487 m.s.n.m)" (Silva, 2001: 83).

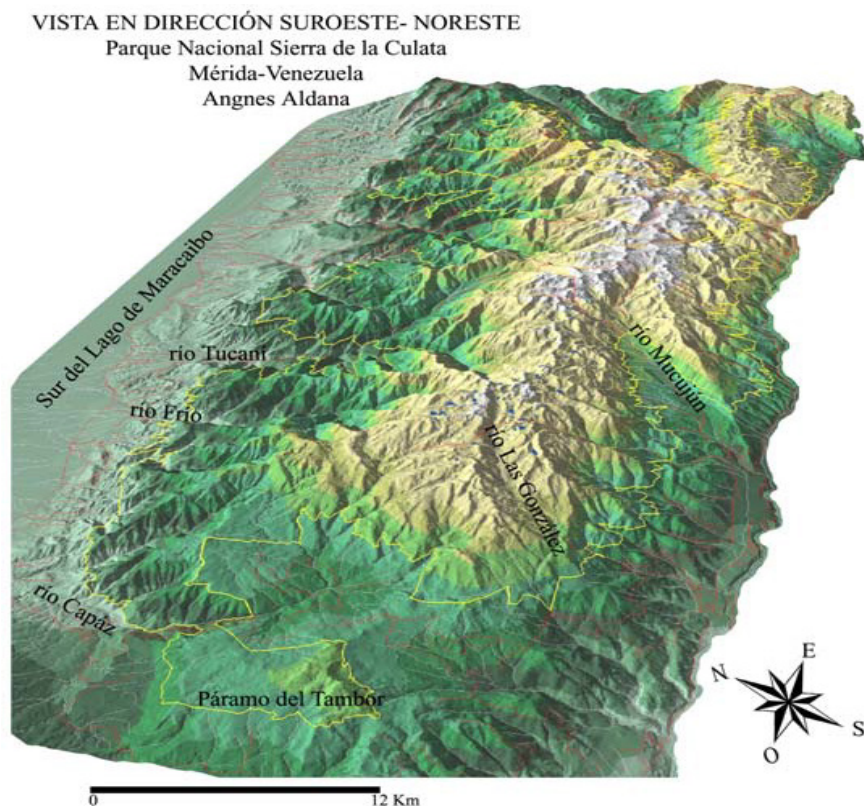
Por su ubicación geográfica, la sierra de la Culata, en el pasado precolonial e hispánico fue espacio de habitación en las cotas altas, medias y bajas. Además, de paso obligatorio de las diversas rutas que conectaban los valles internos de la cordillera de Mérida con el eje sur del lago de Maracaibo, el noroeste de Venezuela, Barinas, los llanos venezolanos y colombianos. En ella, nacen numerosos ríos, comunidades urbanas y rurales de toponimia indígena, que dan nombre a pueblos contemporáneos del área territorial y el sur del lago de Maracaibo, Capaz, Mukujún, Chama, Mucujepe, Chimomó, Río Frío, Tucaní, Torondoy, Santo Domingo, Motatán, Aguas Calientes, Río Cacique, Playa Grande, Mojaján, Pionío, Muyapá, Chirury, Arapuey, Alguacil y Pocó, Tabay, Mucurubá, Mucuchíes, Mifafí, Los Romeros, Timotes, Piñango, San Cristóbal de Torondoy, Mukomamó, Mukuró, Mukumpate, Miyoy, Mukutisis, Los Toritos, Mukumpis entre otros. Estos torrentes son de gran importancia para el consumo humano y riego agrícola de un 75% de los habitantes de los Estados Mérida, Trujillo y Zulia (La Marca y Contreras, 2014). Desde Piedras Blancas hacia Timotes, Valera, La Puerta, Escuque y el sur del lago de Maracaibo, la altitud comienza a descender aproximadamente hasta los 50 msnm, mínimos en Santa Bárbara, El Chivo, San Francisco del Pino, Santa

María, Palmarito, Caja Seca, Moporo y Sabana de Mendoza (Silva, 2001).

A grandes rasgos en este territorio pueden diferenciarse tres grandes unidades de relieve: las altas montañas, los valles y las depresiones. Las primeras, presentan lagunas glaciares, desiertos y picos elevados. Los Valles, terrazas y llanuras; Contribuyen a dar originalidad a los Andes y seccionan las montañas a lo largo de sus ejes longitudinales, creando una serie ininterrumpida de trincheras interiores, rutas naturales de comunicación. Estos valles corren a todo lo largo y ancho de los Andes, sucediéndose unos a otros en una línea quebrada, a veces únicas y a veces con valles paralelos. Los valles y las terrazas que en ella se originan han servido de asiento a la mayor parte de los pueblos y ciudades de los estado Mérida y Trujillo. Cabe mencionar los valles del Chama, Motatán, Capaz, Rio Frio, Tucaní, Mojaján, El Cenizo, entre otros, abarcan una franja entre los 100 y 800 m de altitud y un ancho aproximado a 25 kilómetros, constituyendo la transición entre la montaña y la llanura (La Marca y Contreras, 2014).

En ella se encuentran bancos y bajíos, formadas por aluviones recientes, depositados por el desbordamiento de antiguos causes. Constituyen formaciones arenosas poco inundables y, características intermedias, que vienen de valles colmatados y de cubetas de decantación (Silva, 2001). Presenta una variedad de climas, que van desde los 0° y 5° en el alto páramo, una media de entre 12° y 16°, en los espacios interandinos. Y, por último, unos 30°, en el territorio bajo del sur del lago de Maracaibo, de extremo calor y humedad. La precipitación pluviométrica anual va desde los 600 mm en las zonas altas, 1200 mm en los territorios intermedios y 1900 en los valles bajos. La misma, tiene dos temporadas de lluvia y verano. La primera, abarca desde los meses de abril hasta noviembre. El verano va desde diciembre hasta abril, aunque en los últimos años ha habido variaciones a causa del cambio climático mundial (La Marca y Contreras, 2014).

Los principales recursos faunísticos destacan los conejos murciélagos, águilas, el oso frontino, venados, cachicamos, lapas cóndores en peligro de extinción, cachicamos, cuchi-cuchi, zorros, colibríes, pavas, guacharacas, tucanes y guacamayas, sapos y ranas, típicos de la región alta y media, entre otros (Aldana y Bosque, 2008).



Fuente datos básicos: INPARQUES.1996

Fuente: Instituto nacional de Parques. 1996. Bajada en marzo de 2012.

Grupos étnicos del estado Mérida

En general, a la llegada de los españoles a la Cordillera Andina de Mérida en 1558, los pueblos originarios habitaban diversos territorios. Valle del Chama, Santo Domingo o Sierra Nevada, vertiente norte de la Sierra de La Culata y tierras bajas del sur del lago de Maracaibo. Las tribus asentadas en tierra fría, ocuparían Santo Domingo, Las Piedras, Aricagua, Mocuño, Canaguá, Mukuchíes, Mukurubá, Tatey, Jají, Escaguey, Mukubají, La Sabana, Piñango, Timotes Mukumpís, Mukutisis, Mukomamó, La Sabana, Piñango, Timotes y el primigenio Tucaní o Mukuchany y Torondoy (Salas, 1997, Lares, 1907; Febres, 1960; Jhan, 1927).

En la faja territorial que media entre la Cordillera y las selvas de la costa sur del Lago de Maracaibo, se asentaron los Bobures, Pemenos y Quiriquires en los valles de Santa Bárbara, San Carlos del Zulia, El Chivo, Cuatro Esquina, Los Naranjos, Santa Elena de Arenales, Santa María, Gibraltar, Palmarito, Rio Seco o Caja Seca, La Arenosa, Alguacil y Arapuey (Ramírez, 2014a; Ramírez, 2014b; Ramírez, 2015).

A los habitantes altoandinos se les consideraba, gente de buena talla, elegancia y hermosura. Traían "... los cabellos cortados por junto a la oreja y los miembros genitales sueltos (...) las mujeres traen ciertas vestiduras sin costuras hecha a manera de saya que llaman los españoles samalayetas, que les cubre casi todo el cuerpo. (...) (Gordones y Meneses, 2005: 103). Las etnias de tierra llana, sus pobladores eran más pequeñas y semejantes a los judíos en sus rasgos y cualidades:

traen los cabellos largos, andan desnudos, como los demás y son para menos trabajo; traen los genitales atados y recogidos a un hilo que por pretina se ponen por la cintura, y las mujeres tienen o traen vestidas las samalayetas que los demás de arriba he dicho, que son de algodón. Hay entre ellos los principales, a los que llaman cepos, pero son de poca estimación y respecto, que no son tan obedecido como en otras partes, excepto aquellos que por su tiranía y valentía se apoderaban con ayuda de

sus parientes, entre otras gentes, estos eran de gran veneración entre ellos. (Gordones y Meneses, 2005: 104).

La raza blanca predominaba en los Andes Merideños, al igual que los Timotes y Cuicas, especialmente las mujeres, semejantes a los habitantes de Tunja, exceptuando las etnias de las riveras calientes del valle del Chama y comarcas cercanas al lago de Maracaibo, con diferencias notables de talla y color, por las mudanzas continuas de un lugar a otro, que tuvieron en la época hispana (Febres, 1960).

Las naciones Timote, Kuika y Muku ocupaban el “tercer lugar en el orden jerárquico de la antigua civilización del nuevo mundo” por su importancia social, económica y cultural en la América prehispánica andina (Febres, 2007:26). En este orden de ideas, las diversas investigaciones a las fuentes históricas de los cronistas, etnólogos, historiadores, antropólogos, arqueólogos, lingüistas y pensadores como José Ignacio Lares, Adolfo Ernst, Gaspar Marcano, Julio César Salas, Alfredo Jahn, Américo Briceño Valero, Briceño Iragorri, Acosta Saignes, Tulio Febres Cordero, entre otros, han destacado que el área geográfica de los Andes Venezolanos estuvo habitada por infinidad de pueblos:

...Entre ellos figuraban los Timotes, nación fuerte y guerrera que daba nombre a la comarca, confinantes con los Cuicas de Trujillo; los Mucuchíes, Escagueyes y Toboros, del otro lado del páramo hacia Mérida; los Mucuñoes, Mucubaches, Mirripuyes, Miguries, Aricaguas, Judiguies, Mucutuyes y Canaguaes, que ocupaban las regiones del Sur, confinantes estos últimos con las tribus de los llanos; los Jajíes, Iricuyes, Quinoráes, Bailadores y Guaraques, hacia el occidente; y por la parte Norte, ribereños del Lago y vecinos de ellos, los Bobures, torondoyes, Pemenos, Guaruríes y otros más. En el Táchira los Capachos, dominadores de los valles de Cúcuta y río Táchira; los Lobateras, Táribas, Cobreños, Burguas, Lacurias, Urias, Oriquenas, ... Queniqueas, ..., Umuquenas, Seborucos y Gritas, confinantes éstos con los Bailadores; los Tororos, que se extendían hasta el Apure, y los Chinatos y Motilones que señoreaban el río Zulia hasta su des-

embocadura en el Lago de Maracaibo (Febres, 2007: 26).

Por su parte, Lares (1907), expone que la primera raza que pobló los Andes merideños, fueron los Muiscas, habitantes de la antigua provincia de Táchira y Mérida, denominación que debe interpretarse en cuanto a que estuvo integrado este territorio por "parte del que se llamó Nuevo Reino de Granada o Imperio de los Muiscas, por extensión se aplicó el nombre a todas las provincias del reino,..., gobernado cada uno por un Cacique; ... Reunidos bajo el nombre de Timotes" (Lares, 1907: 7 y 9), tenían sus límites al:

Norte, o sea sobre las orillas del Lago, los Bobures y Motilones; al Sur, sobre el arranque de los llanos, los Toboros, Caros y Coyo-nes. Al Oeste los Mombures y Aviamas del Táchira, dependientes o confinantes de los Chitareros; y al Este la nación Cuicas, que, compuesta de pueblos de distintos nombres, habitaban lo que es hoy Estado Trujillo (Lares, 1907: 9).

Tuvieron conocimiento y trato frecuente con los Muiscas, Kuikas y Caquetíos. La nación Timote, estaba dividida en infinitudes de pueblos entre los que resaltaban:

Chamas, Mirripuyes, (Morro), Tiguiñoos, Miguríes (Acequias) Quinaróes (Lagunillas) (donde se fundó primero Mérida), Miguríes, Bailadores, Mucutuyes, Mocotos, Mucuneches, Tapanos, Tricaguas, Mocombós, Muntunes, Mucuchachíes, Quinos, Aricaguas, Jajíes, Quiroraes, Insnumbíes, (Pueblo Nuevo), Canaguáes, Guaques (Ejido), Tatuyes (donde está Mérida hoy), Tabayones, Escagüeyes, Mucurubáes, Mucuchíes. Quindoráes, Guaraques, Guaraníes (que habitaban en la orilla del Chama, entre la selva y Estanques) y los Timotes que daban nombre a toda la Provincia (Lares, 1907: 10).

Salas (1997), sin embargo, considera que el nombre de los ancestrales habitantes del estado Mérida, por su nombre, debían ser llamados Chama, nombre del río en cuyo espacio geográfico se distribuían la mayoría de tribus de toponimia Muku, una sola nación, al igual que los Timote. Con lenguas y dialectos afines que la mayoría de ellos se entendían, siendo grandes agricultores, po-

seían costumbres similares o parecidas en los ritos y ceremonias religiosas en cuevas; páramos, afluentes, lagunas, piedras y valles; creían en dioses creadores y dispensadores del bien y el castigo. La guía espiritual y social de los caciques chamanes eran la danza y el baile; construcción de las terrazas y acequias; la vivienda, la danza y los vestidos, entre otras costumbres. Este mismo autor elabora un mapa étnico de las tribus y parcialidades precoloniales del área, destacando los Mukus, pobladores de las cuencas de los ríos Chama, Torondoy, Tucaní y Motatán; y, Santo Domingo, donde igualmente, poblaban Jirajaras, en el extremo sur de la cordillera de Mérida, donde fluyen las aguas de los ríos Canaguá, Caparo, Guaraque y Bailadores hacia los Llanos de Barinas. Por último, los pueblos del sur del lago, Bobures, Pemenos y Quiriquires. El autor citado, los enumera en más de veinte tribus denominadas como:

Mucuchíes, Mucurubáes, Mucujunes, Mucaquetáes, Mucarias, Mucusirés, Mucutucúas, Mucumbáes, Mucusquis, Mucuunes, Mucutíes, Mucñoques, Mucubaches, Mucurandáes, Tabayes, Tateyes, Escagueyes, Chichuyes, Guaques, Jajíes y otras, que por su reducido número pueden considerarse parcialidades (...).

Los Giros del territorio del territorio del Estado Mérida, comprendían multitud de tribus independientes...se denominan Quinoés... Muquinos, Aricaguas, Pagueyes, Mocoteyes, Canaguáes, Chacantáes, Isnumbíos o Camucayes, Guaraques y Capararos, Suripáes, Curbatíes...hablaban para la época del descubrimiento multitud de lenguas y dialectos la mayor parte afines (Salas, 1997: 14,16 y 23).

Antecedentes lingüísticos de la nación Muku

Los antiguos pobladores de la Cordillera Andina de Mérida fueron los Muku o Chamas, organizados en infinidad de tribus divididas en caseríos, bajo la autoridad de un jefe patriarca, cacique que pudo también haber sido un respetado chaman que gobernaba las parcialidades. Grandes agricultores, afines lingüísticamente con pocas variantes, y de costumbres sedentarias, en general a los

Timoto y los Cuicas, comunidades integradas a otras mayores. Estas naciones habitaban las cuencas del río Chama, valle del Motatán y Sierra de La Culata, Torondoy Tucaní; sus principales centros económicos, sociales, religiosos y ceremoniales fueron Jamuen, Macaria, Chama, Mucuchíes y Timotes (Salas, 1997; Clarac, 1999; Gordones y Meneses, 2005; Unda, 2008).

El termino Muku es muy frecuente en la(s) lengua(s) o dialectos de los habitantes de la Cordillera merideña y Trujillo; de ello dan cuenta los nombres que identifican a los distintos pueblos; signo, rastro o huella "no muy remota de un pueblo invasor" (Febres, 1960: 8). Dicho vocablo pudiese significar "lugar o el sitio" (Salas, 1997: 30 y 37), pasando a tener una filiación arawak, con una cultura muy similar a la de los "timotes y a la de los cuicas de Trujillo" (Clarac, 1985: 27).

Por otro lado, en la radical Muku o Moco, aparece frecuentemente enunciando lo sagrado de un lugar; pueblo, tribu, parcialidad, corrientes de agua; lagunas, charcas; lomas, páramos, cerros, montes, valles, caminos; nombres de plantas o lugares profanos específicos de indígenas, caciques y/o utensilios, Mukuchíes, Mukumpis, Mukutisis, Mukupatí, Mukurubá, Mokonoque, Mokotey, Mukugún, Mokomboco (Salas, 1997). Centros poblados que en la actualidad existen y conservan sus tradiciones milenarias, pudiesen significar Tierra-camino, por ser pat, pate y patí vía o camino en los dialectos ancestrales; quienes llamaban también a una planta tintorea tisis, y de aquí el nombre Mucutisis, que se da en un lugar donde se encuentra dicha planta. Tierra de los antepasados. Tierra o lugar de aguas, para el topónimo Mucuchíes, centro religioso y político de mayor importancia de la nación Muku. A este vocablo se le identificó igualmente, con un animal o algún producto agrícola predominante en estos espacios geográficos (Salas, 1997). Las raíces "Shi, Sie o Chi", presentes en los documentos de los cronistas españoles como "tsh, shi, o chi", enuncian el agua con un sonido intermedio o gutural cuando se acompaña con las consonantes

"g, n, t" (Salas, 1997: 53 y 58). De igual forma, esta palabra estaba presente en la nación Timote, a través del vocablo "schombeúch y kombok", o chumpuk, shmpú, shimpué, shipué, shombuch, shimbú, shimpu, palabras vinculados a las culturas chibchas y arawak, formas desiguales fonéticamente (Salas, 1997; Arrieta, 1993).

El vocablo Muku se encuentra igualmente, en la toponimia de la nación de los Giros o Giraharas de Mérida, en las voces o terminos "...Mukuchachí, Mukutuy,...Mukurumagua, Mukurutú" (Salas, 1997: 26), posiblemente diferente de los Giraharas de Barquisimeto; que por su toponimia y rasgos generales los Giros de Mérida son afines a las tribus Betoyes de la misma cordillera de los andes colombianos, hacia el occidente, donde se ubicaba un poblado llamado Tame, y al que según el indio Calaima, era "prófugo de esta doctrina, a muchas leguas de distancia de su tierra en las montañas de Pedraza asiento de los indios Giros, Giraras o Giraharas, hablando en su lengua de Tame pudo ser entendido por los Giros de Merida..." (Salas, 1997: 26).

La palabra agua, está ligada a la lengua Arawak en sus radicales "shi, xhi o chi", y con la toponimia Chiguará, que al desglosarse en las siguientes radicales significan "Chi - agua, Guara - Gente y Ura, Uri, Uro-río,..." (Salas, 1997: 24 y 31).

Por su parte, los motilones bravos de origen chibcha o Barí designaban al agua, "chimara,...", de ahí, la concurrencia lingüística entre una y otra nación Giros, Timote, Muku y Barí de la enigmática raíz muku (Salas, 1997: 58).

Otras toponimias y radicales presentan similitudes con la lengua muku, correspondientes a nombres arawacos en las desinencias "ay y uey" (Salas, 1997: 33) de los tainos de Mesoamérica, el caribe y Brasil en los apelativos "Chama, Timotes, Curay, Aracay, Tabay, Tucaní, Guachí, Tatey, Paguey, Escaguey,...Mocoa, Aricagua donde existieron tribus indias o naciones de estirpe Aruaca,..." (Salas, 1997: 33).

Existe, por otro lado, una clara influencia toponímica del Quechua y la lengua enunciada arriba (Arawak) en las combinaciones habituales de la lengua y dialectos de la nación Muku, que presentan variaciones con terminaciones de las voces voces Cha, Che, Chi, iche, icha, entre otras, en los significados "Mucuchá, Muchabá,...Mucuchapí, Mucuchay, ...Chachopo, Chama, Mucuchíes, Mucuchachí (Salas, 1997: 31). Palabras que posteriormente han influenciado en el español de los campesinos altoandinos con las palabras; ... "miche", "piche", "pichero", "pichoso", "suche", "pichirre", "cuchi-cuchi" (Clarac, 1985: 29), frases presentes todavía en los campesinos altoandinos como influencia directa de las terminaciones Muku. Otra expresión de gran importancia que aparece en uno de los principales cursos de agua, a quienes seguramente la nación Muku, bautizaron con el nombre al río, es la palabra Chama. Este torrente es el reflejo en la tierra de la direccionalidad nortesur de la Vía Láctea, al momento del nacimiento (Clarac, 1985). "Direccionalidad sagrada, subrayada por el verdadero significado del río, pudiese ser traducida como, "CHAMAB = Nuestra sangre" (Cañizales, 2007: 24). En ese sentido, el nombre del río Chama:

;...es analogo a Chimu del valle de Chicama en el Perú, comarca donde fueron encontrados los Chimues, pueblo de anterior civilización a la misma quichua o inga, en cuya toponimia encontramos pueblos llamado Chame y Chamaya y una comarca Chamaca así como en el Ecuador hallamos Chamas y Chamacón en Darién, Chama y Chamal en México, con lo cual nadie puede dudar que el nombre indio mucu Chama, pertenece a las lenguas Aruacas" (Salas, 1997: 33).

Por último, el topónimo Mucuchíes, se registra en las fuentes históricas como Mucochíz, Mucuchíx, Mocoquíx, Mucuchí o Mocoquí (Salas, 1997; Febres, 2007; Gordones y Meneses, 2005), designación al topónimo original, quizá el enunciado MUCUCHIZ, construido para un genitivo de posesión, donde la letra "Z", corresponde a la presencia del sustantivo ZIE, ya que la expresión pierde las dos últimas letras; quedando o traduciéndose de la ma-

nera siguiente: MUPQUA = El pueblo, el sitio. CHI = nuestro o nuestra. ZIE = Múcura, en referencia al útero, asociada a la idea de creación. Identificado con lugares sagrados como las lagunas (Cañizales, 2007).

ZIE, es un enunciado que se ha construido más o menos de la forma siguiente, "Z = YO. IE = UTERO, VIENTRE. ZIE = YO EL UTERO / YO EL VIENTRE", por lo que el significado del vocablo Mucochíz, sería: MUPQU - CHI - ZIE. MUPQUCHIZ = EL LUGAR DE NUESTRO UTERO" (Cañizales, 2007: 21).

En este sentido, la comunidad Mucu por sus contenidos culturales, religiosos y toponímicos propias del territorio andino meridiano, pudiese ser una expresión españolizada impuesta por el invasor, en la que existiría una anarquía gráfica con el término, por la variada presencia de vocablos como: "Moco", "Mocu", "Muco", "Mu" y "Mo". Y a pesar de sus variaciones en dicho vocablo, éste posee una estrecha relación entre dicha locución y el espacio cultural, destacando que pudo haber una lengua común para toda la región, que no tenía sustanciales variaciones lingüísticas con la lengua chibcha. Y es sobre esta apreciación de pertenencia cultural a la gran Familia Chibcha sobre la cual sería /UPQUA/ = /OJOS/, como pronombre posesivo Ze = yo, Chi, Chia y Cha = Nosotros, Um, o Ma = Tú, Mi, o Ma = Vosotros, A = Aquel Asy = Aquellos.

Para la pronunciación del pronombre Ze = Yo, y al unirse con una palabra que comienza por las vocales "a" y "u", este pierde la "e", y en el caso de ser con la vocal "e", se transforma en "i". En este sentido, con el pronombre posesivo en segunda persona, UPQUA, sería: "ojos, UM = Vuestro; UM + UPQUA, M (tuyo - vuestro) + UPQUA (ojos) = MUPQUA = Tus ojos / Vuestros ojos. El enunciado MUPQU, por extensión, significaba: Tus ojos = Tus hijos - Tu pueblo - Tu lugar - Tu sitio" (Cañizales, 2007: 20).

Antecedentes etnohistóricos de la nación Muku

Los espacios geográficos del noroeste de Venezuela, el Lago de Maracaibo y los Andes orientales colombianos, posiblemente,

se poblaron antes que el altoandino (territorio merideño), ya que, en este último, la fauna ha sido escasa; la tecnología del terraceo no se había desarrollado plenamente; además, tenía poca variedad alimentaria, aunque esto contradecía la fertilidad de sus suelos. En este sentido, el estilo de vida de las poblaciones bajas se fue difundiendo hacia las regiones montañosas, proceso que ha sugerido el origen del patrón cultural subandino de Colombia, y de estos lugares se dispersaron hacia las comunidades andinas de Venezuela (Hernández y Santos, 2004).

Ahora bien, de acuerdo a las evidencias arqueológicas, etnohistóricas y toponímicas, el poblamiento de la Cordillera Andina de Mérida, se dio en el transcurso del tiempo por diversas oleadas migratorias. La primera, un grupo instalado en el área geográfica desde tiempo inmemorial, cuyo estado de conocimiento en la actualidad no puede reconstruirse arqueológicamente. Un segundo grupo, llegó, al inicio de la era cristiana; por su cultura, religión, patrones funerarios, técnicas agrícolas y mitología puede ser ubicado en la cultura chibcha, siendo la población actual de la Cordillera de Mérida descendiente de él. Un tercer grupo relacionado con la cultura arawak, pudo haber llegado hacia el siglo IX de la era cristiana. El nombre de este segundo grupo habría sido la nación U'wa, nombre de una tijereta o tipo de golondrina. Grupos chibcha o tunebo habrían migrado a Colombia saliendo de la Cordillera de Mérida, de tal manera que todavía le llaman en su lengua "La Mujer Joven del Sol... El nombre particular del grupo de Mérida habría sido "THAKUWA" o THA-K-U'WA, lo que significaría en tunebo "Gente Mayor" o "Gente hacia atrás" (Gordones y Meneses, 2005: 44s).

En otro orden de ideas, las migraciones de los diversos grupos étnicos, de origen arawak, llegaron desde el sur del Lago de Maracaibo hasta Lagunillas; en la cuenca media y alrededores del río Chama. Otro grupo originario proveniente también del Sur del Lago de Maracaibo, antes del siglo V de la era, de filiación chibcha,

ocupantes también de las cuencas bajas de los ríos Chama y Mocotíes, conservaron su lengua, integrándose a la cultura chibcha, razón por la cual tal vez los españoles no los diferenciaron, sino superficialmente. Un grupo chibcha ocupó las tierras altas y frías de los páramos, y poco antes de la llegada de los españoles, arribó un grupo de etnia Caribe, posiblemente cerca del siglo XIV, que no llegaron a poblar la zona alta del territorio merideño (Clarac, 1996; Gordones y Meneses, 2005).

Otros grupos conformados posiblemente por poblaciones de lengua timote y arawak, vinieron desde el estado Trujillo, procedentes de los estados Lara y Falcón, habitaron la región alta del río Chama, cerca del siglo V de la era cristiana; igual, un grupo procedente de los llanos altos occidentales, de filiación arawaka que se asienta en área sur y suroriental del estado Mérida, que limita con los estados Barinas y Táchira.

Lo expuesto supone que en la región altoandina, hubo una frontera étnica, que separaba y unía a las poblaciones arawakas del noroccidente de los estados Lara, Falcón y Trujillo, y el sur (Barinas) de los timotes hablantes, portadores de una alfarería polícroma relacionada con Tierra de los Indios, Mirinday, Betijoque, La Mulera y Dabajuro. Esta oleada parcial tuvo por frontera la zona de Mucuchíes, pasando, desde luego, por las poblaciones actuales de Timotes, Pueblo Llano y Piñango, donde también se han encontrado evidencias cerámicas relacionadas con las fases enunciadas. Esta última (Mucuchíes), se convirtió en un espacio de contrastación, confrontación y frontera del uno frente al otro, que permitía el mantenimiento de las relaciones interétnicas entre los distintos grupos. Igualmente, esta comunidad comparte desde el punto de vista cerámico, una serie de rasgos con la fase Miquimú del área de Carache (cerámica tosca y la presencia de alas de murciélago). Cronológicamente, Miquimú es anterior a Mucuchíes (período III) y es muy probable que Mucuchíes recibiera influencias del área de Carache (Gordones y Meneses, 2005). Lo planteado parece suge-

rir una gradual ocupación desde los valles bajos y el piedemonte norandino de alfareros practicantes de técnicas polícromas en el área enunciada, y un aislamiento de los fabricantes de la alfarería decorada con técnicas plásticas hacia las regiones altoandinas. Las migraciones de estos grupos estarían dadas por la conquista de nuevos territorios "... del cacicazgo noroccidental en particular. Esta necesidad de obtener territorios y de someter a los grupos que los ocupan, es intrínseca a este modo de vida, e incluso, a la formación económico social como un todo" (Gordones y Meneses, 2004: 54).

De acuerdo a lo planteado, se debe resaltar que las culturas, de los Andes colombianos, (naciones Tayrona y Chibcha); Quichua o Quechua, Arawak y Tupí-Guaraníes, tuvieron una influencia decisiva en los antiguos habitantes de la cordillera andina de Mérida, Táchira y Trujillo en los aspectos social, político, cultural; características míticas, mágicas, religiosas, creencias y veneración de las lagunas, migración de las tijeretas, organización sacerdotal, sacrificios humanos, en la picada del arco, patrones funerarios; la tecnología y posterior desarrollo de la agricultura; caracterizada por el cultivo de tubérculos altoandinos, yuca dulce, ruba, micuy, hayo y fique; igual, en el desarrollo de la industria del chimó, la serpentina y la nefrita, comercio de águilas de oro, urao, maíz, papa, cacao, pescados, entre otros. También en lo referido a la construcción de andenes, mintoyes, estanques y sistemas de riego (Febres, 1960; Lares, 1907; Jhan, 1927; Gordones y Meneses, 2005; Hernández y Santos, 2004; Rocha; 2004;). De ahí, se deducen los puntos de semejanzas entre los Andes merideños y la sabiduría de los pueblos enunciados arriba, por razón de su común origen.

Los antiguos Muisca habitaron en el altiplano cundiboyacense, una extensa, elevada y fértil región en donde los valles interandinos se conectan mutuamente favoreciendo la ocupación y el intercambio humano. Los Uwa ocuparon un extenso territorio antes de la llegada de los españoles, y hoy en día se concentran

en el costado nororiental de la Sierra Nevada del Cocuy, desde las tierras altas hasta las bajas, incluyendo áreas del piedemonte selvático y sectores de los llanos fluviales del Sarare.

Antes de la irrupción reconfiguradora de los españoles, esta nación, fue vecina de otras etnias chibchas, destacando los Laches, Chitareros y Guanes; igual colindaron con grupos menos afines, los Sutagaos, Tequias y Teguas. No se encontraban geográficamente muy distantes de comunidades poco afines, las familias lingüísticas carib (alto Magdalena) y arawak (Llanos orientales). Ellos, habían alcanzado un nivel de Estado incipiente, como en el caso de sus contemporáneos chibchas del norte, los Tayronas; vivieron en torno al control de caciques y jeques (o caciques-jeques), ya fuera en confederaciones interregionales (zipazgo o zacazgo), en cacicazgos regionales (Bacatá, Hunza, Sugamuxi, Tundama) o en relativa independencia local (asentamientos del valle de Saquenzipa), pues con frecuencia prevalecieron las relaciones de intercambio que eventualmente se transformaron en relaciones de dominación basadas en el poder militar y/o religioso. Ante la amenaza de la invasión española, los antiguos uwa se replegaron en lo alto de las montañas y en lo denso de las selvas. Los uwa se ubicaron principalmente en los departamentos de Boyacá, Norte de Santander, Arauca y Casanare; su posición histórica ha sido pues la que media entre los grupos de habla chibcha del altiplano y los grupos de habla arawak de los Llanos orientales. Mantuvieron con los Muisca y Guahibos relaciones de intercambio de conchas para collares, miel, oro, productos agrícolas y águilas o placas aladas; además se relacionaron con grupos del norte de la cordillera Oriental, como los Motilones y los Barí.

Desde el punto de vista lingüístico, los Chibchas son todos aquellos pueblos que hablaban numerosas lenguas con posibles variedades dialectales del chibcha-muisca. Significa gente, la palabra Muisca parece ser un etnónimo. Los Uwa han sido más conocidos como tunebos, al igual que Muisca, traduce la gente

que piensa, la gente inteligente, que sabe hablar. Tunebo puede provenir de túnindro: pagar, intercambiar, ofrendar. Tumará, gente que come verde en el sentido crudo. Se trataría de un pez pequeño que fertiliza el líquido amargo (semen) expulsado por una nuez dejada en las aguas de un río (Kara, genital masculino y su contraparte femenina Khuta), que les permite pasar a ser gente de un estado anterior o especie que está compuesta de lo que come, de allí Tunebo. Tunebo también podría provenir de tunaba, palabra relacionada con los cocuyos (insectos que despiden luz durante la noche), en relación al carácter nocturno de los grandes rituales estacionales de los uwa. En referencia a la lengua chibcha uwa, uno de sus nombres sería, "el alma de la gente". Se distribuyeron y aún hoy, en cotas altitudinales desde los 500 msnm a 2000 msnm, y desde los 2000 msnm hasta los 3000 msnm y en los altos páramos, donde practican sus ritos religiosos.

Las naciones Muisca, Uwa y Kogui, compartieron con los Muku de la Cordillera Andina de Mérida, una misma familia lingüística, la distribución geográfica alrededor de la Sierra a distintos espacios geográficos bajos, intermedios y altos; labores agrícolas, la organización social en parejas, las deidades simbolizadas por cumbres de las montañas, lagunas y animales (sitios asociados con los actos de las deidades) y los principios de niveles del mundo conceptual y de inversión. Los grupos pre chibchas se conectaron posiblemente, por el valle del río Magdalena, en la vereda de Pubenza (Tocaima), tribus cazadores y recolectores, quienes paulatinamente habrían ascendido desde tierras bajas, luego valles interandinos y, por último, a los espacios altoandinos (Rocha, 2010; Unda, 2008).

Entre las costumbres y tradiciones míticas más importantes destacan, la fuerza de la fertilidad femenina, al lado de la solar, (masculina), formando un solo principio de unidad masculino y femenino; solar y lunar-ctónico; contradictorio, concurrente y complementario. Este principio femenino (la luna o Chía) y de la

fertilidad, no pudo ser desplazado por el descubrimiento real y simbólico del principio masculino (el sol o Ches, Zué); ni por los mitos posteriores que involucran este principio, porque la entidad femenina, además, de seguir siendo la fuente de fertilidad conservó su status de madre primigenia, dueña de las aguas a los niveles de los cultos muiscas; como los pozos, los ríos, fuentes, manas, las cañadas, cuevas, vertientes hidrográficas, saltos de agua montañas, piedras y lagunas; lugares de pesca. Los nacimientos de agua eran considerados, como su sexo y en ellas, se practicaban las ofrendas específicas de carácter masculino para fertilizar el útero de la madre, ritos de fertilización para asegurar las siembras y las cosechas en la tierra (Langebaek, 2005).

Igualmente, en los ritos, estaban presentes el culto a las serpientes, llamándolas "madre de agua", y estaba totalmente prohibido matarlas, hacerles daño o ahuyentarlas, pues cualquier desafecto hacia ellas causaría la sequía de las manas, la escasez de agua, la infertilidad, las malas cosechas y el hambre para la comunidad. Gran preponderancia dieron a los ritos de enterramiento de los difuntos con todas sus pertenencias de uso diario; y la coca (Clarac, 1999).

Estos cultos a la fertilidad y a la agricultura, fue un progreso dinámico dual masculino-femenino, que tiene reminiscencias en los cultos a Bochica, Chibchacum y Bachué, el primero, dios universal, solar, asociado al oro, el maíz, la agricultura, las leyes, el calendario y los tejidos. Presentando formas de comportamiento y de culto a las artes, formas de organización social y los oficios varios de la sociedad de aquel entonces, como los hilados, los tejidos y la pintura en las rocas y en las mantas. El segundo, (Chibchachum, Chum báculo de los chibchas), se le representaba con el báculo, vara, bastón o cetro, atributo típico de muchas deidades andinas; dios telúrico relacionado con el agua, el sacrificio y las apariciones del arco iris, que aún hoy es muy temido por los indígenas y campesinos, pues dicen que su proximidad multicolora produce

fiebres y enfermedades de la piel. Estos dioses eran deidades del aire o los aires. La tercera diosa, (Bachué), que pudiese traducirse como digno o digna; pecho o seno (Chué), es la de los dignos pechos desnudos. En la vida cotidiana de los muisca la imagen de Bachue estaba relacionada con lo placentero, lo agradable; con la maternidad, la comida, el abrigo, el techo, el fuego casero y la casa de habitación; como madre universal, potencia de las aguas y del principio femenino de la fertilidad. Fue objeto de veneración y de ofrendas en todos los lugares donde hubiera aguas: lagunas, ríos, cascadas, chucuas, fuentes, pozos, manas, nacimientos, charcas, en las que se ofrendaba tunjos de oro y cobre; caracoles marinos, cuentas de caracoles, cintillos, frutos varios, esmeraldas, otras piedras y artefactos de cerámicas.

Los lugares de ofrendas eran las grutas, cuevas y las grietas de las rocas y cordilleras, pues cada apertura de la tierra era en la mentalidad de los muisca el útero fecundo de la madre tierra que era necesario fertilizar por medio de ofrendas, y al mismo tiempo, cada apertura de la tierra, incluida la tumba, era el inicio del camino hacia el útero de la madre, o sea, hacia el mundo de abajo, donde vivían algunas potencias sobrenaturales y espíritus de los muertos. Los hombres y mujeres muisca venían del centro de la tierra y hacia él iban en el momento de los rituales funerarios.

En relación a las elevadas montañas, no existe laguna que no tenga su misterio y que no sea temida por los campesinos, pues por medio de leyendas, cuentos maravillosos y mitos, se ha mantenido su tabú y el miedo hacia lo sagrado como una forma de resistencia a la profanación que hacen los buscadores de tesoros, no solo ajenos a la cultura de herencia muisca, sino también, en la zona de los andes venezolanos. El mito se encuentra presente en el culto al arco, se dice que tiene una cabeza en cada extremo, con las cuales toma agua de los ríos, lagos o pantanos, que es la transformación de un pez o de un sapo. Él aparece siempre en pareja, siendo el arco inferior la hembra, mientras el superior, muchas

veces invisible, es el macho. Cuando la pareja está junta no se les debe molestar porque “pican”, dejando una llaga que, sin tratamiento especial, nunca se cierra. Para el mundo andino al duende, se le relaciona con el arco, vive preferiblemente, en barrancos, quebradas y pantanos. Antes de ingresar a estos territorios para recorrerlos o extraer parte de sus recursos se realizan previamente rituales de refrescamiento y ofrecimiento al duende, que tienen como propósito reiterar normas relacionadas con el uso racional de los recursos y las acciones de reciprocidad. Si no se hacen los rituales al dios se puede “enojar” y causar daño a la persona que no los practica.

El territorio de las comunidades indígenas se encuentra mayoritariamente dominado por el agua y el bosque. Por eso, el trueno es el habitante del centro de las lagunas, expresión del poder, fuerza y sabiduría. En las partes altas (dicen los indígenas) es donde más caen los rayos, el arco vive en las orillas de las lagunas, pero se desplaza desde allí a todos los lugares del territorio en los que existe agua: ríos, quebradas, ojos de agua y charcos. El arco es el puente entre los espacios sagrados. Moldeado por el sol a través de los cristales de la llovizna, puede causar irritaciones en la piel a las personas que se dejan lloviznar (“miao de arco”), a manera de ronchas, vesículas, máculas y prurito. El arco puede hacerles “botar familia” a las mujeres embarazadas que no se guardan en su casa cuando está presente.

El arco vive en los sitios fríos no cultivados y no intervenidos del territorio y sus manifestaciones están relacionadas con enfermedades frías; se presenta en muchas formas, como persona, culebra o proyectado en el aire como un “chumbe” de colores. Es dueño de la vegetación (musgos y llamas de agua) que crece en los pantanos, morada del arco (Rocha, 2010). En ese sentido, las deidades están representadas o simbolizadas por “cumbres de las montañas y las lagunas (...) y los principios de niveles del mundo conceptual y de inversión” (Rocha, 2010: 375).

Descrito lo anterior, la influencia de estas culturas hacia los andes venezolanos, iniciarían en tiempos primigenios, alcanzando su máxima expresión a comienzo de la era cristiana. En los aspectos socioreligioso, Arco era una deidad presente en la civilización Muku (cuenca del Chama, sierras Nevada y Culata en la vertiente norte), adorada y temida bajo la forma visible de los arco-iris macho y hembra, caballo, toro, pájaro, viejito, niño travieso, culebra de agua (Arco y Arca), la gran serpiente mítica o multicolora, "(luna, Chía o Jamuen) hermana de Schu, Ches Zué o arco (macho, soplo de energía del sol), ave simbólica, águila. Nombre Chés, calificativos chibchas"; dioses que tenían la posibilidad de encantar lagunas, páramos, pantanos, pozos de agua, ríos, caminos, montañas; dioses que pudieron ser los más antiguos de los Andes venezolanos, y presentes hoy en los campesinos altoandinos en el ideal sagrado de las lagunas de Urao, Mucubají, La Verde y en general todas las lagunas. Según el mito primigenio de la creación la Laguna de Urao fue la meta final del periplo de los dioses a través de la cordillera, viaje que inició en la Vía Láctea, luego la tierra a partir del Páramo de Santo Domingo (donde se formó la primera laguna), posteriormente siguió a la cuenca del río Chama, bajando desde la fuente de éste, en el Páramo de Mucuchíes. Luego se instaló en el Carrizal, sobre la mesa que circundan las nieves derretidas de la montaña (Febres, 1960). Para posarse definitivamente en la laguna de Urao en Lagunillas o doña Simona; antiguo nombre de la etnia o cacique Jamú, que contiene parte del nombre de la diosa. Es la morada de la diosa, su útero, la tierra el vientre de ella sobre el cual siembran los agricultores y dentro de ella entierran a sus difuntos, y en el pasado precolonial, los sembraban dentro de cámaras funerarias subterráneas llamada mintoyes (cueva-útero). Todo recuerda a la vagina y se cerraba la superficie con lajas de piedra. En estas cámaras enterraban los cuerpos de los fallecidos en posición fetal. En la laguna y las altas montañas los chamanes practicaban los rituales de sacrificios, ofrendas a (Arco y Arca), así

como las danzas sagradas (Clarac, 2003).

Estos cultos estaban relacionados al desarrollo de la agricultura; sobre todo los cultivos masivos de maíz y tubérculos andinos, ritos de predicción activa y eficaz de los períodos de lluvia, frío y sequía, que vinculaban la agricultura al desplazamiento de la tierra en relacion al sol y la luna.

Etneias Torodoyes y Tucaníes o Mucuchaníes

Los diversos pueblos indígenas que antaño habitaron la vertiente norte de la Sierra de la Culata, se establecieron en varias zonas de poblamiento bien diferenciadas. Uno, en la cuenca del río Capaz, Mocofoco (Mucujepe), Guaroríes, Onía, Culigría y Chama; y dos, los que ocuparon las montañas y valles de los ríos Torondoy, Tucaní, Mucutem, río Frío, la Arenosa o Piripí, Castro o Pionío, Mojaján o San Pedro, Arapuey, Capiú, Chirurí, Muyapá, Hacaúy o el Alguacil, la Arenosa y el Paujil.

Este Espacio territorial, se caracteriza por tener climas fríos, cálidos y húmedos, con regímenes pluviométricos que oscilan entre 1.200 mm y 1.800 mm promedio de lluvias anuales en la zona baja o llana, con paisajes que van desde el cenagoso y anegadizo hasta un ambiente de montañas bajas y altoandinas, y presenta un relieve predominantemente plano en la zona llana, y áreas accidentadas que forman sabanas y valles. Integradas en la actualidad por los municipios Andrés Bello, Alberto Adriani, Obispo Ramos de Lora, Caracciolo Parra y Olmedo, Tulio Febres Cordero, Justo Briceño y Julio Cesar Salas o sur del lago del estado Mérida (Ramírez, 2014a; Ramírez, 2014b; Ramírez, 2015).

En ese orden de ideas, los principales grupos étnicos de la zona, lo integraban los Tucaníes o Mucuchaníes, Torondoyes, Mucumpúas, Chiruríes, Mukujepes, Arapueyes a Arabuyes, Pueblo de la Sal, Chaquinigo, Mokotapó, Mukumpis, Mukumpate, Mukutisis, Moxaxán, Tomón, Mokao, Capaz, Galgas, Sarira (Briceño, Monzón, 2005). Igual, los Betijoques, Escuqueyes y Poccoes diseminadas a lo largo y ancho del Páramo de las siete lagunas y valle del río Pocó,

que desemboca en el Lago de Maracaibo; que en la actualidad sirve de línea divisoria entre los Estados Mérida y Trujillo (Araujo y Puentes, 1999).

Los dos grupos étnicos más importantes de la zona, eran los Torondoyes y Mukuchaníes. Posiblemente, estos pueblos precoloniales eran del linaje Timote, de estirpe Muku y poblaban los espacios altoandino, subandino y tierra llana, de la Sierra de la Culata o vertiente norte que mira al lago de Maracaibo (Salas, 1997). Tenían por armas, la macana hecha de dura madera de la que fabricaban espadas, chuzos, lanzas y hachas (Febres, 2007). Igualmente, utilizaban flechas con las que lanzaban a “soplos por una cervatana, tocadas con una sustancia vegetal y al que herían con ellas lo dejaban al instante privado del sentido por dos o tres horas” (Lares, 1907: 19).

Eran excelentes agricultores, cultivaban papas, frijoles, apio, zapallos, chayotes, tomates, ají bravo, micuy, onoto y maíz, del que hacían la chicha; hilaban y tejían algodón para hacerse sus vestidos y los ovillos de hilo para sus sacrificios; entre otros productos.

Probablemente la etnia Torondoy, lingüística y culturalmente, haya tenido parecido a las tribus Mucuchíes, La Sal, Timotes y Mukuchany, de quienes eran sus vecinos. Lingüísticamente, Torondoy pudiese significar en lengua “cumanagoto, pájaro”, ya que la etnia Torumo, se encontraba en los límites del estado Mérida, entre los Canaguaes, Torondoyes y Suripaes (Guiza, 2013: 118). Este vocablo Ton o Tor, se consigue entre los pueblos Toreros y Tononoes del estado Táchira; hipótesis que resulta conveniente por la presencia de caribe y arawak en estas tierras (Guiza, 2013).

Para entender mejor este vocablo, se debe aclarar que lingüísticamente, la “letra d no existía en los dialectos andinos, exceptuando las voces Durí y Torondoy. Probablemente, esta última, sea Toronnoy, y que doble n, haya sido convertida en d por los españoles” (Febres, 1921: 96), iniciando así, desde el periodo colonial, el desarraigo de la civilización prehispánica, considerada un

factor de perturbación cultural y política en la consolidación de los intereses dominantes de la corona. Posteriormente, en la nueva república, se desvaloriza la lengua castellana y el no reconocimiento de las lenguas indígenas, fundamentales para la creación de la identidad histórica venezolana (Avendaño, 2005).

Alguna vez a Torondoy se le llamó Mucuchíes de Torondoy, pero no existe alguna base lingüística para demostrar que Torondoyes y Mucuchíes hablasen una lengua única, lo cierto es que las expresiones Torondoy, Arapuey, Pokó, Chirury, Mukumpate, Mukutisis, Mukomamó, Mukuró, Mukumpís, Mukuchany, Mukujepe, Arapuey y Barbudos de la cordillera norte estaban emparentados con el habla mucuchís y Timote, aunque diferentes estos dos idiomas, pudieron haberse entendido unos y otros, por presentar antecedentes lingüísticos en el Tunebo o Uwa, idioma hablado en la parte norte de la cordillera oriental de Colombia. Los Uwa fueron los antecesores o antepasados de las culturas Muku y Timote; quienes pudieron haber migrado a Colombia desde la cordillera de Mérida (montaña sagrada, Barinao y/o Mucubají en español), en lengua chibcha La mujer joven del sol. Y, según, Mukuchíes fue el centro político, económico y religioso de la sierra de nevada y cuenca alta del Chama, y; Timotes, para la sierra norte o Culata. El territorio de estos pueblos, llegaban hasta las fronteras de los Bobures, Pemenos y Quiriquires, de habla caribe, habitantes de la costa suroriental del Lago de Maracaibo (González y Bastidas, 2002; Gordones y Meneses, 2005; Unda, 2008; Mejías, 2013).

Posteriormente, las etnias de la Sierra de La Culata, fueron asentados por la conquista española, en tierras calientes y piedemonte, sobre todo, en los valles de Chimomó, Tucaní, San Pedro, Mojaján y Gibraltar como esclavos a los pueblos fundados, y las plantaciones de cacao, caña de azúcar, café, plátanos y cambures.

La otra etnia de importancia en la vertiente norte de la Sierra de la Culata era la tribu Tucaní o Mukuchany, toponimia de origen maya Chaahk, hace referencia al dios de la lluvia. Chan, es cielo,

indica el aspecto celeste del dios y lo que allí ocurre. Dios vinculado a la atmosfera. Su significado originario es rayo. Es el dios que humea en el cielo. Deidad vinculada a la lluvia, al trueno, el rayo, el relámpago y todos los aspectos atmosféricos de las tormentas eléctricas. Lluvia que personificaba a una serpiente emplumada (mezcla de serpiente, ave, lagarto y venado), que cae al espacio o aire como hojas a la tierra (García, 2009). Sus acciones, estaban vinculadas a la producción agrícola y la fertilidad.

Era nube y niebla, asociado a la creación y a la vida. Sus funciones consistían en provocar los relámpagos y la lluvia indispensable para una buena cosecha. Este dios hacía brotar la tierra y la fecundaba; se precipitaba desde el cielo, en forma de rayos solares, lluvia, rayo, trueno o relámpago. Dios benéfico que hacía crecer la vegetación, Dios de las tormentas y tempestades, Dios del agua y los montes, principio generador de vida, aunque también poseía los aspectos negativos de ésta. Tenía en su poder fuerzas destructoras; se enojaba, mandaba la sequía, las inundaciones de los campos, los granizos, los hielos y los rayos, incluso se le asociaba con los huracanes; era antorcha, de ahí, que se le represente como ser sobrenatural, como guacamayas o tucanes.

Para los indígenas se manifestaba en todos los rumbos del cosmos o puntos cardinales, era el dios de la agricultura y la fertilidad, tenía gran importancia en la preparación de las cosechas y recolección de las cemerteras, es decir, siembras de maíz, caraotas, apio y yuca. Las ranas eran sus acompañantes y actuaban como anunciadoras de la lluvia y en la Cordillera de los estados Mérida y Trujillo se han encontrado infinitas figuras de "ranas, hechas de serpentina, puesto que entre los chibchas la rana era el símbolo de la benéfica diosa que en la lluvia daba a la tierra nueva fertilidad, y nuevas cosechas al hombre" (Jahn, 1927: 305). Simbolizaban la energía fecundante del cosmos, que infunde y penetra la vida de todo el universo; representaba igualmente, la muerte y el renacimiento de la vida en la naturaleza. (García, 2007; García, 2009). Era

la divinidad de la montaña que abría los caminos para la lluvia, a través de los cuatro vientos (Broda, 1971). Es el que hacía parir la tierra para dar los productos agrícolas y el sustento a sus hijos, los hombres. Se le relacionaba con las cuevas y las aguas subterráneas sagradas o míticas; dueño, los cerros, las cuevas, lagos y lagunas; ríos, pozos, manantiales; barrancas y los bosques (Báez, 2004).

Dios que cantaba a través de las ranas, para atraer la lluvia fertilizadora de los puntos cardinales. Lluvia del oriente, que transportaba e irrigaba el agua que da vida a los campos, a las flores, a las aves, a los insectos, a los árboles y a los hombres. Era la lluvia del poniente, que no se presentaba con frecuencia; el agua a la que los humanos temían, porque le acompañaban vientos y rayos, que traía enfermedades. Sin embargo, su presencia era de importancia capital para el equilibrio de la madre tierra. Era el dios del equilibrio, sin la lluvia no existía frescura en las tierras calientes.

Se trataba también de la lluvia del norte y sus aguas frías iban acompañadas de vientos helados, y a través del canto de la rana, avisaba la cercanía de un frente lluvioso. De ahí que este pequeño anfibio antaño constituía un gran símbolo para las culturas Chibcha, Muku, Timote y Cuica (Gordones y Meneses, 2005: 37). Dios de la lluvia del sur, los campesinos le analizan en la actualidad para ver si es abundante o escasa para los cultivos; y así tomar previsiones y evitar la pérdida en sus siembras agrícolas.

En la actualidad, la lluvia simboliza para los agricultores cordilleranos la frescura y la fertilidad de los valles, los bosques, montañas y caminos. Su asociación íntima entre la lluvia y las montañas resalta lógicamente las condiciones climáticas de los espacios altos, medios y bajos del área geográfica del eje sur del lago del estado Mérida, Sierra de la Culata, que antaño dominaba la nación Muku, lugar donde se acumulan las nubes húmedas, que trae lluvia abundante, anunciada por los rayos y truenos. Personificación del dios en estos fenómenos.

Lingüísticamente, la toponimia Tucaní, podría traducir Mukuchany, tierra de grandes lluvias en honor a Chaahk; Chamicac, agua. Igualmente significaría; Chani, cielo de lluvia, y al enlazar el vocablo Muku, serían dos radicales chibchas, Mu y Ku (Ver García, 2007 y Clarac, 1985). Significaría, la primera, "tierra sagrada relacionada con los antiguos, o montaña sagrada de los antepasados" (Clarac, 1985: 44), la segunda, tendría que ver con un significado relacionado con la "matrilocalidad, o con el parentesco matrilineal, o con clanes matrilineales si se basa en Ann Osborn, en referencia al mito de migración del grupo tunebo, de lengua chibcha" (Clarac, 1985: 44). Expresión que se definiría como:

...campo...cosa, campo gente... hombre de bien... sueño... lengua de indio... tierra sagrada, tierra de los antepasados, gran útero de la diosa madre, divinidad partera que puede asumir valor positivo o negativo... Para los campesinos significa tierra bonita de los antiguos. Mu Ku Chies: tierra sagrada de los antepasados Chés (el dios páramo-sol-arco iris). Mu Ku Rubá: tierra sagrada de los antepasados. Mu Ku Tuy: tierra de los antepasados" (Clarac, 1985: 47 s).

Es la diosa partera "Muu...divinidad de la creación humana..., también representa el origen, siendo la diosa abuela divina para los kuna de Panamá" (Yves, 2011:80). En conclusión, el nombre Tucaní en la actualidad es en honor al río, y la toponimia Mukuchany, significaría, la tierra sagrada de los antepasados o la gente de la lluvia.

CONCLUSIONES

Desde las visiones de la Arqueología, la Etnología, la Historia y la Lingüística, se describe que en la región habitaron y convivieron innumerables de pueblos de origen diverso, con características, influencias, densidad y variada pluralidad ideológica, como las naciones y tribus Mukus, Timotes, Kuikas, Bobures, Pemenos, Quiriquires, Buredes, Caonaos, Coromochos, Onotos, Aliles, Toas, Zaparas, Caquetíos, Wayúu, Cocinas, Acojolados, Paraujanos, Pacabueyes, Chimichaguas, Solabas, Sopatis y Panquiches entre otros. Estos últimos, entraban y salían continuamente del territorio de la cuenca del Lago de Maracaibo.

En ese orden de ideas, ***la larga secuencia de ocupación, se pudo haber dado por invasión política, militar y cultural de grupos distintos u afines, donde el intercambio comercial pudo haber jugado un papel preponderante, desde por lo menos, unos 4500 años atrás***, al circular ideas políticas, ideológicas, cosmológicas y religiosas de los diferentes pueblos (bienes tangibles e intangibles). El oro, por ejemplo, indicaba, el tráfico de algunos conceptos e ideas mágicas, religiosas y simbólicas, asociadas a la religión y al poder de los cacicazgos; además, la atracción y fuerza de las historias, mitos, cuentos y leyendas misteriosas, que se guardaban celosamente y se compartían sólo cuando la amistad, las alianzas políticas, míticas, comerciales o militares se hacían más estrechas entre los grupos.

Los diversos productos circulantes consistían en piedras preciosas, especies agrícolas y pecuarias, sal, cerámicas y orfebrería, textiles o plumas y conocimientos esotéricos que colocaría a las elites cacicales en situaciones privilegiadas, de aumento del poder y consolidación de sus posiciones de liderazgo en sus comunida-

des.

El patrón de intercambio, sugiere, que había lugares específicos para tal fin, alguna comarca fronteriza, donde la convivencia era dinámica e importante entre los cacicazgos de los territorios dominados por las tribus diversas, posiblemente, de mano en mano; y además, en sitios especiales para celebrar un acontecimiento mítico y religioso de gran importancia donde se reforzaban los mitos primigenios cosmogónicos y teogónicos, donde la religión jugó un papel integrador a los niveles interétnicos que impactara el calendario indígena, como acaecía en Escuque, Estado Trujillo, en las fiestas dedicadas a la diosa Icaque, donde acudían innumerables poblaciones a dichas celebraciones sagradas con ofrendas propiciatorias, en las que los chamanes o diaos pronosticaban la suerte de las futuras cosechas, fortalecían las amistades, las alianzas militares y los matrimonios entre cacicazgos.

Resulta notorio que entre los pueblos hubo grandes diferencias sociopolíticas, organizativas, lingüísticas y de etnicidad, que no fueron un obstáculo para la construcción de redes de intercambio entre las rutas de intercambio, fuesen terrestres, fluviales o marítimas, coincidían en algunos puntos importantes de encuentro, para ejecutar el trueque de productos.

Esta complejidad en las relaciones intertribus, pusieron de manifiesto en mayor o menor grado, una fuerte jerarquización entre pueblos más importantes y los adyacentes o de menor jerarquía, sujetos al rango de caciques mayores. Lo dicho tal vez aconteció con las naciones Tayronas, Uwas, Mukus, Timotes, Kuikas y Caribes, extendidos por diversos nichos ecológicos, y poder aprovechar mejor los recursos costeros, bajos, intermedios y altos donde circulaban basados en relaciones sociales y políticas y religiosas emparentadas o no.

Por último, se debe destacar, que durante el periodo precolonial los grupos humanos de la cuenca del lago de Maracaibo, el noroeste de Venezuela, la cordillera Andina y demás civilizaciones

del norte de Colombia interactuaron constantemente, a pesar de tener costumbres, tradiciones y formas de vida distintas (aldeas agricultoras o productoras, cazadoras, pescadoras y apropiadoras); tejieron y fortalecieron su presente y futuro, por vías naturales de ingreso o salida naturales como la Península de la Guajira, el Golfo de Venezuela al norte, la sierra de Perijá, la Depresión del Táchira al sur y los llanos orientales. Al igual que algunos ríos que debieron ser senderos de comunicación y desplazamientos internos o locales.

Los bobures, Pemenos y Quiriquires habitaron la culata del sur del lago hasta la desembocadura de río Motatán, los Caquetíos, la costa oriental del lago, los Cocinas, Wayuu, Paraujanos en la Península de la Guajira; los Onotos, Aliles, Toas, Zaparas y Alcolados, el norte del lago, buredes, Caonaos, Coromochos, la sierra de Perija y la región de Valledupar. Los Pacabueyes, Chimichaguas, Solabas, Sopatis y Panquiches, entre otros, entraban y salían del territorio de la cuenca constantemente; los Mukus, Timotes, Kuikas, poblaron la región andina (Táchira, Mérida y Trujillo), en su porción baja, intermedia y altoandina; por último, las naciones Caquetíos, Axaxuas, y Jirajaras, habitaron los territorios de los Estados Falcón y Lara.

Desde los espacios Tayronas y del área desértica del territorio wayúu, cordillera oriental y bajo Magdalena de Colombia, se intercambiaba con tribus caribeñas de Venezuela, el Golfo, al norte del lago; la región andina; los Estados Falcón, Lara, Yaracuy; Antillas mayores e islas, situadas frente a las costas venezolanas, conchas marinas y ámbar; además, de pegamentos y asfalto de los yacimientos naturales de la costa oriental del lago de Maracaibo. Serpentina, jadeíta; hachas y azuelas para el trabajo de los sólidos fibrosos, adornos ceremoniales, cuentas de collar, anzuelos, manos de moler cónicas, piedras de mortero y azuelas en piedra pulida. Collares, pectorales, pendientes, brazaletes, cubre-sexos y figuras biomorfas talladas en hueso, conchas marinas y ámbar,

jadeíta, serpentinita y chert, vasijas de barro de forma diversa, cestería, pequeños templetos contruidos con madera y objetos manufacturados por especialistas en talleres locales bajo los cuales se colocaban los cadáveres.

El comercio de la sal, fue un intercambio muy activo entre naciones y cotas altitudinales, entre las naciones Caribe y Arawak de la cuenca del lago y los territorios Chibcha, Muku, Timote y Kuika. Ejemplo, las vías de comunicación debieron ser Mérida/Gibraltar, en la que se enlazaban los caminos de Piñango, Tucaní, Torondoy, Santa Apolonia, Santa Elena de Arenales, Mucuchíes, Mucurubá y Tabay, producto necesario para la conservación de las carnes y pescados, se obtenía de los Zaparas, Pacabuyes, Toas, Bobures, Pemenos, Quiriquires, Onotos, Aliles habitantes del norte, sur del lago de Maracaibo y Golfo de Venezuela, donde habían excelentes salinas.

El excedente del producto, los pueblos altoandinos merideños, lo vendían a las tribus de los llanos, con los que tenían continuas relaciones comerciales, que probablemente entregaban, y recibiesen en pago, además de cacao y pescado, sartas de quiripa; tanto más que comerciaban también con los productos de la agricultura e industria de la serranía, donde fabricaban algunos objetos como tejidos de fique: marusas o bolsas, fajas, tirantes o asas para sus mapires.

Los Pemenos y Bobures usaban prendas de oro, obtenidas de las sierras, por redes de intercambio con los Buredes y Caonaos; las mismas, simulaban águilas de oro de varios tamaños y valor, que eran el tótem o símbolo sagrado de los aborígenes de los Andes; e igualmente, intercambiaban con los Guaruríes, tribus del Chama, maíz y otros frutos por la sal que importaban de la laguna.

Las etnias de los Andes merideños y zonas ribereñas o costeras de la cuenca del Lago de Maracaibo, se abastecían de productos colombianos, consistente en sal, caracoles, coca, tinturas, textiles y orfebrería, así como objetos líticos, cera de abejas, mo-

chilas de fique, cobre en bruto, cerámica, alimentos de recolección y ejemplares de la fauna, mantas, entre otros artículos de intercambio. El oro se comerciaba en bruto o en formas de águilas, entre grupos afines social, cultural y religiosamente.

Las figuras aladas en oro o tumbaga intercambiadas, representaban alguna deidad común en las regiones de habitación, una tijereta, un águila, murciélago, un tigre, gato montés, un pez, un cocodrilo, un venado, entre otras, portadas por chamanes o caciques. El oro no se manufacturaba o trocaba por simple moda, estaba estrechamente asociado a la vida religiosa de los grupos indígenas, al menos entre los Muisca, Tunebos, Tayronas, Mukus, Timotes y Kuikas y Caquetíos.

Entre los productos agrícolas cultivados, el maíz y la yuca eran los alimentos de mayor preponderancia, y entre los recursos faunísticos, destacaban patos, garzas, lisas, mojarra, bagres, cangrejos y moluscos. De estos últimos, se aprovechaba la carne y la concha para hacer cal y mezclar con coca; también elaboraron instrumentos musicales, adornos ceremoniales y de vestimenta para los estratos políticos, guerreros, caciques y chamanes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ardila Calderón, Gerardo I. (1986). Arqueología de la Guajira (Resumen). Boletín de Arqueología, 3. Banco de la República. Bogotá. Colombia: FIAN.
- Ardila, Calderón, Gerardo. I. (1987). Reseña: Arqueología de Colombia: un texto introductorio. Boletín Museo del Oro. Número. 19. Mayo - agosto. Bogotá. Colombia.
- Araujo, José Gregorio, Puentes, Alida Lacruz. (1999). Evolución político-territorial de Palmira (Estado Mérida). Presente y Pasado. Revista de Historia. Año IV. Número 7. (enero-junio). Mérida-Venezuela.
- Arrieta, Anita. (1993). Tipología fonológica del Timote. Revista de Filología y lingüística de la Universidad de Costa Rica. 19 (2).
- Aldana, D. Angnes T. Bosque, Sendra, Joaquín. (2008). Cartografía de la cobertura/uso de la tierra del Parque Nacional Sierra de La Culata, estado Mérida-Venezuela. Revista Geográfica Venezolana. Volumen. 49. (2). Universidad de los Andes. Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales. Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales. Mérida-Venezuela.
- Alarcón, Puentes, Johnny; Calderón, Osuna, Lenín. (2009). Historia de la arqueología de los pueblos primigenios de la Costa Oriental del Lago de Maracaibo. Revista de Artes y Humanidades UNICA. Volumen. 10. Número 1. (enero-abril). Universidad Católica Cecilio Acosta. Maracaibo. Venezuela.
- Altez, Rogelio, Parra, Grazzina, Ileana y Urdaneta, Quintero Arlene. (2004). Contexto y Vulnerabilidad de San Antonio de Gibraltar en el siglo XVII una coyuntura desastrosa, Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Caracas. Venezuela.
- Angulo, Valdés, Carlos. (1954). Colecciones, Arqueológicas superficiales de Barranquilla y Soledad. Divulgaciones etnológicas. Volumen III. Número 5. Barranquilla. Colombia.
- Angulo, Valdés, Carlos. (1962). Informes preliminares. La Tradición Mambobo un Complejo temprano en el Noroeste de Suramérica. Revista Colombiana de Antropología. Museo del Oro. Volumen. 11. Bo-

- gotá Colombia.
- Angulo, Valdés, Carlos. (1962). Evidencias de la serie Barrancoide en el norte de Colombia. *Revista colombiana de Arqueología*. Volumen 11. Bogotá. Colombia.
- Angulo, Valdés, Carlos. (1988). Guajaro en la Arqueología del norte de Colombia. Fundación de investigaciones arqueológicas nacionales. Banco de la Republica. Número 40. Bogotá. Colombia.
- Angulo, Valdés, Carlos. (1995). Modos de vida en la prehistoria de la llanura atlántica de Colombia. Monografías. CERES. Número. 7. Universidad del Norte. Dirección de investigaciones y proyectos. Centro de estudios regionales – CERES. Barranquilla. Colombia.
- Avendaño, Bolívar, Suhaill. (2005). Un intento en el siglo XX de conservar la memoria y lenguas de los pueblos indígenas de Mérida. En *Lenguas e identidades en los Andes. Perspectivas ideológicas y culturales*. Abya Yala, Quito. Ecuador.
- Báez, Lourdes. (2004). El espacio sagrado de los Nahuas de la sierra norte de Puebla. *Perspectivas Latinoamericanas*. Número 1.
- Bermúdez, Jorge González. (2011). Los Kusina: Sueño y memoria histórica entre los Wayúu. En *Divulgaciones Etnológicas*. Número 1. Diciembre. Museo de Antropología. Círculo de Estudios Lingüísticos, Sociales y Culturales. Universidad del Atlántico. Barranquilla. Colombia.
- Bray, Warwick. (1990). Cruzando el tapón del Darién: Una visión de la Arqueología del istmo desde la perspectiva colombiana. *Boletín Museo del Oro*. Número. 29. Octubre-diciembre. Bogotá Colombia.
- Briceño, Monzón, Claudio Alberto. (2005). La región histórica del sur del Lago de Maracaibo y la influencia geohistórica de la ciudad de Mérida. Volumen. 23. Número. 90. Abril. Universidad de Los Andes– Mérida.
- Broda, De Casas, Johanna. (1971). Las fiestas aztecas de los dioses de la lluvia. *Revista Española de Antropología Americana*, 6.
- Clarac, De Briceño, Jaqueline, (1985). La persistencia de los Dioses, *Etnografía cronológica de los andes venezolanos*, Universidad de los Andes, ediciones, bicentenario, Mérida, Venezuela.
- Clarac, De Briceño, Jaqueline. (1999). Los grupos étnicos andinos en la visión de Julio Cesar Salas y la de investigadores contemporáneos. *Boletín Antropológico*. Número 47. Septiembre/Diciembre. Universidad de los Andes. Mérida.

- Clarac, De Briceño, Jaqueline, (2003). Dioses en exilio. Universidad de los Andes. Ediciones del Vicerrectorado Académico. Mérida. Venezuela.
- Clarac, De Briceño, Jaqueline, (2003). Lo imaginario y la construcción del espacio lacustre: los peligros engendrados por el agua y los colores. En Caminos Cruzados. Ensayos de Antropología Social, Etnoecología y Etnoeducación. Editores Catherine Alés y Chipiano, Jean. IRD Editions/ULA GRIAL. Grupo de Investigaciones antropológicas y Lingüísticas. Mérida. Venezuela.
- Clarac, De Briceño, Jaqueline. (2014). La cultura campesina en los Andes Venezolanos. Fundación Editorial El perro y la rana. Caracas. Venezuela.
- Cañizales, Méndez, Franklins. (2007). Ojos del Creador, Hijos de Santa Lucía: La presencia iconográfica de Santa Lucía como continuidad del pensamiento religioso Prehispánico MUCU (MUPQU) en la región Merideña. Procesos Históricos. Revista Semestral de Historia, Arte y Ciencias Sociales. Número 11. Enero. Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela.
- Constenla, Umaña, Adolfo. (1991). Las lenguas del área intermedia. Introducción a su estudio areal. Editorial de la Universidad de Costa Rica. San José de Costa Rica.
- Constenla, Umaña, A. (1995). Sobre el estudio diacrónico de las lenguas chibchenses y su contribución al conocimiento del pasado de sus hablantes. Boletín Museo del oro. Número 38/39. Bogotá. Colombia.
- Etxebarria, Maitena. (2012). Bilingüismo y realidad sociolingüística de la lengua del grupo wayúu en el Caribe Colombiano. ASJU. XLVI-2.
- Falchetti, Ana, María. (1987). Desarrollo de la orfebrería tairona en la provincia metalúrgica del norte colombiano. Boletín Museo del Oro, (19). Bogotá. Colombia.
- Dolmatoff, G. Reichel. (1951). Investigaciones Arqueológicas en el Departamento de Magdalena, Colombia (Parte I y II). Boletín de Arqueología III (1-6).
- Falchetti, Ana, María. (1979). Colgantes Darién. Relaciones entre áreas orfebres del occidente colombiano y Centroamérica. Boletín Museo del oro. Número. 4. Bogotá. Colombia.
- Falchetti, de Sáenz, Ana, María. (1993). La tierra del oro y el cobre: parentesco e intercambio entre comunidades orfebres del norte de Colombia y áreas relacionadas. Boletín del Museo del oro. Número.

34. Bogotá. Colombia.
- Febres, Cordero, Tulio. (1921). Historia de los Andes. Procedencia y lengua de los aborígenes. Tipografía El Lápiz. Mérida. Venezuela.
- Febres, Cordero, Tulio. 1960. Procedencia y Lenguas de los Aborígenes de los Andes Venezolanos. Obras Completas. Tomo I. Edición conmemorativa. Editorial Antares Ltda. Mérida. Venezuela.
- Febres, Cordero, Tulio. (1960). Archivo de Historia y Variedades. Obras Completas. Tomo III. Edición conmemorativa. Editorial Antares Ltda. Mérida. Venezuela.
- Febres, Cordero, Tulio. (2007). Décadas de la Historia de Mérida. Edición conmemorativa 450 años de la ciudad de Mérida. Ediciones "El otro el mismo". Primera edición 1920. Mérida. Venezuela.
- García, Barrios, Ana. (2007). El dios Chaahk en el nombre de los gobernantes mayas. Estudios de Cultura Maya. Volumen. XXIX. Méjico.
- García, Barrios, Ana. (2009). El aspecto bélico de Chaahk, el dios de la lluvia, en el Periodo Clásico maya. Revista Española de Antropología Americana. Volumen. 39. Número. 1. Universidad Complutense de Madrid.
- Gordones, Gladys, Meneses, Lino. (1999). Las sociedades aborígenes de la Cordillera Andina de Mérida. Fermentum. Año 9. Número 25. Mayo – agosto. Mérida. Venezuela.
- Gordones, Gladys, Meneses, Lino. (2004). El poblamiento prehispánico de la Cordillera Andina de Mérida-Venezuela, Boletín Antropológico. Año 22, Número 60, enero-abril. Mérida. Venezuela.
- Gordones, Gladys, Meneses, Lino. (2005). Planteamientos arqueológicos para la comprensión de la historia aborígen de la cuenca del Lago de Maracaibo. Boletín Antropológico. Año 23. Número. 65. Septiembre-diciembre. Universidad de Los Andes. Mérida. Venezuela.
- Gordones, Gladys, Meneses, Lino. (2005). Arqueología de la Cordillera Andina de Mérida. Museo Arqueológico "Gonzalo Rincón Gutiérrez"/ULA. Grupo de investigaciones Arqueológicas y Lingüísticas GRIAL/ULA. Ministerio de La Cultura. Consejo Nacional de la Cultura. Ediciones Dabanatá. Mérida. Venezuela.
- González, Nañez, Omar, Bastidas, Luis, Valecillos. (2002). Investigaciones etnolingüísticas sobre el fenómeno "Chontal" en la cuenca alta y media del Chama y en el sector Panamericana del Sur del Lago de Maracaibo. Boletín Antropológico. Año 20. Número 56, septiembre-diciembre. Universidad de Los Andes. Mérida. Venezuela.

- Hernández, A. Rubén A, Santos, P. María del M. (2004). La vialidad prehispánica y colonial (siglos XV-XVI_XVII) y el poblamiento de la cuenca alta del río Chama. Memoria de Grado para optar al título de Licenciados en Historia. Facultad de Humanidades y Educación. Escuela de Historia. Universidad de los Andes. Mérida. Venezuela.
- Hostein, Nelly (2010). El pueblo wayuu de la Guajira colombo-venezolana: un panorama de su cultura. Cuadernos de Antropología, 20.
- Ibarra, Eugenia R. (2000). Intercambio, política y sociedad en el siglo XVI. Historia indígena de Panamá, Costa Rica y Nicaragua, CIHAC-agosto. Universidad de Costa Rica, San José. Costa Rica.
- Jahn, Alfredo. (1927). Los aborígenes del occidente de Venezuela I. Su Historia, Etnografía y Afinidades Lingüísticas. Litografía y Tipografía del Comercio. Caracas. Venezuela.
- Lares, José, Ignacio. (1997). Etnografía del Estado Mérida. Segunda edición. Imprenta del Estado Mérida-Director: Lisímaco Carrillo.
- Langebaek, Carl Henrik. (1986). Hallazgos de cerámica Malamboide en la franja litoral adyacente a la Sierra Nevada de Santa Marta. Un avance de investigación. Boletín Museo del Oro. Número. 17. Agosto-diciembre. Bogotá. Colombia.
- Langebaek, Carl Henrik. (1987). La cronología de la región arqueológica Tairona vista desde el Papare, municipio de Ciénaga. Volumen 2. Número 1. Enero. Boletín de Arqueología-Fian. Fundación de investigaciones arqueológicas nacionales. Bogotá. Colombia.
- Langebaek, Carl Henrik. (1987). Relaciones de los desarrollos del área Tairona y el intercambio. Boletín de Arqueología-Fian. Año 2. Número. 2. Mayo. Fundación de investigaciones arqueológicas nacionales. Bogotá. Colombia.
- Langebaek, Carl Henrik. (1989 1990). Águilas y caricuríes. Venezuela y su coparticipación en el área orfebres de Colombia y el istmo en el siglo XVI. Revista Colombiana de Antropología. Volumen. XXVII. Bogotá. Colombia.
- Langebaek, Carl Henrik. (2005). Resistencia indígena y transformaciones ideológicas entre los muisca de los siglos XVI y XVII, en Muisca: representaciones, cartografías y etnopolíticas de la memoria. Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. Colombia.
- La Marca, Costa, Francisco. E. Contreras, C. Yocelin. B. (2014). Paisajes culturales agrarios del estado Mérida, Venezuela. Revistas Cosmos. Volumen. 7. Número. 1. Departamento de Geografía Física. Escuela de Geografía. Universidad de Los Andes. Mérida. Venezuela.

- Lleras, Pérez, Roberto. (1995). Diferentes oleadas de poblamiento en la prehistoria tardía de los Andes Orientales. Boletín del museo del oro. Número. 38-39. Banco de la República. Colombia. Bogotá.
- Mejías, Guiza, Annel del Mar. (2013). Etnohistoria de los grupos indígenas antes del contacto europeo en Barinas y sus posibles rutas de movilidad. Boletín Antropológico. Año 31. Número 86, Julio-diciembre. Universidad de Los Andes. Mérida. Venezuela.
- Megggers, Betty J, Evans, Clifford. (1977). Las Tierras Bajas de Suramérica y Las Antillas. Revista de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Año V. Número. 17. Septiembre. Quito. Ecuador.
- Oviedo, y Baños, José. (2004). Historia de la Conquista y población de la provincia de Venezuela. Biblioteca Ayacucho. Primera edición. 1992. Caracas – Venezuela.
- Pérez, Luis Adolfo. (2004). Los wayúu: tiempos, espacios y circunstancias. Espacio Abierto Cuaderno Venezolano de Sociología. Volumen. 13 Numero. 4. (octubre-diciembre).
- Ramírez, Méndez, Luís, Alberto. (2014). La tierra prometida del sur del Lago de Maracaibo y la villa y puerto de San Antonio de Gibraltar (Siglos XVI-XVII). Tomo 1. (2ª edición ampliada y corregida). El Desafío de la Historia Grupo Editorial Macpecri.
- Ramírez, Méndez, Luis Alberto. (2014). Las haciendas cañeras en el sur del lago de Maracaibo-Venezuela (siglos XVI-XVII). Revista de Indias. Volumen. LXXIV. Número. 260.
- Ramírez, Méndez, Luis Alberto. (2015). El cultivo del cacao venezolano a partir de Maruma. Historia Caribe. Volumen X. Número. 27 julio-diciembre.
- Rocha, Vivas, Miguel, y otros. (2004). Antes el amanecer, Antología de las literaturas indígenas de los Andes y la Sierra Nevada de Santa Marta. Biblioteca básica de los pueblos indígenas de Colombia. Ministerio de la Cultura. Bogotá. Colombia.
- Rosales. Reina Consuelo. (2005). La alfarería en los indígenas de la cuenca del Lago de Maracaibo: vínculo entre pasado y presente. Revista de Artes y Humanidades UNICA. Volumen. 6. número. 13. mayo-agosto. Universidad Católica Cecilio Acosta. Maracaibo, Venezuela.
- Sanoja, Mario. (1978). El desarrollo de los sistemas de producción en la Venezuela Prehispánica. Revista Española de Antropología Americana. Volumen VII. Universidad Complutense de Madrid.
- Sanoja, Mario. (2010). Historia Socio-cultural de la Economía Venezolana:

- 14.500 años anp-2010. Edición Bicentennial. Banco Central de Venezuela. Caracas. Venezuela.
- Salas, Julio, Cesar. (1997). Etnografía de Venezuela (Estados Mérida, Trujillo y Táchira). Colección temas y autores merideños. Ediciones del rectorado. Universidad de los Andes. Mérida. Venezuela.
- Silva, León, Gustavo, Adolfo. (2001). Los picos más altos del estado Mérida-Venezuela. Revista Geografía de Venezuela. Volumen. 42. (1). Universidad de Los Andes. Escuela de Geografía. Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales. Mérida-Venezuela.
- Unda, Yarisma. (1997). Estudio Etnohistórico del municipio Pedraza del estado Barinas, (Primera etapa). Universidad Nacional Experimental de los Llanos Occidentales Ezequiel Zamora, Vicerrectorado de Planificación y Desarrollo social, Programa Ciencias sociales. Barinas, Venezuela.
- Urdaneta, Quintero, Parra, Grazzina, Arlene, Ileana, Cardozo, Galué, Germán. (2006) Los orígenes de Maracaibo y el dominio del Lago: diversidad social y mestizaje. Universidad de Los Andes. Procesos Históricos. Revista Semestral de Historia, Arte y Ciencias Sociales. Número 10. Julio. Mérida-Venezuela.
- Urdaneta, Arlene, Parra, Ileana, Cardozo, Germán. (2006). Cacao y Paisaje en le región Gibraltareña siglos XVI y XVIII. Revista arbitrada de la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad del Zulia. Año 7. Volumen 1. Número 13. Enero - junio.
- Veloz, Maggiolo, Marcos, Angulo, Valdés, Carlos. (1981). La aparición de un ídolo de tres puntas en la tradición Malambo. Huellas. Revista de la Universidad del Norte. Barranquilla. Colombia. Número 4. Volumen 2. Septiembre.
- Yves, Jacquelin. (2011). La comunidad indígena timote persistencia y adaptación a la modernidad. Creencias religiosas y uso de las plantas medicinales locales, Tesis de doctorado, programa: Salud: Antropología e Historia, Universidad de Granada, Granada, junio.
- Páginas Web Consultada:
- <http://www.venemia.com/Vzla/VzlaGeog/VeneGeog2.php>. 20 de enero de 2017.
- <http://eagronet0101-sierralaculata.blogspot.com/>.20 de enero de 2017.



Etnohistoria de La Cuenca del Lago de Maracaibo.
Características sociales, culturales, arqueológicas, lingüísticas y relaciones
interétnicas

Publicación digital del Fondo Editorial UNERMB y del
Colectivo de Investigación DCOLM

Marzo, 2017

Cabimas, estado Zulia, Venezuela.



Etnohistoria de La Cuenca del Lago de Maracaibo

Características sociales, culturales, arqueológicas, lingüísticas y relaciones interétnicas

Argenis de Jesús Valera Valera, venezolano, licenciado en Filosofía y Teología del Seminario Interdiocesano Santa Rosa de Lima, Caracas. Expositor en diversos congresos nacionales en las áreas sociodemográfica, social, histórica y cultural. Ha recibido la "orden Caracciolo Parra y Olmedo", en primera clase. Igualmente, la "orden Giandomenico Puliti".

Docente e investigador universitario desde el año 2004 hasta la fecha, en las áreas de las ciencias sociales y humanas. Facilitador e investigador del Ministerio de la Cultura desde el año 2005, en el eje territorial del sur lago de Maracaibo y los espacios geográficos altoandinos de Timotes, Mucuchíes y Mucumpís, en los aspectos socioculturales ancestrales y campesinos. Elaboración y aplicación de encuestas electorales, población y vivienda, y planificación e investigación cultural en las zonas urbanas y rurales de las localidades enunciadas.

